

99  
CIC

J. SAND

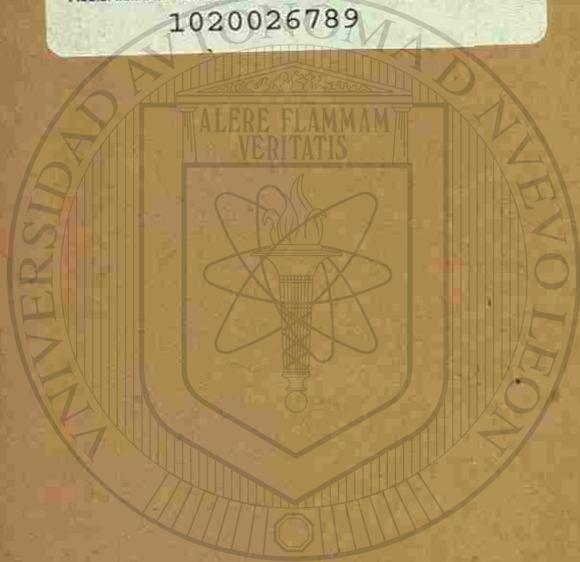
CE SAR INA  
DIE TRICH

PQ2399

C38



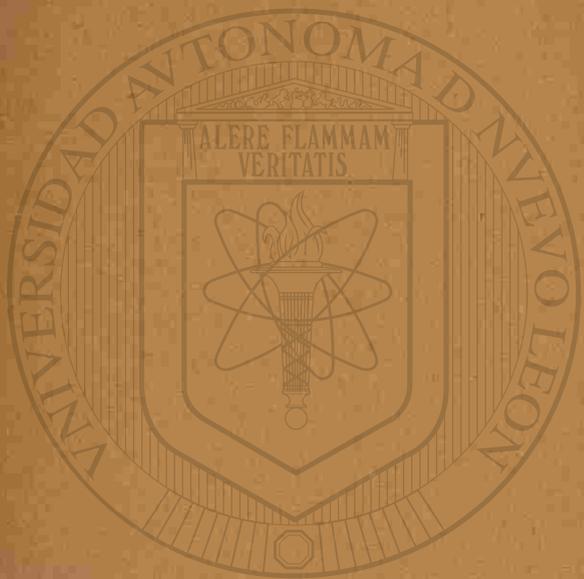
1020026789



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



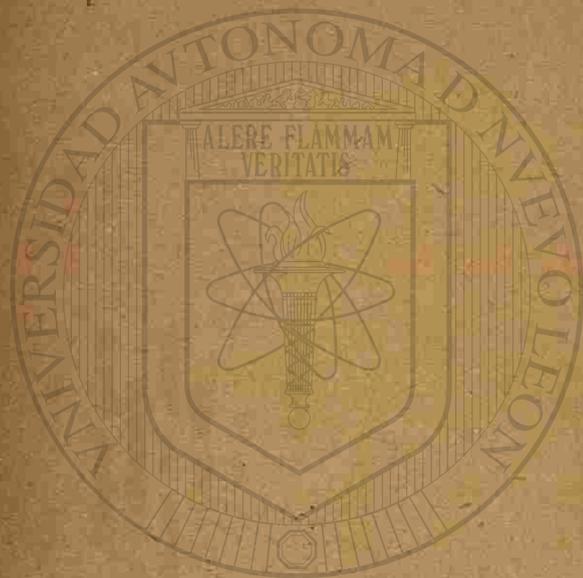
CESARINA DIÉTRICH.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. 52133e  
Núm. Autor 30714  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó TECAS  
Catalogó \_\_\_\_\_



JORGE SAND

# CESARINA DIÉTRICH

VERSIÓN CASTELLANA

DE

DOÑA JOAQUINA GARCIA BALMASEDA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

MADRID Agosto 1925 MONTERREY, MEXICO

EL COSMOS EDITORIAL  
ARCO DE SANTA MARÍA 4, BAJO

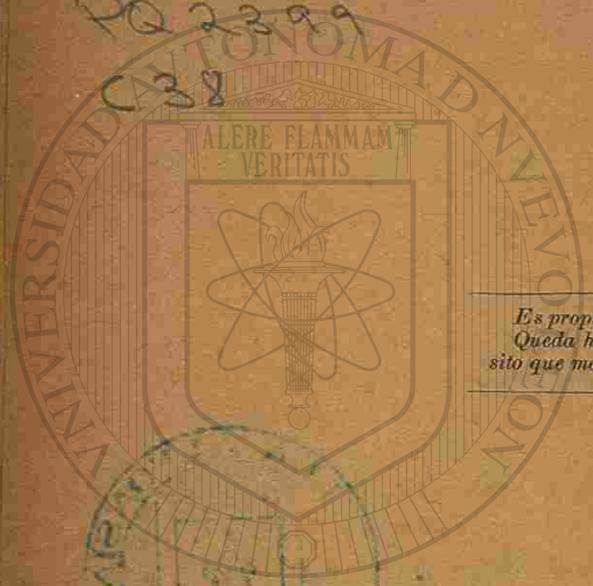
1888

86287

30714

843  
8.  
PQ 2399

C38



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, 1888.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

## CESARINA DIÉTRICH.

### I.

Tenia yo treinta y cinco años y quince Cesarina Diétrich cuando ésta perdió á su madre, teniéndome yo que resignar á ser su institutriz y directora.

Como no es mi historia lo que voy á contar, no me detendré en la repugnancia que tuve que vencer, para entrar, yo acostumbrada á una existencia independiente y desahogada, en la intimidad de una familia de plebeyos enriquecidos. Breves palabras explicarán mi situación y el motivo que me determinó á sacrificar mi libertad.

Hija del Conde de Nermout, quedé huérfana con mi hermana más joven que yo, y fui despojada de todos mis bienes por un supuesto amigo de mi padre, que pretendiendo dar mejor empleo á mi capital, me lo arrebató en su provecho. Quedamos

arruinadas; nos restaba apenas lo necesario; pero me resigné. Era fea y no había tenido pretendientes, y por lo tanto no había que pensar en el matrimonio; pero mi hermana era linda y se casó con el doctor Gilbert, médico estimado, del que tuvo un hijo, sobrino y ahijado mío, y que por este motivo se llamó Pablo. Mi nombre es Paulina.

Mi cuñado y mi pobre hermana murieron jóvenes, llevándose pocos años de diferencia y dejando muy pocos recursos para atender á la educación de aquel niño, que á la sazón estaba en el colegio. Comprendí que consumiríamos en sus primeros estudios todo nuestro capital y se vería condenado á dar los primeros pasos de la vida entre los horrores de la miseria. Entonces tomé el partido de aumentar nuestros recursos por medio del trabajo retribuido: mi vida recogida me había hecho consagrar con afán al estudio y adquirir una instrucción sólida, á la que debí mi colocación en casa de la familia de Diétrich, que me señaló honorarios muy ventajosos.

Debo apresurarme á reconocer que no tuve por qué arrepentirme de mi determinación; encontré en aquella familia alemana que se había establecido en París, verdadero afecto y todas las consideraciones que apetecer podía.

Eran dos hermanos asociados, Germán y Carlos. Su fortuna se contaba por millones, sin que su buen proceder se hubiese puesto nunca en duda: su hermana mayor habíase retirado del mundo y gobernaba la casa con tanto orden como dulzura, recibía con discreción, hablaba poco y con oportunidad siempre, y era apreciada en general de cuantos tenían la dicha de tratarla.

Mr. Diétrich, el mayor, padre de Cesarina, era hombre activo, enérgico y hábil, pero obstinado. Su irreprochable probidad y su suerte, siempre en aumento, le daban cierto orgullo, cierta dureza para con los demás, y parecía cuidarse poco de ser más ó menos estimado de los extraños; pero en cambio con su hija, con su hermana y conmigo, manifestaba exquisita bondad y delicada cortesía.

Halléme, pues, casi dichosa en mi nueva condición y al par que yo era apreciada vi asegurado el porvenir de mi sobrino.

El palacio Diétrich era una de las más bellas moradas de París, en las cernanías del bosque de Bolonia y entre jardines, perfectamente situados para evitar á la casa el polvo del camino y darle una apacible sombra.

En medio de una población agitada y ruidosa vivíase allí entre soledad y silencio. No era cier-

tamente el campo, pero era un retiro misterioso en medio de la ciudad, defendido de todas las miradas por ramaje y flores.

La difunta Mad. Diétrich había sido aficionada á la sociedad; había recibido en su casa, dado comidas y bailes, de los que aún se hablaba con admiración cuando yo me instalé en el palacio. Al presente estaba la familia de luto, y no era de esperar, además, que Mr. Diétrich siguiese la vida ostentosa que su mujer había llevado, porque entre ellos había diversidad de gustos, y el marido apetecía como única sociedad un pequeño círculo de parientes ó amigos.

Los salones estaban, por lo tanto, cerrados, y al enseñármelos á través de los sombríos cortinajes, apenas entreabiertos, me dijo:

—Esto no vale la pena de ser mirado por una mujer de gusto y de buen sentido como vos. Todo aquí es frivolidad; mi pobre compañera gustaba de mostrar á todo el mundo que éramos ricos, y yo jamás quise privarla de este placer, aunque no me asociase á él más que por condescendencia. Mi deseo es que mi hija tenga, como yo, gustos modestos, porque de lo contrario tendré que resignarme á envejecer solo en mi casa para vivir tranquilo.

—No estaréis solo—le dije;—lograremos que vuestra hija sea vuestra mejor amiga, si no lo es ya.

—No lo es—me dijo;—mi pobre hija está demasiado absorta en su propio dolor para cuidarse del mío.

Este era como un reproche involuntario á Cesarina. No repliqué, ignorando aún el carácter y sentimientos de aquella niña, á la que quería apreciar por mí misma, no por opiniones extrañas.

Nos presentaron mutuamente. Era una joven admirablemente hermosa; y aunque tenía aún la timidez de la adolescencia, poseía ya elegancia y distinción. Sus facciones correctas y puras parecían modeladas para una bella escultura; y su luto y su tristeza le daban algo de imponente, de austero, que á primera vista me hizo respetarla y compadecerla.

Cuando por primera vez me vi á solas con ella, creí deber establecer nuestras relaciones con la claridad que exigían las circunstancias.

—No tengo la pretensión—le dije—de reemplazar ni de cerca ni de lejos á la madre que lloráis; ni aun puedo ofrecer os mi abnegación como un lenitivo á vuestro mal; pero me han dicho que puedo seros útil y voy á tratar de probarlo. Si se

han equivocado, yo seré la primera que me aperciba, no lo dudéis, y lo único que os pido es que no me creáis interesada personalmente en seguirlos prestando mis cuidados el tiempo que os sean provechosos ó gratos.

Miróme fijamente como si no me comprendiera, y cuando yo traté de explicarme con más claridad, depositó su pequeña mano en la mía y me dijo:

—He comprendido perfectamente, y si parezco asombrada no es porque seáis altiva y digna, que ya me lo habían dicho, sino porque había creído que ante todo me prometeriais quererme.

—No se puede prometer cariño á quien no le solicita.

—¿Debia yo hablar la primera? Pues bien, yo os lo pido. ¿Me lo otorgáis?

Si su expresión hubiera acompañado á sus palabras, la hubiera abrazado con efusión; pero yo estaba ya en guardia y creí ver en sus ojos que todo aquello no era nada más que tratar de profundizar mis sentimientos como yo trataba de profundizar los suyos.

Vos no podéis desear mi amistad —le dije— antes de saber si merezco la vuestra. No nos hemos conocido más que por lo que nos han dicho respectivamente; aguardemos á juzgar por nos-

otras mismas; yo estoy resuelta á quererlos con ternura si sois tal como me pareéis.

—¿Y qué es lo que os parezco?—repuso ella con aire de desconfianza.—Estoy tan triste que ahora no podéis juzgarme favorablemente.

—Vuestra tristeza os honra y embellece; el luto que lleváis en el alma y en los ojos me arrastra hacia vos.

—¿Es decir que os proponéis quererme? ¡Trataré de merecer vuestro cariño; tengo necesidad de ser amada! Mi pobre madre me adoraba, me quería mucho; mi padre me quiere también; pero es algo adusto y estoy en una edad en que si no nos halagan no comprendemos que nos quieran. ¿No os parece lo mismo?

—Tanto que yo también me resuelvo á mimaros.

—¿Por compasión! ¿no es verdad?

—No, por efecto de mi carácter; yo no sé querer á medias, y me creo desgraciada cuando no puedo dar alguna dicha á los que me rodean; sin embargo, cuando abusan de mi cariño, desaparezco para que no se acostumbre mal.

—¿Es decir, que creéis peligroso querer demasiado á las gentes? Pensáis entonces como mi padre, que me hace oír cosas extrañas. Dice que se viene al mundo para luchar, y por lo tanto, para

sufrir, y que es una falta hacer á los hijos demasiado dichosos. Hasta sostiene que las contrariedades y las privaciones deben ser el aprendizaje de los primeros años. Estas son las palabras de mi padre; las sé de memoria. No me sublevo contra ellas, porque le respeto; pero no me convencen, y por el contrario, os aseguro que cuando me tratan con cariño soy dichosa, y por consecuencia, mejor: ya veréis, puesto que nada queréis prometerme hasta tratarme, ya veréis que el sistema de mi madre era el único bueno para conmigo.

—¿Puedo preguntaros?... Pero no; vuestros hermosos ojos se llenan de lágrimas, y me dan ganas de llorar con vos, de amaros desde luego.

Se arrojó en mis brazos y lloró con efusión.

Quedé vencida. No me decía nada, no podía hablar; pero había tanto abandono, tanta confianza en aquellas lágrimas que caían sobre mi hombro, que empecé á quererla desde aquel momento, sin reflexionar si me dejaría dominar por ella en lugar de hacerla soportar mi influencia.

Este temor me acometió algún tiempo después.

Durante las primeras semanas fué de una angelical dulzura, de una amabilidad irresistible. Cierta es que yo no pensaba en exigirle nada por-

que estaba muy afligida, y además porque advertí en ella una inteligencia tan clara que no tenía prisa por apresurar sus estudios.

Hacíamos vida común en aquel pequeño palacio, para nosotros demasiado grande. Se habían recibido ya las visitas del duelo, y excepto algunos amigos, no se recibía á nadie. Mr. Diétrich lo quería así. Profundamente afectado por la pérdida de su mujer, deseaba llegase la primavera para retirarse al campo durante todo el verano y entregarse á una soledad más completa. Quería dejar los negocios, y los hubiera dejado ya antes sin los gustos ostentosos de su mujer, pero ya se consideraba bastante rico y deseaba consagrarse á la agricultura y regir por sí mismo una propiedad rural.

Hasta tuvo la idea de vender su palacio y aquí por primera vez presencié un desacuerdo entre el padre y la hija.

Decía ésta que gustaba del campo tanto como de París, pero que no quería concretarse á vivir sólo en el primero; había además razones muy poderosas para no abandonar por completo la capital, y las exponía con una precisión de que yo no hubiera sido capaz á su edad. Mr. Diétrich, que estaba orgulloso de su inteligencia, la dejaba y la

hacía discutir porque era obstinado y no podía creer jamás que nadie pudiese tener razón en contra suya.

Cuando la discusión se agotó, creyó haber respondido victoriosamente á su hija, tomando su silencio por una derrota; pero entonces vió que lloraba. Aquellas lágrimas que caían silenciosas sin que la niña pareciera sentir las, le impresionaron dolorosamente, y vió en su rostro una mezcla de dolor y de impaciencia.

—¿Por qué lloráis?—le dijo;—vamos, ya sabéis que no me gusta que se discuta conmigo; esto me hace mal.

—Os lo diré, papá,—repuso Cesarina abrazándole, á cuya caricia me pareció más sensible de lo que quería aparentar;—os lo diré, ya que fingís ignorarlo. Mi madre quería esta casa, la había amueblado, la había arreglado sosteniendo por ello algunas cuestiones con vos que no erais de su opinión; yo no sé si nuestro hijo es de bueno ó mal gusto; no sé más sino que esta casa es la casa de mamá; que la veo en todo lo que me rodea; por eso no me opongo á ir al campo, porque á vos os gusta, porque allí estaré con vos; pero no me privéis de ver alguna vez todos estos muebles, que fueron elegidos por ella; no consintáis que vengan á ins-

talarse extraños en esta casa que era la suya. ¡Ya lo veis, lloro, lloro á pesar mío!

—Vamos—dijo Mr. Diétrich levantándose—enjuga esas lágrimas; no se venderá ni se alquilará la casa.

Y salió bruscamente, haciéndome una seña que no comprendí muy bien, pero á la que creí dar la mejor interpretación posible, yendo á reunirme con él al jardín á los pocos momentos.

Había adivinado bien, quería hablarme.

—Ya veis, mi querida Paulina,—me dijo,—cómo tenía razón; esta niña es parecida en todo á su madre y no se acostumbrará á ninguno de mis gustos. Toda mi prudencia, todos mis razonamientos la entran por un oído y la salen por otro.

—No lo creo así, es demasiado inteligente.

—Su madre también lo era. No creáis que me contrariaba por falta de talento; sabía, por el contrario, que me hacía daño, y aunque era buena y cariñosa, sufría la influencia de su siglo; tenía fièvre de exposerse, de hacerse visible, y cuando había hecho el sacrificio de un pequeño capricho, lloraba como ahora Cesarina, como si le hubiera sucedido una gran desgracia. Yo soy fuerte para resistir á un hombre igual á mí en fuerza, pero no soy nadieante la debilidad de las mujeres y los niños.

Entonces le hice ver que el cariño de Cesarina á la casa de su madre no era un capricho pueril, y que había dado razones de sentimiento dignas de considerarse.

—Si esos motivos son sinceros—repuso—razón de más para que me hiciera el pequeño sacrificio que quiero imponerla.

—¿Es decir, que seguís en vuestra fatal idea de que la juventud debe acostumbrarse sistemáticamente á la contrariedad, al sufrimiento?

—¿No es esa vuestra opinión?—repuso con una energía de convicción que no admitía réplica.

—Perdonad—le dije—yo he sido mimada cuanto puede serlo un niño, no he pasado por lo que vulgarmente se dice la escuela de la desgracia hasta la edad en que yo tenía formada mi razón, y por ello doy gracias al Todopoderoso, porque no sé cómo hubiera soportado el infortunio si no me hubiera encontrado tan bien armada para recibirle.

—Por eso—repuso siempre fijo en su idea—valéis más desde que habéis sufrido; antes erais un alma sin conciencia de sí misma; yo también recuerdo mi infancia; he sido una nulidad hasta el día en que tuve que combatir riesgos y peligros.

—Las circunstancias traen la lucha bajo una ó

bajo otra forma. ¿Para qué inventar el pesar para los niños? ¿No le encontrarán en cuanto lleguen á la adolescencia? Si la vida no tiene dicha más que en la edad de la ignorancia, ¿no os parece harto cruel suprimir ese corto período?

—Vamos; veo que también razonáis como mi mujer. Todas las mujeres tienen el mismo criterio: ¡esto es bien fastidioso, os lo aseguro!

—Si no estáis satisfecho con mis apreciaciones, Mr. Diétrich, siento no haber conocido las vuestras antes de entrar en vuestra casa; pero....

—¿Qué vais á decir? ¿Pensáis acaso dejarme porque no pienso como vos? ¡Siempre la mujer con su tiránica sumisión! Sabed que me daréis un pesar el día que renunciéis el cargo que con tanta dificultad os hemos hecho admitir. Os creo el ángel guardián necesario á mi hija. Su tía no puede educarla, lo primero, porque es ignorante; lo segundo, porque tiene los defectos de su sexo; gusta del bullicio del mundo.

—¡No lo aparenta!

—Su exterior os engaña; no os niego que posee en alto grado virtudes recomendables; es laboriosa, económica, ordenada. Yo la estimo de veras, le hago justicia; pero tiene esa parte de frivolidad de toda mujer, que por prudente que sea, busca

satisfacciones al amor propio. Mi pobre hermana Herminia no es joven, ni bella, ni instruida, pero recibe bien y dispone con gusto una comida ó una gira campestre; ella lo sabe, y como todo el mundo le prodiga elogios por esta habilidad, necesita rodearse de gente para practicarla.

—Sois un observador demasiado severo, monsieur Diétrich, y á mi vez temo ser juzgada con tanta imparcialidad; ¡yo estoy muy lejos de creermene perfecta!

—Lo sois cuanto puede serlo relativamente la mujer. Mi opinión está formada. Vos mimaréis á Cesarina, no por egoísmo como los demás que temen que se aleje de esta casa la alegría y se refugiau en los gustos de mi hija: la daréis gusto por bondad, por cariño hacia ella, porque es lo cierto que á su edad tiene seducciones irresistibles.

—Cuya influencia sufrís el primero.

—Pero me defiendo, y esto es lo mismo que á vos os pido. Defendéos también, haced un esfuerzo por su propio interés; prometedlo.

—Lo prometo, siempre que ella abuse de mi condescendencia para exigir lo que la sea dañoso; pero esto no ha sucedido aún y no he de atormentarla con un exceso de previsión que nada justifica.

—¿Os parece cosa baladí su resistencia á mi deseo de vender el palacio?

—¿Queréis que la obligue á someterse á ese deseo?

—Sí, os lo suplico.

—Me permitiréis que os diga que me parece cruel.

—No le venderé; quiero sólo que Cesarina aprenda á ceder sin violencia: si no se enseña á los niños á renunciar á lo que les agrada, lo aprenderán luego más dolorosamente. La dicha que se pretende darles les hace desgraciados para el resto de su vida.

Quizá tenía razón; no me atreví á insistir, y fui á buscar á mi discípula con la intención de poner en práctica las órdenes que me habían dado; pero ya le encontré risueña.

—No os toméis el trabajo de convencerme—me dijo;—he oído por casualidad todo lo que papá os ha dicho y vos le habéis respondido: yo estaba en el jardín á dos pasos de vos, y no he perdido ni una palabra de vuestro diálogo. No hay gran mal en ello; sois dos ángeles, que queréis mi dicha: mi padre, un ángel de figura severa, que la quiere por todos los medios; vos, un ángel de dulzura, que intenta lo mismo por los que están en su natura-

leza. Pero vos estáis más en lo cierto que mi padre: queréis hacerle renunciar á su método, porque creéis que podría conducirme á la hipocresía. ¿Qué diría mi pobre papá, si después de verme resignada comprendiera que no he tomado en serio sus amenazas? Me acostumbraría á parecer sacrificada y le impondría por este medio, y sin que él lo sospechase, mi voluntad.... ¡Á Dios gracias, soy mejor de lo que piensa! Cederé á todo por cariño á él, y á vos os querré porque le hacéis ver que le haré dichoso, muy dichoso; sólo que....

—¿Qué, hija mía?

—Nada—respondió besándome la mano.

Pero su mirada, picante y altanera, acabó su frase, que decía:

—Le haré dichoso; pero él y vos cumpliréis mi voluntad.

Sabía bien lo que se decía la enérgica niña. Renunciaba en sí la ingeniosa dulzura de su madre y la obstinación de su padre; y según el médico antiguo de la familia, al que yo consultaba respecto al régimen que debía hacerla seguir, había en aquella niña una doble organización: renuncia toda la paciencia de la mujer astuta para llegar á sus fines, y toda la energía del hombre de acción para vencer los obstáculos.

—En ese caso—decía yo—¿por qué se atormenta su padre? Élla quiere fuerte y es invencible; quiere enseñarla á sufrir cuando está destinada á vencer: ¿sufren acaso los que han nacido para dominar?

Este descubrimiento me aterró, y me prometí estudiarla antes de decidirme á girar como un satélite en torno de aquel astro.

Tratábase de saber si era tan buena como fuerte, y si se serviría de su fuerza para el bien ó para el mal. No era fácil adivinarlo, y consagré á este estudio más de un año.

Un día en el campo fui sorprendida por los trinos del pajarillo que tenía en la jaula y al que ella enidaba. Como estorbaba nuestra lección de música, me levanté para darle pan. Cesarina pareció no percibirlo; pero terminada la lección, llevó la jaula á su cuarto, y en breve los chillidos del pobre animal llegaron de nuevo hasta mí: entonces pregunté á la niña por qué tenía al pobre animal tan escaso de alimento.

—Es muy sencillo—me dijo;—si puede pasarse sin mí, ni siquiera me conocerá.

—¿Y si os olvidáis de darle de comer?

—No me olvidaré.

—Es decir, que voluntariamente le condenáis á los tormentos del hambre.

— Eso es; ensayo el método de mi padre.

— No, hija mía; es una odiosa prueba. Ese método no puede ensayarse con seres que no razonan. Confesad más bien que profesáis á esa inocente avecilla un cariño egoísta, y que nada os importa que sufra, con tal de que piense en vos, de que os desee. ¡No quiera Dios que empleéis tales armas contra vuestros semejantes!

Traté de probarle entonces que se debe procurar hacer dichosos á todos los que nos rodean, sobre todo á los más débiles.

— ¿En qué puede consistir la dicha de un bicho que sólo se ocupa en comer?

— ¡En comer! Los recién nacidos no tienen tampoco otro placer. ¿Creéis que se les debería hacer pasar hambre para que quisieran más á su nodriza?

— Tal debe ser la opinión de mi padre.

— No, él no lo piensa así, como vos no lo pensáis tampoco. ¿Por qué esa sátira obstinada contra vuestro padre ausente? Supongamos que su método no es razonable....

— Eso quería hacerlos decir.

— ¿Y sólo para eso atormentáis á ese pobre animal?

— No, quería hacerme necesaria á su existencia;

pero conozco que era tomarse demasiados cuidados por un ser que no discurre, y puesto que tiene alas, voy á darle libertad.

— ¡Aguardad — exclamé — quiero conocer del todo vuestra intención! Al darle libertad, ¿os imponéis un sacrificio?

— ¿Queréis analizar mis sentimientos?

— Quiero que os déis cuenta de vos misma.

— ¡Me conozco bien!

— No lo creo.

— ¿Pensáis que es imposible á mi edad? ¿No véis que al examinarme vos, que al interrogarme sin cesar, me habéis comunicado vuestra propia curiosidad, y me examino constantemente desde la mañana hasta la noche? Creo que haríais mejor en no interrogar tanto mi conciencia y dejarme vivir. ¡Ah! Mamá me comprendía mucho mejor, y cuando yo la preguntaba alguna cosa, me respondí: siempre: «Tú no tienes necesidad de saber.» Si me veía triste, me hablaba de vestidos, de muñecas, quería que fuese mujer, nada más que mujer: mi padre quiere que piense como hombre, y vos casi casi soñáis con elevarme al grado de ángel.... Por fortuna, yo me sé defender, y me quedaré tal cual soy.

— Y tal cual sois, os quiero; pero os desearía perfecta, y podéis serlo.

—Si quisiera, tal vez; pero no sé si querré; lo pensaré.

De este modo no lograba yo jamás conocer del todo el pensamiento de mi discípula, y siempre que me proponía una observación, obtenía el mismo contrario resultado. Á ello contribuía la extraordinaria igualdad de su carácter, que parecía inverosímil en su edad y en su posición. Nunca tuve que reprocharle una sombra de resistencia á los estudios; nunca un instante de pereza ó de desdén; estaba siempre pronta, y su memoria y su comprensión eran prodigiosas. Parecíame poco inclinada al entusiasmo, menos á la sensibilidad; pero tenía un gran sentido crítico, una gran probidad, y no comprendía que el heroísmo fuese difícil ni mereciese alabanzas. Cuando yo solicitaba su admiración para algún rasgo notable, siempre me decía:

—¿Qué halláis en eso de particular? ¿No seríais capaz de hacer otro tanto? Ó bien: ¿me creéis inferior á esas mujeres que tanto os admiran?

Mientras no se la atacaba en sus sentimientos íntimos, era delicada, afable, encantadora; tenía atenciones irresistibles, elogios ingeniosos y á veces, si estaba descontenta de mí, me lo dejaba sólo conocer por un exceso de atenciones.

¿Cómo tratar de dirigir á persona semejante? Yo había luchado sólo contra mí misma en las difíciles cuestiones de la vida, nunca contra los otros, y lo que únicamente me hacía estar algo tranquila, era que Mr. Diétrich, con toda la energía adquirida en su vida de trabajo asiduo, no habría logrado más que yo respecto al dominio de su hija. Había en ella misterios impenetrables y una falta de lógica que contrastaba con la teoría y la práctica de sus hechos. Cuando le llamaba la atención sobre estas irregularidades, solía decirme:

—Trato de amalgamar los diferentes extremos que hay en mí. Amo el brillo y la sombra, el ruido y el silencio, y nada me parece tan agradable como poder unir los más opuestos contrastes.

—Si, eso puede hacerse en ciertos casos—la decía yo;—pero hay contrastes que no se podrán unir nunca, teniendo que adquirir uno ú otro un imperio absoluto en el corazón; son los contrastes del bien ó del mal; el uno matará siempre al otro.

—Os responderé—me dijo—cuando sepa lo que eso quiere decir. Á la edad que tengo se ignora todavía lo que es el mal.

Parecía arreglarse de modo de no querer saberlo, y si me acontecía sorprender en ella un sentimiento de crueldad ó de egoísmo, como la historia del pa-

jarillo, su rostro expresaba la candidez, y murmuraba:

— ¡No había pensado en ello!

De este modo nunca se reconocía culpable; pero prometía para otra vez reflexionar, examinar sus actos, y no reconocía derecho para que se la preguntase más.

Pasamos ocho meses en el campo, en un verdadero edén, en una soledad que interrumpían apenas algunas visitas de ceremonia.

Mr. Diétrich, consagrado á sus trabajos agrícolas, dejábase ver solamente á las horas de comer: su hermana, ocupada constantemente en los cuidados de la casa, nos hacía compañía rara vez.

Cesarina estaba condenada á vivir entre dos solteronas, la una alegre, jovial, porque su tía Herminia, frívola siempre, jugaba con ella como una niña; la otra, que era yo, severa, grave, irresoluta.

Volvimos á París en medio del invierno. Cesarina, que no había mostrado el menor desagrado por una permanencia tan larga en el campo, no pareció demostrar alegría por su vuelta á París, pero en breve pude observar que su padre tenía razón al decir que amaba la sociedad. Su salud, que no había sido completa desde la muerte de su

madre, pareció restablecerse en cuanto se le proporcionaron algunas distracciones.

Esta victoria, en su equilibrio físico, desarrolló de tal modo su hermosura, dió tal distinción á sus maneras, que á los diez y seis años tenía todo el aspecto de una mujer perfecta. Su inteligencia iba progresando en la misma proporción, y puede decirse que adivinaba lo que no tenía tiempo de aprender.

Las artes y la literatura se revelaban en ella como por magia, y se perfeccionaba su gusto en tales términos, que al cabo de un año pude hablar en estos términos á su padre:

— Me quedaré en vuestra casa si vos lo exigís, pero no soy necesaria á vuestra hija. Nadie le es ni le será nunca necesario; yo, á lo más, podré serle útil por si puedo confirmarla en sus buenos instintos; pero si en ella se despiertan malos, no podremos destruirlos ni yo, ni vos, ni nadie: lo único que podremos hacer es retardar su desenvolvimiento. Sin embargo, ella me profesa afecto, así me lo dice al menos, y me suplica que no la deje. Yo por mi parte la quiero lo bastante para seguir suida á ella, aunque quizá me haga sufrir por mi abnegación.

Mr. Diétrich me manifestó un vivo reconoci-

miento, me suplicó que me quedase y me instalé definitivamente en su casa. Desalojé la habitación que había querido conservar; trasladé mi modesto mobiliario, mis libros y mi piano al palacio Diétrich y consentí en habitar un lindo pabellón que había rehusado ocupar hasta entonces; era el de madame Herminia, que pasaba á ocupar el de su difunta hermana, encontrándose así bajo el mismo techo que Cesarina.

Entonces tuve una independencia mayor de lo que había podido figurarme; podía recibir á mis amigos sin que tuvieran que pasar por delante de toda la familia Diétrich, y aunque el número de ellos era escaso, podía ver á mi querido ahijado, sustrayéndole á la crítica probable de Cesarina, que encontraría no pocos motivos de censura en su timidez de colegial.

El embarazo natural en esa edad no existía en mi sobrino, y fué una alegría para mí encontrarle desarrollado, en buen estado de salud y hermoso como su madre. Tenía los ojos negros, dulces y penetrantes, una boca perfecta, interesante palidez y cabellos negros y rizados sobre una frente despejada y noble. No parecía prometer una gran estatura, pero sus facciones eran de perfecta armonía y las inflexiones de su voz tenían misterioso encanto.

Había terminado sus primeros estudios y recibido el diploma de bachiller. Me atormentaba su porvenir y Mr. Diétrich, á quien hablé algunas veces de él, me había dicho:

—No tengáis cuidado, yo me encargo de él, presentádmelo y veré á qué altura han llegado su educación y sus ideas.

Cuando quise presentar á Pablo, éste se negó con una firmeza superior á su edad, y me dijo:

—No me conocéis, tía; no he aguardado yo á salir del colegio para procurarme una posición. Estos últimos años he tenido de condiscípulo al hijo de un rico editor, y éste me ha ofrecido la plaza de encargado del almacén de su padre. Para empezar tendré habitación y casa, y poco á poco me irán dando honorarios á medida de mi trabajo. Me habéis dicho que tengo seiscientos francos de renta; es más de lo que necesito para vestirme y asistir alguna vez al teatro; estoy contento del partido que he tomado y tengo la palabra de monsieur Latour.

—Me parece—exclamé—que antes de comprometerte hubieras debido consultarme.

—El tiempo urgía y estaba seguro de vuestra aprobación.

—Pues hacías mal; ignoro si has tomado una

buena determinación y me hubiera gustado consultar á Mr. Diétrich.

—Querida tía, no deseo estar protegido ni obligarme á quien no sé si podré estimar mañana. ¡No me llaméis orgulloso! He reflexionado muchísimo durante un año, me he dicho que yo no podía aspirar á un destino brillante y difícil de realizar, y me había jurado abrazar la primera colocación honrosa que se me presentase, y así lo he hecho. No es brillante mi colocación y quizá gracias á Mr. Diétrich la hubiera tenido más lucrativa, pero no quiero ligarme á un bienhechor, cualquiera que éste sea. Mr. Latour me admite como á todo dependiente que empieza; no me hace merced ninguna, y por lo tanto mi porvenir está en mis manos, no en las suyas; no me ha otorgado ninguna esperanza de posición, es un positivista frío, es el hombre que yo necesitaba. En su casa aprenderé el comercio y continuaré mi educación, porque su almacén de libros es una inmensa biblioteca; me ha dicho que tengo que corregir pruebas, lo cual quiere decir que se me dejará leer y escribir y éstos serán mis placeres.

Preciso fué conformarme con este arreglo. Pablo no estaba en la edad de las pasiones, y creía que el estudio haría la dicha de su vida.

Mr. Diétrich, á quien referí esta conversación, me dijo que auguraba muy bien de un carácter semejante, á menos que aquella energía no fuese un fugitivo heroísmo como el que todos los muchachos tienen á esa edad; que se le debía dejar volar con sus propias alas hasta que él adquiriese la medida de su propio valor, y que en todo caso él siempre se interesaría por mi sobrino á mi menor insinuación.

Me consideré satisfecha, ó al menos fingí estarlo; pero la independencia precoz de Pablo me inspiraba cuidado. Hacía tristes reflexiones sobre el espíritu de individualidad que se apodera cada día más de la juventud. Por una parte veía á Cesarina entregada á sus cálculos profundos para gobernar un mundo, y por otra veía á Pablo con tal altivez que no se prestaba á ser dirigido por nadie. Que mi discípula, mimada siempre por la suerte, creyera que todo se había creado para ella, era una lógica fatal, pero propia de su posición; pero que mi ahijado, aislado y pobre en el mundo, declarase que no quería protección ni apoyo, me parecía una arrogancia peligrosa, y aguardaba su primer desengaño para atraerle á más lógico camino.

Poco á poco la influencia de Cesarina, secundada por el secreto deseo de su tía Herminia, hizo

volver á reanudarse las relaciones interrumpidas con la muerte de su madre. Los cambios de visitas fueron más frecuentes; personas á quienes durante un año no se habían visto en la casa, la visitaron de nuevo, y al fin del año se habló de las atenciones de que habían sido objeto, y de pagarlas abriendo los salones y dando modestas comidas á los amigos de mayor intimidad.

Esto fué concertado por tía y sobrina con tal habilidad, que el mismo Diétrich no se apercibió hasta después de obtenido el primer resultado. Se le hizo creer que aquella reunión había sido incidental, hija de la casualidad. Una segunda comida fué seguida de una reunión improvisada, donde ya se hizo algo de música, siempre por casualidad, por una inspiración de la tía, que había creído advertir hastío entre los convidados.

A la música sería reemplazó la frivola á la semana siguiente: los jóvenes cantaron, y Cesarina, aunque no tenía voz, acompañaba admirablemente y era mejor música que todos aquellos á quienes invitaba á lucirse, y de los que se burlaba en secreto.

Al cabo de dos meses de estas comidas íntimas, hubo una imprudente que se atrevió á tocar un wals. Los pies de las otras se deslizaron sobre la

alfombra y aunque Cesarina no invitó á bailar, se bailó con gran alegría de Herminia y gran asombro de los criados, separándose todos satisfechos con la promesa de un baile para fin del invierno.

Mr. Diétrich estaba ausente; hacía frecuentes viajes á su propiedad de Mireval. No le aguardábamos hasta el día siguiente; la casualidad quiso que, apresurada su vuelta por un negocio urgente, llegase al otro día á las siete de la mañana, cuando los criados, que se habían acostado tarde, no habían tenido tiempo de reparar el desorden de las habitaciones.

Mr. Diétrich no despertó á nadie; pero antes de entrar en su cuarto quiso darse cuenta de por qué se levantaban tan tarde en la casa, y dió una vuelta por ella, entrando en la sala donde había principiado el baile, y después en el gran salón que habían invadido las parejas en su voluptuoso torbellino.

Habíanse encendido las bujías que quedaran mediadas en la última fiesta dispuesta por madame Diétrich, y aún se veían sobre las mesas bandejas con cristal y porcelana en que se habían servido los dulces y helados.

Mr. Diétrich sintió oprimirsele el corazón y se dirigió á mi cuarto á investigar si me había levan-

tado. Lo estaba en efecto; reconocí sus pasos y salí, esperando serias reconvenciones.

—Veo—me dijo con cólera contenida—que no habéis tomado parte en locuras que no habéis podido impedir.

—Perdonad—le dije—aunque no he tenido parte en la fiesta, no he abandonado á Cesarina y me he retirado la última; si me encontráis de pie es porque no he dormido; me preocupaba la idea de que os ocultarían esta fiesta, y me preguntaba si debía engañaros también ó adoptar el vil oficio de delator. Me encuentro en circunstancias que no podía prever al aceptar mi cargo. ¿Qué debo hacer? No tengo fuerza para imponer mi autoridad, y no puedo aceptar el papel de pedagogo que deslucen una fiesta, ni el de espía, que me es más antipático.

—Comprendo vuestros escrúpulos; pero si no podéis imponer vuestra voluntad, podréis emplear vuestro ascendiente con Cesarina para apartarla de estos gustos. ¿No la habéis hecho alguna reflexión?

—Puedo, por fortuna, contaros cuanto ha pasado. Cesarina no ha provocado nada, ha dejado hacer á los demás, y cuando yo le he dicho al oído: «Vuestro padre se enfadará.» Me ha contestado:—«Es probable.»

—Quiso advertir á sus compañeras, pero no lo hizo, y su tía, viendo que las parejas no cabían en la sala, abrió el salón grande. Cesarina se estremeció, apretó mi mano; creí que iba á decir algo, pero se contentó con entrar en el salón, y desde el rincón más obscuro contempló el baile con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lloraría porque no tomaba parte en él!—exclamó el anciano irritado.

—No, sus emociones eran complicadas y misteriosas. Amiga mía—me dijo—no sé lo que pasa por mí; me parece ver como á través de un sueño la última fiesta que aquí se dió y creo ver á mi madre ya enferma, pálida, cubierta de diamantes, entre un bosque de flores, aspirando sus perfumes, que la mataban, y de los que quiso rodearse hasta en su lecho de muerte. Esa fiesta resume la vida y la muerte de mi pobre mamá. Sufría y se creía dichosa.....; lo era en efecto, porque lo que constituye la dicha es satisfacer nuestros gustos buenos ó malos. Ha muerto joven, porque ha vivido mucho en poco tiempo: ni los consejos de los médicos, ni los de sus amigos, ni las reconvenciones de mi padre, lograban contenerla, y hoy, al ver cómo la olvidan todos estos que aquí bailan, me pregunto, si no hacían mal en acibarar con inquietudes.

tudes y siniestras predicciones las únicas alegrías de nuestra querida enferma; creo que ella seguía el verdadero camino, mientras que mi padre, con más severas teorías, no llegará nunca al fin que se propone, que es la moderación. Vos no lo conocéis, mi querida Paulina, es apasionado de la familia, amante de los negocios con tal furor, que en cada efecto encuentra una lucha, en cada episodio un desafío contra la naturaleza; sus pasiones no le hacen dichoso, porque las siente sin quererse entregar á ellas; se cree más fuerte que ellas y éste es el error eterno de su vida. Mi madre no se dejaba engañar, ni yo tampoco; quedará poco contento cuando sepa lo que ha pasado, lo sé, pero no tendrá más remedio que aceptar á su hija tal cual es, esto es, como á un ser que tiene pasiones ó que por lo menos está en vísperas de tenerlas. Hoy no sé si la vista de este baile me alegra ó me lastima, no sé si tendré un placer en presenciar fiestas que hacían el encanto de mi infancia, ó me serán odiosas. Pero si no tengo esa afición tendré la de los viajes ú otra cualquiera; pero tendré alguna.

Vinieron á interrumpirnos, porque buscaban á Cesarina para despedirse, y ella, quizá para des- embarazarse más pronto de la alegría enojosa de

sus amigas, convino con ellas en un baile para el año próximo.

—¡El año próximo! ¡Dentro de quince días!— exclamó Mr. Diétrich.

—No tengo por qué aconsejar en eso; no he de dar órdenes ni consejos en vuestra casa.

—Pero tendréis una opinión; ¿qué haríais en mi lugar?

—Aconsejaría á Cesarina que no entregase tan pronto á las fiestas esta casa, que le era sagrada hace un año, y la haría prometer clausura siquiera por un año más. Lo que prometa lo cumplirá; pero no la privaría entretanto de reuniones íntimas, sin las cuales su vida es demasiado austera. La soledad, la reflexión constante, tienen para ella más peligros que las diversiones. Tiene un espíritu de oposición marcado, y ¡quién sabe si al separarla del mundo en absoluto la haríais amante desenfadada de la sociedad!

Mr. Diétrich se despidió de mí con aire preocupado. La opinión que de él tenía su hija y que yo no creí deber ocultarle, le daba mucho en qué pensar, y al día siguiente reanudó conmigo en estos términos la conversación:

—No le he dirigido ningún reproche—me dijo;—he fingido no apercibirme de nada y no he ne-

cesitado arrancarle la promesa de que no se bailará durante un año, porque ella misma se ha anticipado á mi deseo. Me ha referido lo ocurrido anoche, ha lamentado la irreflexión de su tía, me ha hecho la confesión de que había prometido abrir los salones, y me ha suplicado que no lo permita, así es que no he tenido más que aprobar en vez de reñir. Siempre lo arregla del mismo modo.

—¿Y creéis que será siempre así?

—No hay duda—dijo el pobre padre con abatimiento;—es más fuerte que yo; lo sabe, y encuentra siempre medio de quedar bien.

—Si se deja guiar por su propia razón con acierto, ¿qué importa que no atienda á la vuestra? El mejor gobierno posible sería aquel que no necesitara mandar.

—¿Y creéis que una mujer puede ser siempre razonable, y por consecuencia tiene derecho á obrar siempre por sí? ¿Puede ser independiente?

—Creo que una mujer puede ser razonable, porque yo lo he sido siempre, sin violencia y sin gran mérito. En cuanto á la independencia á que tiene derecho, en ese caso, sin ser una libre-pensadora, la creo justo privilegio de una razón perfecta.

—¿Y creéis que á los diez y seis años Cesarina

es esa maravilla de prudencia que puede obedecer tan sólo á sus instintos?

—Trabajamos para que lo sea, y puesto que su carácter no se aviene á ceder, eduquemos su razón y no modifiquemos su voluntad, sobre todo mientras no la veamos sucumbir á un capricho peligroso.

—¿Y encontráis muy tranquilizadora la irresolución que os ha confiado, su pretendida ignorancia sobre sus gustos y deseos?

—Creo que lo siente como lo dice.

—Cuidado, Paulina, me parece que estáis algo fascinada, y eso puede aumentar su dominio en vez de contenerle.

En vano quería darme lecciones: sufría el dominio de Cesarina aun más que yo, y se iba creando una situación extraña respecto á aquella hija, que tan pronto halagaba su orgullo como mortificaba su amor propio. Hubiérale gustado Cesarina imperiosa para con los otros, pero sumisa para con él.

—Preciso es antes de separarnos—dijo—convenir en un punto esencial; para secundar vuestras miras, si llego á participar de ellas, es preciso saber por completo vuestra opinión. ¿Creéis que el trato social no hará frívola á mi hija?

30714

UNIVERSIDAD DE QUERÉTARO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925. 1925 MONTERREY, MEXICO

—No tal, no puede ser frívola.

—Decís bien, tiene más de mí que de su madre.

—En efecto, se os parece mucho, y por esa parte nada tenéis que temer.

—No abusará del placer, no.

—Entonces, ¿qué teméis?

Quedóse algo cortado para responderme, y dió algunas razones contradictorias. Yo trataba de penetrar lo íntimo de su pensamiento, porque mi papel era difícil y aun más si Mr. Diétrich era inconsecuente. Cesarina le había juzgado bien; tenía necesidad de luchar siempre, y no quería convenir en ello. Terminó, pues, nuestra entrevista suplicándome de nuevo que no dejase á su hija, sobre todo mientras no estuviera casada.

—Para comprometerme á eso—le dije—preciso es que me dejéis pensar y obrar como me plazca, siguiendo en todo las inspiraciones de mi conciencia.

—Ciertamente—dijo él respirando como quien se quita de encima un gran peso;—quiero abdicar todo mi poder en vuestras manos; para educar á una mujer se necesita otra.

En efecto, desde aquel día se verificó un notable cambio; dejó de contrariar sistemáticamente los deseos de su hija y me aplaudí este resultado

que creía el mejor de todos. Ya estaba en mi mano dirigir en absoluto á Cesarina y podía ser cómplice ú obstáculo á sus caprichos. Quizá Mr. Diétrich no se había engañado al decirme que estaba fascinada por aquella niña, y me dejaba dominar por ella, en vez de dominarla. Si he tenido esta debilidad, ha sido una desgracia expiada por crueles pesares. He creído sinceramente elegir el mejor camino, y proporcionar la dicha á todos, modificando la obstinación del padre en provecho de la hija, porque no podía dudar de que Cesarina necesitaba que se pusiera el destino en su mano, y no pudiendo dirigirla, era mejor cuidar de evitarle peligros que ignoraba, que creía ficticios y que se presentarían á acibarar su existencia.

Transcurrió el invierno sin otras impresiones, y las dos damas continuaron recibiendo á sus amigos. Cesarina con exquisito tacto, sabiendo contentar la algazara que podía llegar á oídos de su padre que se recogía temprano, pero que, según expresión suya, no cerraba nunca las dos ojos á la vez.

Fuerza es decir algo de la sociedad íntima de las damas Diétrich.

Ea constituían, en primer lugar, las tres señoritas Diétrich, hijas del otro hermano, y su madre, verdadera colección de plabeyas enriquecidas, al-

taueras por su fortuna, ambiciosas de aspiraciones y hablando la más pequeña, de edad de doce años, de matrimonio, con la misma soltura que hubiera podido hacerlo á los veinticinco. La libertad infantil de sus opiniones era el caballo de batalla de aquellas niñas, y su verdadero sueño de oro.

Su padre, Carlos Diétrich, era hombre cariñoso, y jovial, opuesto en un todo á su hermano, al que respetaba como á un semidiós y consultaba en todo, aunque nunca le confesase que no seguía sus consejos mas que á medias, lo que halagaba sus instintos de vanidad.

Había mucho de vulgaridad en aquel carácter y en aquellas costumbres sencillas, pero era un hombre honrado, no tenía vicios y amaba muy de veras á su familia. Si su trato no era muy divertido, no era tampoco repugnante, mérito raro en los comerciantes enriquecidos de nuestra época. Quería á Cesarina, y por un instinto de probidad, la miraba como reina de la familia, diciendo, siempre que se presentaba la ocasión, que era injusto contrariar en nada á tan perfecta criatura.

Cesarina no ignoraba el imperio que ejercía sobre su tío y estaba segura de que si hubiera querido contraer deudas, se la hubiera entregado sin vacilar la llave de su caja.

Tenía en sus escaparates las telas más ricas que se fabricaban, y en sus estuches lindos aderezos que no entregaba á sus hijas, diciendo que sólo Cesarina sabía apreciar estas cosas.

Era verdad. Cesarina tenía un gusto artístico muy desarrollado, y su tío se pagaba tanto de un elogio suyo como del del primer artista de la tierra.

Mme. Diétrich, que veía la parcialidad de su marido para con su sobrina, fingía aprobarla, pero sufría, y á través de las caricias que á Cesarina prodigaba, leía en sus ojos el despecho, la envidia.

La familia Diétrich no se limitaba á este grupo: había muchos primos alemanes, franceses, parientes todos en segundo grado que se unían á los hermanos Diétrich aún más que por el parentesco, por el brillo de su fortuna.

Las fastuosas recepciones de la madre de Cesarina los habían reunido á todos, y puede decirse que, gracias á la fortuna de los Diétrich, sus parientes eran recibidos y mimados por todos los personajes políticos de la época. Así, pues, Diétrich estaba halagado por todos sus parientes, numerosa clientela de agradecidos que casi todos vivían á su costa en sus oficinas ó por sus relaciones.

Inútil es decir el incienso con que toda esta familia, trastornaba la cabeza de la pobre Cesarina; yo que no he sido nunca aficionada al bullicio de mundo, encontrábame gustosa en aquellas reuniones que no podían ser íntimas, atendido el número de concurrentes, pero Cesarina me decía:

—Somos demasiado plebeyos para que esto os agrade. No me quejo, pero creo que encontráis á mi familia insípida. Como á vos, me parece mi primo el pintor de género tan merecedor como mi prima la fabricante de papeles pintados; y el primo compositor de música no tiene más inspiración ni más noción del arte, que mi tío el que en Bretaña dirige una fábrica de tejidos. Os he oído decir que no había clases en las sociedades modernas y que los industriales hablan de arte ni más ni menos que los artistas de industria; pero me parece que todos hablan mal de todo, y en vano busco en torno mío algo de inspiración, de originalidad. Mi madre creo que sabía elegir mejor su sociedad, y si bien admitía á toda esa turba que veís en torno mío, sabía, en cambio, atraerse á otras personas realmente distinguidas. Cuando mi padre me permitía escoger por completo mi sociedad, me veréis elegir otra más escogida, más interesante, como artistas, grandes señoras, viajeros distingui-

dos, sociedad que sepa discurrir, estimar lo que valga. En medio de esa sociedad brillante, brillaré yo también; hasta ahora no me atienden más que por mis bellos ojos, por mis exigencias de niña mimada; entonces me atenderán por mi instrucción, por mi lenguaje, por talentos que hoy me faltan, pero que iré adquiriendo poco á poco. Instruídme, mi querida amiga; hacedme trabajar. Mi madre se contentó con ser una mujer hermosa y afable; yo me propongo llenar una misión más difícil que la de lucir mis encajes y mis joyas. Creo que de este modo mi padre estará más contento de mí y reconocerá que la lucha de la vida es fácil para quien se arma sin tempestades domésticas, á fin de dominar las situaciones que puedan sobrevenir.

Si me ocupo tanto de Cesarina es para dar una idea exacta de su carácter, para resumir toda nuestra vida de los primeros años y llegar á la época de desenvolvimiento de aquel alma.

Todos los estíos íbamos á Mireval, donde trabajaba conmigo, levantándose muy de mañana y no perdiendo un minuto. Sus recreos eran breves, y hasta en ellos procuraba buscar instrucción, ya reuniéndose con su padre en el campo, ya ayudándole en sus trabajos de horticultura. Él estaba en-

cantado con estos gustos, y yo lo hubiera estado también, á no haberme confesado ella que la agricultura la aburría y que sólo se ocupaba de ella por dar gusto á su padre. Lo mismo hubiera temido que hiciese conmigo si no la hubiera visto amar realmente el estudio, y desarrollarse en ella la ambición de saber. Empecé á comprender que me aventajaría muy pronto, y por mi parte empecé á trabajar también, á estudiar con asiduidad; ya mi empleo comenzaba á ser fatigoso, cuando á mi discípula la empezaron á preocupar atenciones de otro género.

Antes de entrar en esta nueva fase de nuestra vida, debo ocuparme de mi sobrino y resumir lo que había sido de él durante los tres años transcurridos.

No puedo dar cuenta de su carácter ni de sus ocupaciones mejor que transcribiendo la última carta que recibí en Mireval en el verano de 1858.

«Querida madrina:

»No os inquietéis por mí: estoy siempre bueno y no me riñáis porque escribo tan poco.

»No he sabido jamás lo que es estar malo; pero tengo tan poco tiempo mío..... La última vez que os escribí ganaba doscientos francos, hoy gano mil, además de la casa y alimentación que me da siem-

pre mi principal. Tengo las noches libres, pero leo mucho; estoy contento, soy dichoso y estoy cada vez más satisfecho de la posición que me he buscado. Dentro de diez ó doce años ganaré diez ó doce mil francos, gracias á mi trabajo constante y á ciertas combinaciones mercantiles que os explicaré á nuestra vista.

»Ahora tratemos de la cuestión más importante de vuestra carta. Me decís que tenéis economías que queréis confiarme; esto es, regalarme vuestros ahorros, para que en vez de ser un empleado con modesto sueldo pueda ocuparme en alguna ventajosa especulación. Gracias, tía querida, sois el ángel de mi vida; pero no lo acepto, no aceptaré jamás. Habéis hecho hartos sacrificios para mi primera educación; tuve que aceptarlos porque era un niño; pero si hoy aceptara vuestros beneficios, mi rostro se pondría rojo de vergüenza. ¿Puede un hombre de veinte años aceptar las economías de una pobre mujer, consagrada por él á un penoso trabajo?..... No me habléis de ello si no queréis humillarme y affigirme; vuestra situación es peor que la mía, pobre madrina; estáis sujeta al capricho de una niña..... no hay nada sólido y fijo sino en aquello que está unido á la tierra por un interés personal por más que esto sea prosaico y

grosero; ¡no me hago ilusiones! Aunque joven, tengo ya alguna experiencia de la vida.

»Yo estoy unido á mi principal porque hago entrar en su casa el dinero en vez de hacerle salir. Vos, por el contrario, no sois en esa casa más que un objeto de lujo, del que se privarán sin pena en un momento de mal humor. Pueden ofenderos injustamente, y sé que lo soportaríais en el momento que conocierais que mi porvenir dependía de Mr. Diétrich. Por eso no he querido nunca depender de él, aunque me habéis tratado de orgulloso. No quería exponeros á humillaciones por mi causa, y por lo mismo, cuando me habéis invitado á frecuentar esas reuniones de familia, os he respondido que tenía mis noches ocupadas; hubiera tenido que prescindir de mi carácter independiente, ó hubiera tachado de poco respetuosa mi franqueza. De cualquiera falta mía hubierais sido responsable vos, y esto era lo que yo no quería.

»Continuemos, pues, como estamos: creo que en breve podré devolveros el dinero que habéis gastado por mí; pero esto no me evitará quedaros siempre á deber los tiernos cuidados que os he merecido, el amor maternal que me profesáis. Seréis siempre mi madre, y por lo mismo quiero que,

sin privaciones, tengáis una libertad absoluta y no permanezcáis en esa casa extraña más que el tiempo que os sea grato.

»Ahora me permitiré deciros que la última vez que os vi teníais un vestido que no me parecía digno de pasearse por las alfombras del palacio Diétrich. Como sé que sois avara, me dije «mi tía economizará para mí» y me prometí que la primera cantidad que no me fuese absolutamente necesaria la destinaria á compraros un traje. Ha llegado este feliz momento y recibiréis mañana una tela que me parece linda, aunque quizá no merezca la aprobación de la incomparable señorita Diétrich. Yo me río de ella en absoluto.

»Perdonadme tan pobre ofrenda, mi querida madrina, y quered siempre al ahijado rebelde que es ama.—Pablo Gilbert.»

Imposible me fué no llorar al concluir la lectura de esta carta; Cesarina me sorprendió en medio de mi llanto y quiso saber la causa de él; creía inútil decírsela, pero como ella se crease un verdadero pesar, la dejé leer la carta de Pablo, me la devolvió friamente y calló.

—Sí—dijo—y pasamos á nuestra lección.

Cuando la concluimos, me dijo:

—Vuestro sobrino es un original; pero su or-

gullo me agrada. Hace mal en suponer que su carácter independiente pudiera ofendernos; él hubiera sido como un rayo de verdad en medio de estas nubes mentirosas que me envuelven; me cree necia, ya lo veo, y me trata de incomparable, porque sin duda me encuentra fea.

—¿Nunca os ha visto!

—Si tal: ¿cómo podéis creer que ha venido á veros durante cuatro años sin haberse cruzado nunca conmigo? Vivís en un pabellón, alejada de mi cuarto y hasta habéis procurado que no venga á veros sino en aquellos días en que yo estaba fuera; pero un día tuve curiosidad de verle; mis tres primas y yo espiamos el momento en que cruzaba el jardín, y como entró veloz sin dignarse levantar los ojos hácia la ventana en que nosotras estábamos, espiamos su salida y fuimos á encontrarle de frente en el portalón. Entonces nos saludó y aunque pasó como distraído ó como discreto, estoy segura de que nos miró perfectamente.

—Por el contrario, creo que os miraría mal y que por lo menos no sabría cuál de las cuatro eráis vos, porque el año pasado al enseñarle yo vuestra fotografía me dijo que os creía baja y morena, lo que prueba que os equivocaba con vuestra prima Margarita.

—¿Y qué dijo de mi retrato?

—Nada, pensaba en otra cosa. Mi sobrino no es curioso ni le creo muy artista.

—Decid que tiene un positivismo increíble.

—Un poco dura es la palabra; pero confieso que le hallo un poco rígido en su virtud y asaz misántropo para su edad: me esforzaré en corregir su desconfianza y su franqueza.

—¿Y me le presentaréis el invierno próximo?

—No creo conseguirlo; es una naturaleza obstinada en medio de su dulzura.

—¿Es decir que se me parece?

—No por cierto, es todo lo contrario que vos; sabe siempre lo que quiere y lo que es, y en lugar de entretenerse en influir con los otros en uno ú otro sentido, se encierra en su derecho, en su deber, con una energía que no siempre apruebo, pero que le perdono en gracia de otras cualidades que posee.

—¿Qué cualidades?

—La rectitud, el valor, la modestia, el desinterés, y sobre todo, su afecto por mí.

Fuimos interrumpidas por el anuncio de la visita del Marqués de la Rivonniere. Cesarina dirigió una mirada al espejo, y convencida de que su tocada era irreprochable, me dejó para ir á recibirle.

Este sería el momento de hacer el retrato de este personaje, que desde hacía algunos días era asiduo en sus visitas á nuestra casa de campo; pero creo que vale más interrumpir mi relato y dejar á Cesarina el cuidado de pintar al hombre que aspiraba á su mano.

—¿Qué pensáis de él?—me dijo cuando hubo partido.

—Todavía, nada—le contesté—sino que tiene buena presencia y agraciado rostro; ya sabéis que yo no salgo al salón cuando la presencia de vuestro padre hace inútil la mía.

—Pues bien, yo la reclamo en adelante cuando venga el Marqués; en lugar de mi padre suele salir mi tía, y mi tía es mala guardiana, que me deja enamorar con demasiada libertad.

—Vuestro padre me ha manifestado que no veía inconveniente en la asiduidad del Marqués ni le desagradaban sus pretensiones, pareciéndole conveniente que le tratarais y fuerais formando juicio sobre su carácter; hasta creo que esto obedece á un convenio entre vuestro padre y el Marqués; vos decidiréis el día que más formalmente os hablen de esa boda, que á la verdad no puede ser más brillante. Si vos no le aceptáis, se dirá simplemente que no tenéis prisa por estableceros, y

Mr. de la Rivonniere abandonará sus pretensiones.

—Sí, eso me ha dicho papá, pero lo que piensa no lo ha dicho ni á vos ni á mí.

—¿Pues que creéis que piensa?

—Desea que me case lo más pronto posible; pero con la condición de que no nos separemos. Mi pobre padre me adora, pero me teme, y quisiera, conservándome siempre á su lado, estar libre de responsabilidad. Se ve obligado á mimarme toda la vida y se resigna, pero temiendo siempre que abuse: cuanto más estúdiosa, más retirada, y más razonable me ve teme doblemente una brusca transición á mis ideas dominantes.

—Y decidme: ¿no sostenéis muchas veces, sólo por sistema, vuestras ideas, que podríais evitar exponer delante de él?

—Me gusta sostener ese temor porque me libra de la autoridad despótica que sobre mí hubiera ejercido habiéndome encontrado dócil y sumisa. No me riñáis por eso, amiga mía; pero en lo que hago creo que estriba mi dicha y la suya; los medios de que me sirvo no os importen, y vuestra conciencia debe tranquilizarse en gracia de mi buen fin. Es preciso que mi padre conserve siempre esa responsabilidad que sobre él pesa, y no se la ceda

á un desconocido que me obligaría por lo menos á un nuevo estudio para dominarle.

—Creo que no os costaría gran trabajo. Mr. de la Rivonniere pasa por el hombre más dulce del país.

—No es esa una razón; es muy fácil ser dulce y bondadoso cuando no se tiene quien á uno le contrarie; yo también soy dulce, convenido en ello, y sin embargo, os aterra que lo diga.

—No tanto, pero hablemos del Marqués. ¿Qué juicio os merece?

—Aguardad, os lo diré. Me parece que es lo que en tiempo de Luis XIV se hubiera llamado un gran señor perfecto, buena figura, hábil en el manejo de las armas, ingenioso en su conversación y admirable en el baile. Cuando se había dicho esto de un hombre, era preciso darse por satisfecha y no preguntar más. Las mujeres son hoy más exigentes, y en mi cualidad de casi campesina, tengo derecho á preguntar si ese joven tiene corazón, voluntad y algunas virtudes domésticas; la familia Diétrich es una familia digna; vos que habéis nacido en la aristocracia lo reconocéis así, y esto nace de que somos muy puros, muy altivos; yo pretendo resumir en mí todo el orgullo, toda la pureza de mi humilde raza. Las perfecciones de cuna

me interesan poco, prefiero las cualidades del alma, y esas ignoro si el Marqués de Rivonniere las posee: quiero creer que mi padre no se ha engañado, que tiene estimables cualidades, que es rico, lo que prueba que, á no ser ambicioso, no tiene necesidad de mi fortuna. Esto no puede ser un mal; pero no me deja conocer su verdadera intención. A veces me parece asombrado de mis opiniones y otras las admira como si yo fuese una maravilla que le desvanece. He aquí lo que no quiero permitir: necesito conocerle, juzgarle; necesito que se explique si le agrado, que si le ataco se defienda, y mi tía, que le encuentra sublime, por la sola razón de ser marqués, me impide provocarle y se apresura á interpretar mis palabras en el sentido más lisonjero para mi pretendiente. Esto me aburre, me cansa, y deseo que vos estéis presente para sostenerme en mi idea y ayudarme á conocerle.

Dos días después el Marqués envió un caballo de silla que había ofrecido comprar á Cesarina por encargo de su padre. Dijo que le probase durante un mes, y que se quedaría con él si á la joven no le agradaba.

Cesarina fué á ponerse una falda de amazona y corrió á probar el caballo al parque, adonde le seguimos todos. Era excelente amazona, y manejó

el caballo durante un cuarto de hora con admirable maestría; después saltó ligeramente á tierra, exclamando, dirigiéndose al Marqués que la contemplaba con éxtasis:

—Es un magnífico caballo; pero no tiene instinto ni voluntad; es una máquina. Guardadle para vos si os agrada; á mí me aburriría.

—Hay un medio muy fácil de hacérsle soportable—repuso el Marqués.—Hacerle olvidar la escena que le han enseñado, dejándole libre al pasto por un poco de tiempo; yo me encargo de devolvérsle más enérgico.

—No; si no es falta de energía lo que yo le advierto; es falta de voluntad. A los animales, como á las personas, la educación les da una segunda naturaleza, les guía por un camino artificial, y yo prefiero un animal impetuoso, sin amaestrar, que aun á riesgo de matarme, sienta la más pequeña presión de mi mano.

—¿Y preferís asimismo en las personas una naturaleza ruda, una individualidad sin educación?

—La preferiré siempre á la que se ha hecho una segunda naturaleza fingida. Pero con vuestro permiso voy á quitarme este traje.

Nos dejó y se dirigió hacia la casa, recogiendo

su traje, que dejaba descubierta su pierna hasta el término de la botita.

El Marqués la contempló absorto, y después me ofreció su brazo, mientras Mr. Diétrich y su hermana nos seguían á corta distancia.

Al punto pude comprender que quería ganar mi protección, porque me manifestaba gran deferencia; y después de un preámbulo, un tanto embarazoso, cedió al deseo de abrirme por completo su corazón.

—Creo comprender—me dijo—que mi extrema sumisión desagrada á Cesarina, que preferiría un carácter más original, quizá más romántico. Comprendo la superioridad que ejerce sobre mí, y que me hace tímido. Así deberá conocerlo ella.

Todo esto me pareció muy justo y digno de un hombre inteligente.

—Cierto—le dije—que en los tiempos que alcanzamos, aceptar el mérito de una mujer superior y confesarlo así, los favorece; pero yo me atrevería á preguntaros si es la deferencia al mérito la que os arrastra, ó alguna cualidad especial la que os cautiva.

—Es lo uno y lo otro. Admirador de lo bello y de lo bueno, me siento encadenado á la persona que los reúne.

—¿Luego estáis enamorado de Cesarina? No lo extraño; cuantos á ella se acercan sufren el ascendiente de su belleza física y moral; pero se necesita una abnegación grande para obtener su amor.

—Así lo entiendo, y si no me creyera capaz de los mayores sacrificios, no intentaría merecerla. Creo que en abnegación nadie me excederá; pero las ocasiones de probarla no se presentan siempre; además, las mujeres se pagan con frecuencia de exterioridades, y yo os confieso que no sé bajo qué forma debo presentar el porvenir para que sea aceptable á sus ojos.

—No me pidáis consejos, caballero, y dispensad si os digo que no os conozco lo bastante para dároslos.

—Precisamente, que me conozcáis bien es lo que deseo. Cuando Cesarina me interpela, me turbo, y acaso no es la verdad la que sale de mis labios; con vos no siento tal timidez, y os responderé con la confianza que respondería á mi propia hermana. Preguntadme: es todo lo que deseo; y si no estáis contenta de mí, decídmelo, y yo me enmendaré; todo lo que venga de vos lo consideraré sagrado como si viniera de ella.

—Tenéis, según se asegura, la dulzura de los ángeles; ¿es cierto?

—Generalmente sí; pero tengo momentos de arrebatos de cólera feroz.

—¿Que no podéis contener?

—Según; cuando el despecho no toca más que á mi amor propio, le domino; ¡cuando me llega al corazón, me vuelvo loco!

—¿Y qué hacéis durante esos accesos de locura?

—¿Lo sé yo acaso? No me acuerdo de nada, no tengo conciencia de lo que hago.

—¿Pero á veces os lo habrán dicho los demás?

—Siempre me han disfrazado la verdad; he sido siempre adulado por cuantos me rodean.

—Eso es una prueba de que sois realmente bueno.

—¡No, eso es prueba de que soy rico!

—¿Por qué despreciar así á la especie humana? ¿No tenéis verdaderos amigos?

—Sí tal; pero éstos no habiéndome ofendido nunca, no pueden saber si soy violento.

—Sin embargo, eso puede suceder. ¿Qué haríais ante la traición de un amigo?

—¡No lo sé!

—¿Y ante la resistencia de una mujer querida?

—No lo sé tampoco: ya veis que soy un ignorante, puesto que no me conozco ni sé pintarme á mí mismo.

—¿Es decir, que no habéis hecho nunca un examen de vuestro carácter?

—He reconocido siempre mis faltas pasadas; pero no he podido formar juicio sobre las que aun están por venir; y no lo creo fácil tampoco.

—¿Por qué?

—Porque cada nuevo pesar reconoce distinto origen, y por lo tanto cada impresión es nueva en la vida. Ninguna circunstancia se presenta enteramente igual á otra; así, pues, hoy os diría que soy un ser excelente, y cuento seguir siéndolo; pero tengo siempre una desconfianza íntima que en vano quiero desechar. Si algún día llego á merecer la ventura de ser prometido de Cesarina, seré tan franco como lo soy ahora, y os diré: «la adoro»; pero no me oiréis decir: «soy perfecto, digno de ella, y merezo ser querido.»

—¿Pero prometeréis al menos amarla siempre? ¿Sois constante en vuestros afectos?

—En el de la amistad lo soy. Respecto á mujeres, puedo aseguraros que no he amado nunca más que á mi madre y á mi hermana; no sé, por lo tanto, el afecto que una mujer pura sabrá inspirarme.

—¿Cómo? ¿no habéis amado nunca?

—No tal; ¿eso os asombra?

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta años.

—Esa es una mala nota que tengo que apuntar contra vos en mi cartera. ¡No haber amado á los treinta años!

—¿Qué queréis? Yo no llamo amor á esas impresiones pasajeras que llenan siempre la vida de todo joven. Cuando un poco más tarde los hombres de mi condición entran en la sociedad, no conservan casi ilusiones, porque se ven colocados entre la coquetería de las mujeres que explotan sus homenajes y la bajeza de los hombres que explotan su bolsillo.

—¿Es decir que habéis querido siempre á mujeres de baja condición que os han explotado.

—Paulina, estoy seguro de que daréis cuenta de todas mis respuestas á Cesarina; pero creo que hay un género de preguntas que no os hará. Os diré, pues, la verdad. Las cortesanas y las mujeres de mundo se parecen siempre. Hubo un tiempo en que se dice que inspiraban grandes pasiones; pero hoy somos más virtuosos, y aunque buscamos á estas mujeres ligeras, respetamos la virtud y la dejamos tranquila. Los jóvenes fingen desdenarla: yo la respeto siempre, y de aquí haber respetado siempre á las mujeres de mis amigos y á

las que no me podían servir para un capricho pasajero. Por mala que sea la época actual, hay que reconocer en ella que el hombre que se casa después de algunos años de calavera, lleva á su mujer un corazón virgen todavía. Los caballeros antiguos que empleaban sus armas en la mujer elegante y distinguida, no podían alabarse de la ingenuidad moral, que es obra de la ligereza de nuestras costumbres. Así, pues, me parece imposible no amar á Cesarina con una pasión verdadera, y sobre todo, no amarla siempre.

En esto llegamos al salón donde Cesarina nos aguardaba ya sentada al piano. Habíase vestido con admirable gusto, y al ver al Marqués, se levantó vivamente, pintándose la contrariedad en su fisonomía. Hubiérase dicho que no contaba ya con verle. Él lo comprendió, tomó el sombrero, y estuvo muchos días sin volver á parecer.

Cesarina empezó por confesarme que estaba satisfecha de haberle desalentado en sus esperanzas y haber herido su susceptibilidad.

El Marqués no pudo contenerse mucho tiempo, y volvió; ella estuvo amable, después cruel; después volvió á faltarle; él se retiró; pero volvió de nuevo.

Esto duró algunos meses, y debía durar siempre.

El Marqués al pronto parecía fácil de seducir. Cesarina, que así lo comprendió, empezó por hacerle esclavo; pero empezaron algunos altercados que la hicieron reflexionar.

—Esto me entretiene—decía—es menos enojoso que un hombre sumiso.

Reconocía en él grandes y elevadas cualidades, verdadera generosidad de instintos, un talento cultivado, una bondad natural, y en suma, condiciones que no le hacían digno de ser tan mal tratado, estando en su derecho al no sufrirlo.

Al llegar el término de nuestra estancia en el campo, Mr. Diétrich instó á Cesarina para que se explicara respecto á sus ideas sobre el Marqués.

—No he decidido nada—dijo la joven;—le estimo mucho, y si se contenta con ser mi amigo, le veré siempre con placer; pero si insiste en sus proyectos de matrimonio, que no venga más ni con más frecuencia que los otros vecinos.

Mr. Diétrich no se contentó con tan extraña respuesta, haciendo ver á su hija que una joven no puede hacer su amigo de un hombre enamorado de ella.

—Pues es precisamente mi sistema—repuso Cesarina.—Yo encuentro la amistad de los hombres más noble, más sincera que la de las muje-

res, y como llevan siempre una segunda pretensión de agradar, si se les desengaña se queda una reducida á la sociedad del sexo bello, engañoso, pérfido y del que no se puede una fiar. La única amiga que tengo es Paulina y no deseo otra; es decir, también tengo á mi tía; pero esa es más bien mi muñeca que mi amiga.

—Pues bien; respecto á amigos nos tenéis á vuestro tío y á mí, no busquéis otros.

—¿Olvidáis, querido padre, hasta una docena de primos más ó menos jóvenes, que fingen demostrarme profundo afecto? Ninguno de ellos aspira á mi mano; los unos son casados, los otros reconocen no estar en condiciones de hacerme la corte. ¿No sé por qué el Marqués no ha de hacer lo mismo, por el solo placer de no disgustarme!

—Por fortuna el Marqués no aceptará esa posición ridícula.

—Pues al contrario, la acepta.

—¡Cómo! le habéis dicho «sed mi adorador por el solo placer de serlo».

—No, pero le he dicho: sed mi amigo, mi camarada, hasta nueva orden.

—¡Mi camarada!....—exclamó Mr. Diétrich dirigiéndose á mí;—esta criatura está loca!

—Ya sé—exclamó riendo—que esto no está en

las prácticas sociales, que no tengo sentido común. Pues bien, le diré á Mr. de la Rivonniere que me encontraréis absurda y que no debemos volver á vernos.

Dicho esto tomó su labor y empezó á trabajar con serenidad perfecta. Su padre la observó algunos instantes, esperando sorprender en ella despecho ó pesar; pero nada de esto vió; toda la contrariedad fué para él. Profesaba ya al Marqués viva amistad, le había animado en sus pretensiones y le quería para yerno.

No había ocultado este deseo á Cesarina, y bastaba esto para que la joven se propusiera explotarlo.

Cuando nos quedamos solas la reñí; me escuchó como siempre, con admiración, y después que me dejó hablar me respondió con dulzura infantil:

—Acaso tendréis razón; he dado un disgusto á mi padre y le obligo á tolerar una situación excéntrica y á renunciar á esperanzas que viene halagando hace tiempo. Yo seré quien renuncie á una amistad que me es grata, si no me decido á casarme con un hombre que no me inspire amor; yo también seré capaz de ese gran sentimiento que busca la dicha sólo en la virtud. Quieren que me sacrifique y así lo haré, soy capaz de ello; pero francamente, el Marqués es un personaje tan su-

blime y mi padre le profesa tal afecto, que no me agrada romper este lazo, ni creo que ninguno de los dos se proponga sacrificar una vida que soñaban ambas hacer venturosa. ¿Qué os parece?

—No tengo opinión formada en ese asunto; pero autorizadme para repetir esas mismas palabras á vuestro padre y al Marqués. Creo que después de ellas ambos renunciarán á atormentaros. Vuestro padre renunciará á ese amigo, y el Marqués, á quien no queréis dejar siquiera la esperanza, comprenderá que su paciencia compromete vuestra reputación, y se retirará.

—Haced lo que queráis — me dijo; — no deseo más que la paz y la independencia.

—Puesto que estáis tan razonable — le dije — valdría más que vos misma dijerais al Marqués que dilatáis indefinidamente su ventura.

—Ya se lo he dicho.

—Y que hacéis á su dignidad y á vuestro reposo el sacrificio de alejarle de vuestro lado.

—No lo acepta; insistirá en verme aunque sea poco y con las condiciones que yo quiera imponerle. Dirá que si es indigno de frecuentar nuestra casa, es mi padre quien debe arrojarle de ella; y como ese paso me parece penoso é injusto, no me encargo de darlo.

Imposible me fué hacerla variar de opinión, y Mr. Diétrich no se resignó tampoco á cerrar su puerta al Marqués, adivinando que podría ser abierta por otro nuevo capricho de Cesarina.

El Marqués fué, pues autorizado para ir á vernos á París, y Cesarina miró esta concesión paterna como una cosa natural y por la cual nada tenía que agradecer. Su amable expresión, sus buenas maneras para con nosotros, nos impedían tratarla de caprichosa y voluble. A cualquiera observación nuestra respondía: «os amo»; pero jamás decía: «os lo agradezco».

Volvímos á París por la época acostumbrada, y entonces Cesarina, que ya había preparado sus baterías, dió un gran golpe, al que sirvió de pretexto el Marqués de la Rivonniere. Quería obligar á su padre á que abriese de nuevo los salones y empezase un período de fiestas brillantes, estrechando relaciones que se habían cortado desde la muerte de su madre.

Le hizo observar que si la condenaba á la intimidad de la familia, no se casaría nunca, puesto que la aparición de cada pretendiente sería un acontecimiento en aquel pequeño círculo que tendría que apercibirse de todo, y admitir á otro después del Marqués sería hacerla pasar por una co-

queta; que, por el contrario, en medio de un numeroso círculo podían acercarse varios y ella estudiarlos sin despertar murmuraciones ni comprometerse con ninguno de ellos en particular.

Mr. Diétrich se rindió á la fuerza de tales argumentos, reconociendo que una persona tan segura de sí misma como Cesarina no podía encontrar en la sociedad peligros con que sólo tropiezan las almas tímidas. Como se ve, empleaba argumentos más fuertes que los que había tenido su madre para buscar la sociedad, y Mr. Diétrich, que no había cedido nunca con gusto á los deseos de su mujer, se rindió á la indicación de su hija.

Una gran fiesta inauguró el nuevo género de vida que íbamos á emprender.

Al día siguiente de aquel baile tan laboriosamente preparado y realizado con tal magnificencia, pregunté á Cesarina, pálida por el cansancio de la fiesta, si estaba satisfecha.

—¿Satisfecha? ¿De qué? ¿De haber recibido todo ese tumulto de gente que me rodeaba en mi infancia? ¿Creéis que la frivolidad de ese esplendor sea nueva para mí? ¿Me tomáis por una colegiala fascinada por su primera fiesta? ¿O creéis que el mundo ha variado tanto desde que yo no le veo? Siempre es el mismo, frívolo en el fondo;

pero en él es preciso vivir ó ser esclava de la soledad. La libertad vale bien que se sufra por ella y yo he resuelto sufrir por otras ventajas. A propósito—añadió—tenía que deciros una cosa: me parece que no me encuentro bien guardada en medio de esa multitud. Mi padre es tan poco á propósito para recibir, que se mete en un rincón y todos los recién presentados tienen que acudir á mi tía Herminia para que les haga los honores de la casa y me los presente á mí; mi tía tiene unas maneras tan poco distinguidas, y sus costumbres de ama de gobierno, más que de señora de salón, la hacen tan poco respetable, que todo el mundo se burla de ella. La verdadera persona distinguida aquí sois vos, Paulina. Vuestra condición de aya, de institutriz os tiene en cierto modo privada de hacer los honores de la casa, y yo quiero elevar vuestra condición empezando por que en lugar de hablarnos de vos nos hablemos de tú. No os riáis; al tutearme os eleváis al grado de amiga y de hermana; sois mi segunda madre y ésta es la autoridad, la superioridad que busco. El vos os coloca en un grado de segundo orden que no me agrada, y además no me favorece el que puedan creer que dependo sólo de mí.

—¿Es ese vuestro deseo?

— Si tal. Venid, llevemos la cuestión á mi mismo padre y veréis como aprueba mi opinión, estoy segura.

En efecto, Mr. Diétrich me rogó que tuteará á su hija y me dejara tutear por ella. El efecto que esto produjo en el interior de la familia fué mágico; los criados me trataron aun con mayor consideración, como á un individuo de la familia.

En cuanto á mí, al prestarme á aquel supuesto homenaje de mi discípula, no podía figurarme lo que sucedería, esto es, que dejándome todos los derechos de igual á igual, se disponía á resistirme con la misma llaneza.

Sin embargo, alguien se atrevía también á resistirla á ella: el Marqués de la Rivonniere, á pesar de las invitaciones repetidas de la joven y de su padre, no se presentó en la primera reunión ni en la segunda; le creíamos enfermo; enviamos á saber noticias suyas y nos dijeron que estaba ausente.

Un día que yo había salido á hacer algunas compras le encontré; íbamos los dos á pie y yo me atreví á indicarle la extrañeza que habíamos sentido al no verle aparecer por casa. Me pareció, si no sentido, vivamente preocupado, y ya pensaba en despedirme de él cuando con un cam-

bio un tanto brusco me ofreció su brazo para atravesar el patio del Louvre.

— Necesito hablaros—me dijo—porque es posible que vuestra discípula y amiga no diga toda la verdad sobre lo que nos concierne; quizá no se da cuenta á sí misma ni cree estar tan reñida conmigo, y no comprende que yo pueda estarlo con ella.

Parecióme dura la palabra para las relaciones puramente amistosas que entre los dos habian mediado, y se lo hice observar.

— Decís bien—repuso—es muy difícil hablar claramente de amor y de matrimonio á una joven que está tan bien vigilada por vos; pero cuando no se puede hablar se escribe, y Mlle. Diétrich no se ha negado á leer mis cartas ni se ha negado á contestarlas.

— ¿Es cierto lo que me decís?

— La prueba—repuso—es que al veros dispuesta ya á dejarme he creído que nadie mejor que vos puede ser portadora de sus cartas. ¿Me permitiréis que os las envíe esta tarde?

— Ciertamente; obráis como hombre delicado.

— No, sino como hombre que quiere curarse. Las cartas de Mlle. Diétrich podrían ser leídas en una conferencia pública, tan frías y puras son;

por eso quizá no me las habrá pedido, y hasta las habrá olvidado, porque si en las mujeres escribir es una imprudencia, el deseo de escribir es una garantía. Esa niña, verdaderamente superior, sabe apreciar sus sentimientos y decir lo que piensa sin otorgar la menor ventaja, ni permitir á sus víctimas la menor queja.

—Entonces, ¿por qué estáis enojado?

—Lo estoy conmigo mismo. Por un momento he podido hacerme ilusiones al ver que ella tenía empeño en atraerme á su intimidad; me ha ofrecido su amistad con insistencia y he sido bastante fatuo para creer que no haría esa concesión á un pretendiente destinado á un desaire como tantos otros. Le he dejado ver esta necia confianza, y entonces se ha burlado de mí, diciéndome que entraba de nuevo en la sociedad y que en ella tratara de alcanzarla si podía. Esta respuesta me ha herido en el corazón y he renunciado á Cesarina; podéis decirselo así.

—No lo creerá, no lo creo yo tampoco.

—Pues bien, sabed que entre ella y yo he puesto un obstáculo, una falta; me he echado en brazos de una aventura estúpida, culpable quizá, pero que me aturde, que me impide reflexionar. Esto es mejor que volverse loco ó envilecerse hasta la

esclavitud. He concluido mi confesión, esta tarde os enviaré las cartas, y ahora me vuelvo al campo á ocultar mis amores á dos leguas de París, mientras mi familia y mis amigos me creen en Suiza.

En efecto, aquella tarde recibí un paquete cuidadosamente sellado, que fui á depositar en el buró de nácar de Cesarina. No quería verla contrariada al creerme dueña de aquel secreto, y encontrando las cartas no sabría cómo se había operado la restitución.

Al cabo de algunos días me contó ella misma el hecho y manifestó temor por si las cartas habían pasado por manos de su padre. Yo la tranquilicé.

—Te las habrá traído—dije—la persona que sirviera de intermediaria á vuestra correspondencia.

—No hay ninguna—dijo;—no soy tan necia que vaya á confiarme á criados: cambiábamos nosotros mismos nuestras cartas; él me daba la suya en un ramillete y encontraba la mía en un cuaderno de música colocado sobre el piano, que él fingía hojear por distracción; representaba muy bien la comedia.

—¿Para eso me rogaste que asistiese á vuestras entrevistas? No hubieras necesitado más que hacer una seña para indicarme que querías hablarle.

—¿Qué quieres! ese misterio me agradaba, y además, ¿qué hubiera dicho mi padre si te hubiera hecho faltar á tu deber de vigilante? No me reconvengas, y explícame, si es que lo sabes, cómo esas cartas han llegado hasta mí. Preciso es que él se haya confiado á alguno, y si tal supiera.....

—No te alteres; su confidente he sido yo.

—Eso es otra cosa. ¿Y le has visto?

Se lo referí todo, excepto el recurso de que el Marqués había echado mano para curarse; no me parecía digno de llegar á oídos de una niña, y ciertas conversaciones libres estaban prohibidas delante de Cesarina, pudiendo asegurarse que ésta, á pesar de su genio atrevido é independiente, ignoraba de esos detalles de la vida libre de un hombre, cuya apreciación es peligrosa en la mente de una joven. La pequeña Irma Diétrich, su prima, sabía más que ella en este terreno, y solía deslizarse hablando de alguna aventura picante ó de mujeres ligeras, conocidas de todo el mundo; pero Cesarina se sonrojaba y la hacía callar.

Comprendió, pues, de muy distinto modo la ligera indicación que le hice de que el Marqués, con tal de olvidarla á ella, había buscado otro cañón, y creyó sencillamente que se trataba de un matrimonio.

—Ya ves—me dijo—si tenía razón en dudar de él; ya ves la formalidad que tienen los hombres; decía que se moría si le quitaba toda esperanza; le he dejado alguna y ya ves qué pronto se ha curado. Voy á enseñarte sus cartas, las leeremos juntas y esto me servirá de lección; es un ejemplo que no olvidaré.

Las cartas del Marqués estaban bien pensadas aunque escritas con espontaneidad; parecióme que pintaban un amor sincero y así se lo hice observar á Cesarina. Ésta se burló de mí y me dijo que no le conocía, que aquello era una novela y que ella no había sido engañada ni un momento. Cuando concluimos la lectura, tuvo un momento de quererlas arrojar al fuego, pero se contuvo, las reunió, las ató con una cinta negra y las guardó en su secreter, burlándose, sobre aquel luto, del primer amor que había inspirado; pero á pesar de su sarcasmo vi rodar una lágrima por su mejilla y comprendí que no había concluido todo entre ella y el Marqués.

Pasó el invierno sin que volviéramos á verle. Otros diez aspirantes se presentaron y entre ellos los había para todos los gustos, de todas edades, condiciones, caracteres, fortuna y talento, pero ninguno fué admitido, aunque ninguno fué con

claridad desechado. Cesarina quería constituirse una corte, y por eso no admitía ningún homenaje directo ni desechaba ninguna pretensión.

Gustaba mostrarse en público rodeada de adoradores, á los que sabía mantener á respetuosa distancia.

Pasamos el estío en Mireval y en los baños; allí encontramos á Mr. de la Rivonniere que de nuevo recobró su cadena como si no la hubiera roto, y me preguntó que si había vendido el secreto de su confesión.

—No—le dije—no era de naturaleza de publicarle. Sin embargo, si os casáis con Cesarina, os ruego se lo confeséis á ella, porque no quiero ser vuestra cómplice.

—¡Cómo!—repuso—¿debo contar á una niña, cuya pureza me es sagrada, las aventuras ligeras que se cuentan á un camarada?

—No por cierto, pero como esta vez habéis sido culpable, según vos decís....

—¡Razón más para callarme!

—Es que lo habéis sido para con Cesarina y volvéis á ella con una mancha que antes no teniais.

—Pues bien, me confesaré cuando sea preciso; pero para que tenga yo ese valor, preciso es reconocerme querido: hasta entonces no me creo obli-

gado á nada; hoy soy libre, le he sacrificado un amor pasajero, ¿qué no haría para conquistar el suyo?

¿Le amaba Cesarina? En el regocijo que sintió al esclavizarle de nuevo podría creerse que sí: le recibió con la misma amabilidad que si se hubieran despedido la víspera, éste era su castigo y así lo comprendió el Marqués. Cesarina no le hizo ninguna reconvencción; pero le colocó en el grado mismo en que le tenía el año último, y él se consoló reconociendo que aún era el más adelantado de cuantos rendían homenaje á su ídolo.

Aquí terminaré este frío relato, necesario para pintar una situación que se prolongó hasta la época en que Cesarina llegó á su mayor edad. Yo contaba salvar más proto los cinco años que consagré á su instrucción, y aun en ellos he suprimido de intento la descripción de muchos viajes y el detalle de muchos personajes que se mezclaron más ó menos íntimamente en la vida de mi heroína. Deseo llegar á sucesos que turbaron más hondamente nuestra tranquilidad, y que hubieran parecido imposibles á no hacer yo tan detenido examen de aquella niña, cuya educación me había sido confiada.

## II.

Enlazo mi relato en la época en que Cesarina llegó á su mayor edad; su padre la había ya emancipado en cierto modo, poniéndola en posesión de la fortuna de su madre, que era considerable. Yo había consagrado seis años á su educación, y puedo asegurar que le había enseñado poco, porque su inteligencia se adelantaba á mis explicaciones.

En cuanto á su educación moral, ignoro si me cabe ó no responsabilidad del bien ó el mal que en ella había. En la época á que me refiero, venía todavía el bien, por más que algunas veces tuve que combatir un principio de mal, procurando hacerla distinguir el uno del otro.

Lo cierto es que al cabo de estos seis años yo amaba á Cesarina con un afecto casi maternal, aunque no me hiciese ilusión ninguna respecto al cariño que ella me profesaba; por su parte todo era gracia, seducción; pero no me hacía esto conocer lo íntimo de sus sentimientos.

La dicha que me otorgaban Cesarina y su padre no bastaba á llenar mi corazón; había otro sér á quien prefería á todos ellos, cuya sociedad cons-

tante me hubiera hecho grata la vida, y este sér, como ya se comprende, era mi ahijado y sobrino Pablo Gilbert.

Por él había yo entrado en casa de los Diétrich; por él hubiera dejado la abundancia de aquella casa por compartir su pobreza; pero él insistía en no quererme deber nada y en vivir alejado de mí.

No me encontraba bien en aquella sociedad que rodeaba á Cesarina, y puede decirse que mis únicas horas gratas eran las que pasaba en mi cuarto consagrada á mis lecturas ó en compañía de mi querido Pablo, que iba á verme alguna vez. Yo lamentaba que estuviese tan sujeto por el trabajo, sobre todo que viviese en casa de su patrón, y le propuse alquilar un entresuelo al lado de la librería, donde por lo menos podría yo ir á verle alguna vez y comer reunidos cuando gustase; pero se negó absolutamente á cambiar en nada nuestras existencias.

—Comeríais muy mal si yo os acompañase, querida tía—me decía;—hay días que tengo cinco minutos para comer, y en ellos ni tomo gusto á lo que como. Veo que esto os aflige, pero no tengáis cuidado, no lo paso mal, estoy acostumbrado á esta vida agitada, y ahora un cambio me sería funesto. Puede decirse que no pienso, obro; no ando,

corro; no fumo, no hablo, y en una palabra, vivo para mi objeto, que es llegar á ganar doce mil francos al año; ésta es la ley del trabajo, la fatiga y las privaciones para los que quieren llegar á su objeto.

—¡Pobre hijo mío! ¿cuándo llegarás á ganar esa suma de mil francos por mes?

—Dentro de diez años.

—Y entonces ¿cuándo piensas descansar?

—¿Descansar? ¡Nunca! El trabajo no cansa más que á los necios ó á los holgazanes.

—Entiendo por descanso la facultad de ocuparse á gusto del individuo.

—¡Si estoy ocupado en lo que más me agrada! Mi patrón no es editor más que de obras serias, y gracias á esto me ocupo en leer lo que más me podía agradar. Hoy no me creo un ignorante, tía, y mis conocimientos son útiles á mi principal, que no desdeña oír mi opinión sobre las obras que trata de adquirir. ¡Ah! cuando por él tengo que ir á negocios de imprenta, cuando me encarga la corrección de pruebas, cuando formo un catálogo nuevo de todas las obras de su almacén, los considero trabajos higiénicos, sin contar que muchos de los paseos que me hace dar los doy en su tisbury, porque como tiene la divisa de que el tiem-

po es oro, prefiere darme su carruaje á tener que tolerar mi tardanza; desde que estoy en su casa he aprendido tres idiomas, las matemáticas, algo de física..... ya veis si estaré contento y si me ocupo según mis deseos.

Nada tenía que decir de esta conformidad, y casi me atreveré á confesar que me sentía orgullosa de tal sobrino. Hablaba muy bien, sabía servirse de frases que me revelaban su ciencia sin pedantería, y sentíame satisfecha á la par por su valer y por su modestia.

Sin embargo, aquella vida austera en un joven me alarmaba. Su rostro, si no de perfecta hermosura, de notable distinción, había adquirido el sello de la edad viril, á la par que de una expresión melancólica y triste. Cuando yo alguna vez le hablaba en este sentido, decíame siempre que no conocía el sufrimiento, y se asombraba de mi inquietud. No le veía jamás lamentar los goces de que su existencia precaria le privaba, y no sé si en efecto había seguido su vocación ó si se imponía una resignación heroica.

Mr. Diétrich me preguntaba con frecuencia por mi sobrino, y yo no podía ocultar mi tristeza siempre que de él hablaba; pero tuve que ir disimulando esta contrariedad, porque Mr. Diétrich

quería mejorar su situación, á lo cual Pablo tan obstinadamente se negaba.

Cesarina, por su parte, estaba ofendida de la conducta de mi sobrino, atribuyéndola á preven- ciones que contra ella tenía, y apenas podía dis- mularme la aversión que le inspiraba aquel joven que sin conocerla apenas, manifestaba por ella tan profunda antipatía.

—Sin duda lo hace—exclamaba—por llevar la contraria á todo el mundo; ve que cuantos me ro- dean me elogian y están satisfechos de mí, y me cree quizá un espíritu vulgar. No exijo elogios de nadie; pero la hostilidad por sistema me exaspera, y todo lo que puedo hacer, gracias á tí, es creer que tu sobrino es un excéntrico ó un loco.

Llegó hasta á sospechar que yo en alguna oca- sión de enojo había hablado mal de ella á mi so- brino; pero yo acogí riendo esta observación.

—Tú sabes—le dije—que no adolezco de acce- sos de mal humor, ni aunque los tuviera llegaría al extremo de hablar mal de las personas á quie- nes amo; la resistencia de Pablo á vuestras invita- ciones reconoce motivos menos graves; en primer lugar se parece á mí, gusta poco de la sociedad.

—Eso no lo sabes tú ni él mismo, puesto que no ha querido nunca frecuentarla.

—Eso prueba su repugnancia; no por eso le creas tan rudo que hiciera un mal papel en ella. No ha aprendido el vocabulario de los salones y no sabe estar en detalles que son indispensables en ellos, pero.....

—Sin duda ha debido aprender en su librería cómo se visita á los sabios, pero no á las damas; sin embargo, no me hará creer que no tiene buenos modales ni excelente apostura. Su figura la he vis- to y su exterior no anuncia nada de eso.

—Cierto, pero no gusta de vestirse. Pablo no puede permitirse un lujo que no está en armonía con su situación.

—¿Y no estás tú en el caso de poderle regalar un frac negro y una corbata blanca?

—Yo no lograría hacerle aceptar ni un alfiler, aunque fuera de cobre, y además le falta tiempo para todo: yo misma no le veo más que una vez á la semana.

—¿Se burla de tí! No le faltará tiempo para lo que quiera. El Marqués de la Rivonniere ha teni- do tiempo de hacer locuras á pesar de su pasión por mí, y á tu sobrino le pasará otro tanto.

—No lo creas, es un joven juicioso, estoy segu- ra de ello.

—Entonces es un santo, á no ser que, demasia-

do vanidoso, esté tan pagado de sí mismo, que no encuentre á nadie digno de alternar con él.

Estas palabras me ofendieron un poco, á pesar de las disculpas de Cesarina y de sus caricias para hacérmelas olvidar.

Mi amor propio, se interesó en el asunto; y tenía ya empeño en hacer conocer á la familia Diétrich que mi sobrino no era un vanidoso ignorante.

Esta pequeña herida de amor propio fué origen de una enorme falta.

Preparábase una gran fiesta para celebrar el aniversario veintiuno de Cesarina. Aquel día su padre, además de la posesión de la herencia materna, le constituía una renta sobre bienes propios dotándola aún antes de que eligiese marido. Había manifestado tal aversión por la dependencia en ciertos detalles de la vida, que á veces se pasaba sin una cosa tan tal de no pedir para ella, y monsieur Diétrich, á quien todo le parecía poco para su hija, había destruido por sí mismo este lazo de sumisión filial. Como se ve, aquel padre, aquel razonador rígido, era el primer esclavo de los caprichos de su hija.

Ella aceptó con su acostumbrada gracia; no era avariciosa, pero encontraba en el dinero un agente

ciego, indispensable. Hizo mil proyectos de diversiones, de independencia, más ni uno sólo de matrimonio, y Mr. Diétrich que la veía feliz no tenía el menor afán de verla casada.

Aquella noche había un gran baile y pude al fin obtener de Pablo que consintiera en presentarse, diciéndole al efecto que se atribuía su alejamiento á poca satisfacción de mi parte en la casa, á un resentimiento que yo le hubiera podido confiar á él.

Como no había en realidad otras causas que las expuestas por mí á Cesarina, consintió en presentarse, pidiendo al efecto el traje á su antiguo discípulo, el joven Latour, que era de su misma estatura. Su falta de pretensiones hizo que manejase aquel traje, enteramente nuevo para él, con admirable soltura, y se presentase con naturalidad, porque si le faltaba costumbre, le sobraba penetración.

Los hermanos Diétrich me felicitaron después de algunas frases cambiadas con él; no lo extrañé, porque su afecto por mí les hubiera hecho hablar así de todas maneras. Pero en Cesarina era distinto, y una extraña fatalidad me arrastraba á vencer su repugnancia.

Estaba deslumbradora de lujo y hermosura,

cuando atravesando el baile seguida siempre de su corte de amigos íntimos, se encontró con Pablo á quien yo acompañaba para presentárselo.

No dejaba él de sentir curiosidad por admirar de cerca aquel astro tan celebrado, que así llamaba siempre á Cesarina, pero una curiosidad filosófica, desinteresada, como si se hubiera tratado de estudiar un manuscrito precioso ó un problema. Este sentimiento firme se veía en sus miradas serenas y frías: en las de Cesarina, por el contrario, leía algo de audaz, algo como un desafío que me aterró. Tuve un presentimiento de las consecuencias que podía traer mi fatal imprudencia y á punto estuve de decir á mi sobrino:

—Ya te han visto; vete.

La multitud que rodeaba á Cesarina, y los amigos que venían á saludarme, me separaron de Pablo, al que perdí de vista durante una hora. De repente al atravesar yo, para dar algunas órdenes, una galería que se había llenado de flores y arbustos, ví á Cesarina y á Pablo aislados en medio de la fiesta, sentados y como escondidos bajo el dosel que formaba una mimosa monumental. Había delante de ella un sofá circular y en él Cesarina se abanicaba como quien busca un recurso contra el calor de los salones.

Pablo tenía el aspecto de un hombre que ha sido defenido en el instante de partir.

—¡Ah, llegas á tiempo!— me dijo Cesarina al ver que me acercaba:—hablábamos de tí, siéntate; si no, todos esos envidiosos vendrán á estorbarme este rato de conversaci6n con tu señor sobrino. Figúrate, querida mía, que jura por su honor que le soy indiferente, que ni aun me conoce de referencia; ¡ya ves si es imposible! Tú no has de haber consagrado seis años de tu vida á servirme de hermana y madre sin hablarle de mí como á mí me has hablado de él. Yo en cambio le conozco perfectamente por lo que me has dicho de sus ocupaciones, de su carácter, de su salud, de todo lo que en él te interesaba. Podría decirle cuántos constipados ha tenido, cuántos libros ha devorado, cuántos premios ha obtenido en el colegio, cuántas virtudes posee.....

—Pero no podréis decir—repuso con jovialidad mi sobrino—cuántas veces he engañado á mi tía fingiéndome constipado para sacarle pastillas, y cuántas la he hecho formar una opini6n equivocada de mí al hablarle de mis exámenes. Si os fundáis en las ilusiones de su amor maternal, bien puedo asegurar sin equivocarme que me conocéis lo mismo que os conozco yo á vos.

—No sois, por cierto, galante;—repuso Cesarina picada.

—Ciertamente—repuso él completamente sereno;—no soy más galante que cualquiera de los muebles ó las estatuas de éste vuestro palacio encantado. Mi papel, como el suyo, se limita á estar en el sitio que me han puesto, sin formar opinión de las cosas que pasan delante de mí.

—¿Cómo! ¿no podéis juzgar? ¿no véis?

—Precisamente, no veo.

—¿Tan deslumbrado estáis?

—Al contrario, es que soy miope.

Cesarina se levantó con un impulso de cólera que en vano quiso disimular; era el primero que había observado en ella, y me causó tal sorpresa, que no fuí dueña de encontrar una frase para salvar, como suele decirse, la situación.

—Querida mía—me dijo tomando bruscamente su abanico, que yo había cogido maquinalmente—tu sobrino es muy espiritual, pero tiene mal corazón, no sabe que, al traerle aquí, venía hacia él como una hermana hacia el hermano de quien ha vivido separada; veía en él tu hijo adoptivo como soy tu hija adoptiva yo.... Creía que habiendo hecho ya el viaje de la vida habíamos adquirido cierta experiencia que nos daba medios de hablar

amistosamente; pero ya ves cómo me ha recibido. Yo he hecho todo el gasto, como debía por atención á tí; pero su aversión por mí es tan marcada, que por dignidad renunció á volver á ocuparme de él.

Quise responder; Pablo oprimió mi brazo, y Cesarina que lo percibió, sonrió con expresión de desdén muy parecida al odio, y se alejó. Pablo me retenía siempre.

—¡Dejadla, tía, dejadla!—me dijo cuando hubo abandonado la galería.

Y volviendo á adoptar conmigo, por efecto de la emoción, el tuteo de la infancia, añadió:

—¡Te juro que me inclino á creer que esa niña es insensata ó perversa! Está acostumbrada á dominarlo todo, y se figura que es fácil hollar con su lindo pié todas las cabezas.

—No—le dije;—es buena; un poco mimada, un poco coqueta, pero nada más; y en último resultado, ¿á tí qué te importa?

—Tenéis razón; nada me importa.

—¿Entonces, por qué tiemblos?

—¿Yo? No sé. ¿Creéis que tiemblo?

—Estás más turbado que ella. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Qué te decía cuando he llegado yo? ¿Te ha dado alguna cita?

—Sí; un criado me entregó en el momento que me retiraba (porque yo nunca me propuse pasar la noche aquí), un papel. ¿Le he perdido?..... No; ¡aquí está! Oid: «En la galería..... junto al arbusto mayor..... al momento.» ¿Eres tú, madrina, quien ha escrito esto?

—No, pero podría dudarse. Cesarina tenía muy mala letra cuando yo vine aquí; me encargé de reformársela, y hoy la suya y la mía se confunden.

—¡Entonces ha sido ella quien me ha dado esta cita, y por mejor decir, esta orden de venir aquí! Confieso que me engañé, que creí que tenías algo que decirme; dejé mi abrigo que ya había cogido, y la encontré sentada en ese diván con indolencia. No veo mucho de lejos y no la reconocí hasta que estaba cerca y me hizo señas de sentarme á su lado, diciéndome con cierta indolencia: «Si viene alguien vos os deslizáis por allí, yo por el otro lado. No es costumbre que una joven proceda así con un hombre á quien apenas conoce; pero no importa, os habrán dicho que soy excéntrica, sé que no me queréis bien y no solicito vuestro cariño, pero no me separaré de vos sin haber alcanzado vuestra amistad.»

Asombrado de tal principio y no creyendo todavía en coquetería tan audaz, repuse que yo no podía amar á una persona sin conocerla y que, no conociéndola, no la podía querer.

—¿Y porqué no me habéis conocido?

—Por que no he tenido tiempo.

—¿Creéis que sea necesario tanto?

—Sin duda; yo entiendo poco de mundo, no comprendo ni el silencio, ni el lenguaje, ni la pantomima de los salones.

—¿Es decir, que no veis en mí más que á la mujer de los salones, á la mujer superficial?

—¿No es en medio de la sociedad donde os encuentro?

—Porque no habéis querido nunca verme en familia.

—Mi tía os habrá dicho, sin duda, que tengo poco tiempo.

—Aquí hubierais encontrado personas formales con quienes hablar; aquí también concurren sabios. Les he preguntado si os conocían y me han dicho que erais un joven muy fuerte.....

—¿En filosofía?

—Eso es.

—¿Y habéis querido convenceros por vos misma?

—¿No me creéis capaz de ello?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO

—Precisamente porque os creo, mi orgullo rechaza el examen.

No respondió—continuó Pablo;—y manejando el abanico con la viveza del despecho, exclamó de repente:

—¿Sabéis, caballero, que me lastimáis?

Yo me levanté vivamente, creyendo acaso que mi pié tropezaba con el suyo, y haciéndome sentar de nuevo, me dijo:

—No me comprendéis; yo abrigo ideas generosas; me han enseñado la benevolencia como una virtud, compañera de la caridad cristiana, y por primera vez en mi vida me encuentro en presencia de una persona que tiene marcada prevención contra mí. Toda injusticia me subleva; por eso me subleva la vuestra y deseo conocer la causa de vuestra aversión.

En vano he protestado en términos atentos que no había tal aversión, porque entonces me ha presentado los más extraños sofismas. ¡Ah, tía! tú no me has dicho nunca la verdad respecto de tu discípula! ¡Tú, tan buena, tan recta en tus pensamientos has debido sufrir mucho con esa joven perversa.... perversa! Lo es. No quiero buscar otra palabra; imposible me es referirte toda nuestra conversación, porque está tan confusa en mi

mente, como un sueño extravagante, pero estoy seguro de que me ha dicho que la amaba y que mi timidez, mi alejamiento, eran celos. Cuando he dicho que apenas recordaba su figura, me ha contestado que mentía y que podía sin temor confesar la verdad, porque á nuestros años la amistad hacia el hombre empieza á la par que amor en la mujer, lo que era una fatalidad. Yo entonces he preguntado un poco bruscamente si esa fatalidad no era recíproca, y con una amargura, con una mirada con la cual quería penetrar hasta el fondo de mi corazón, me dijo:

—Por fortuna, no; la fatalidad es patrimonio exclusivo de la mujer.

Entonces comprendí que era inútil gastar más tiempo con semejante loca, ó con tan hábil coqueta, y exclamé:

—Mlle. Diétrich, sois más despreocupada que yo, y admitís que una joven honrada puede provocar la afición de un hombre sin dejar de ser pura. Sin duda esta moral se usa en vuestra sociedad, que yo no conozco, que no quiero conocer, porque, gracias á vos, creo que estaría en ella fuera de mi lugar.

Si no dije estas palabras han sido otras análogas y han provocado en ella un acceso de furor

que la dominaba en el momento que has entrado. Ahora, querida tía, decidme: ¿es sólo una niña mimada un poco coqueta? Creo más bien que es una mujer harto sagaz y peligrosa para un hombre que no esté muy en guardia. Ha creído quizá que ese hombre sería yo y se ha engañado; no la conocía, me era indiferente. Ahora si vuelve á interrogarme le diré que me es antipática.

—No, hijo mío—repuse vivamente;—es preciso evitar que vuelvas á ser interrogado. Vas á retirarte, y cuando vuelvas á verme darás tres golpecitos á la puerta pequeña del jardín. Yo misma la abriré, y reunidos sabremos hacer frente al enemigo si acaso se presenta: veo que Cesarina te causa miedo. Yo, que la conozco bien, sé que la resistencia la irrita, y con tal de vencerla se arroja á cualquier exceso. Tal como es, la quiero; ¿por qué te lo he de negar? No se consagra uno al cuidado de una niña durante años enteros sin sentir por ella profundo afecto y cariño. Conozco sus defectos y sus cualidades y comprendo que he hecho mal en traerte á su casa, puesto que el resultado ha sido un alejamiento mayor; por el cariño que me profesas, te ruego que no pienses más en este absurdo baile, y le consideres como un mal sueño. ¿Te parece difícil?

—No, querida tía, si está ya hecho.

—Creo inútil decirte que, por afecto á mí, no debes hablar á nadie de la ridícula aventura de esta noche.

—Lo sé, tía: no soy fátuo ni charlatán, y después de todo el ridículo sería para mí. Ahora, tía, os diré que tardaréis algún tiempo en verme; mi principal me envía á Alemania, y como veis no podía venir este viaje más á tiempo.

—En cuanto á Cesarina, ella reconocerá su falta, y á tí, creo que no necesito encargarte que te repengas de tan pueril emoción.

—Madrina, os comprendo; me habéis encontrado muy conmovido, y esto os inquieta. No quiero marcharme sin tranquilizaros: mi espíritu y mi corazón no quedan turbados por la escena con Mlle. Diétrich. Por el contrario, mi corazón y mi mente rechazan el carácter de tal mujer. Ni aun mis ojos han sido impresionados por un tipo al que acompañan tales cualidades. Hermosa ó no, una mujer que se ofrece á un hombre, aunque sólo sea para burlarse de él, maneja la brasa del amor sin propagar el incendio. Os confieso, tía mía, que lo único que he experimentado ha sido la cólera del hombre cogido en una emboscada..... Ya pasó, y no temo un nuevo asalto; mucho más que me

parece pueril exponerse á él, por ser imposible batirse con tal enemigo; mi indignación ha pasado y me marchó tranquilo. Quedad vos tranquila también, porque os juro que Mlle. Diétrich no hará, aunque se lo proponga, la desgracia de mi vida.

Parecióme tranquilo, en efecto, y nos separámos. Volví al salón; Cesarina bailaba con el Marqués de la Rivonniere y me pareció muy contenta.

Al día siguiente me dijo:

—¿Sabes la noticia del baile? Me han criticado que me presentara cubierta de diamantes. Todos los hombres han dicho que llevaba pocos para lo bien que me sentaban; pero todas las mujeres, y mis mejores amigas, han dicho con aire de compasión, que me había vestido de mujer casada siendo todavía soltera. Yo he respondido lo que ya pensaba de antemano; que hoy entro en mi mayor edad y que aún no estoy segura de tener intención de casarme; que tengo diamantes que aguardan impacientes el día de mi boda, y que se aburren de brillar en la sombra de sus estuches; que les he dado un día libertad, pero que volveré á encerrarlos si tan mal me sientan. ¿Creéis que me sientan mal?

Esta sencilla pregunta me ha hecho recoger multitud de elogios; pero por parte de mis queridas amigas eran elogios forzados: he conocido mi triunfo, y mis alhajas no serán en adelante condenadas al encierro.

—Creí—le dije—que tenías alguna cosa más importante que contarme.

—No—respondió—eso ha sido lo más importante de la fiesta de ayer.

—Pues yo no lo creo así; la cita que habéis dado á mi sobrino es una broma de muy mal gusto y me tenéis enojada.

Cesarina no estaba acostumbrada á reconvencciones tan directas, porque toda la preocupación de su vida había sido obrar á su capricho, pero sin dar ocasión á la censura. Quedó vivamente sorprendida y fijó en mí sus rasgados ojos azules, sin encontrar una frase para confundir mi audacia.

—Hija mía—le dije—no es vuestra institutriz quien habla, no lo soy ya; sois dueña de vuestras acciones y emancipada de toda superioridad; como vuestro padre os habrá dicho, desde hoy deo de percibir honorarios y no estamos ligadas por más lazo que por el de la amistad.

—¿Vas á dejarme?—me dijo, cayendo casi de

rodillas con un movimiento tan natural, tan espontáneo, que me impresionó, por más que estuviese acostumbrada á verla representar esas escenas dramáticas de que ella misma se reía una hora después.

—No cuento dejáros por eso—le dije—á menos que.....

Me interrumpió, y echándose en mis brazos me dijo:

—Me tratas de vos, y eso es que ya no me quieres; si no me hablas de tú, no te escucharé más.

—Pues bien; no te dejaré, á no ser que tu me obligues á ello burlándote de mis deberes y de mis afecciones. Te digo que no es la institutriz, no es la amiga siquiera la que se queja; es la tía de Pablo Gilbert; ¿me comprendes ahora?

—¡Dios mío, tu sobrino!..... ¿Pues qué hay, que pasa? ¿Acaso, sin yo pretenderlo, se ha enamorado de mí?

—Eso quisieras!—repuse indignada por la osadía de tales palabras.—Sería injusta venganza de su insubordinación: pero no te hará saborear ese placer de los dioses; ni está enamorado de tí, ni lo estará nunca; has perdido el tiempo, pero te has expuesto á perder también tu dignidad.

—¿Ha sido él quien te ha dicho eso?

—¡Precisamente, exigiéndome no decírtelo!

—¡Qué imprudente!—exclamó la joven lanzando una carcajada.

—Sí, riéte porque confías en mi cariño, en mi bondad. Te conozco más de lo que te figuras, pobre niña, y aunque crees haberme interesado hasta el punto de que no vea más que el lado bello de tu carácter, soy mujer al fin y tengo mi sagacidad; te amo por tus cualidades; conozco tus defectos, ó por mejor decir, tu defecto, porque es uno sólo, pero inmenso, aterrador.

—¿El orgullo, no es verdad?

—Sí, y no me hago ilusiones sobre sus peligros; emprendes una lucha á muerte contra todo aquello que te ofrece resistencia y estás segura de vencer; pero te engañas, mi sobrino se resistirá, tiene una fuerza para tí desconocida, la sabiduría y la modestia.

—Todo lo contrario del orgullo, de la altivez: pues bien, si fuera tan terrible como dices encendería el fuego de mi voluntad, mostrándome tal cual soy á otro más fuerte que yo. Pero, tranquilízate, Paulina, no soy ese personaje de drama ó de novela que te figuras. Soy todo lo más una mujer un poco frívola y un poco seria: me gusta el pro y el contra: la venganza me agradaría y el

perdón me entusiasma, y puesto que vienes á pedirme gracia para tu sobrino, te prometo no emplear contra él mis armas.

—No vengo á pedirte gracia, vengo por el contrario, á otorgártela, por ese juego de mala ley que no ha tenido consecuencias, pero que ha podido hacer mi desgracia, haciendo la del ser á quien más amo en el mundo: por esa falta premeditada no te perdonaré si no te arrepientes de ella.

No había hablado así nunca á Cesarina y quedó admirada de mi severidad; la ví palidecer de coraje y de vergüenza, y me dijo:

—Me diriges palabras bien duras; no recibo órdenes, bien lo sabes, y te recordaré que estoy libre de tu dependencia en cuanto quieras imponérmela como una ley.

—Y estás en tu derecho; pero yo estoy en el mío de salir de aquí al instante para no volver jamás, si no me das tu palabra de honor de renunciar á ese mal propósito.

Al oír esto, se deshizo en llanto.

—Ya veo—me dijo—que buscas sólo un pretexto para dejarme; ¡no tienes indulgencia ni ternura conmigo! Haces todo lo que puedes para irritarme, á fin de que pronuncie una palabra que te ofenda y puedas fundar en ella tu salida de aquí.

Pues bien; he aquí todo lo que te diré: ¡eres cruel y me partes el alma! De todo ha tenido la culpa Pablo, que no me comprende, que es mi enemigo, y me ha calumniado al hablar contigo. Sin duda, celoso de tu afecto, le quiere todo para sí; y debe estar contento, pues que me le ha hecho perder. Pero, en fin, sea como quiera, escucha mi justificación, y no me retires tu cariño. Yo no he querido hacer de tu querido Pablo un juguete; quería de buena fe obtener su amistad, y, al pretenderla, sentía nacer la mía con tal ímpetu, que casi era parecido al amor.

—¡Calla—la dije—no dices la verdad, y eso es lo peor de todo!

Entonces, levantándose con arrogante majestad, me dijo:

—¿Desde cuándo me crees capaz de descender hasta la mentira? ¿Quieres saberlo todo? Pues bien, sábelo. Amo á Pablo, y quiero casarme con él.

—¡Misericordia!—exclamé.—Esa es otra locura. Vamos, pobre hija mía, no pierdas el juicio para justificar una falta ligera.

—¿Tan desatinada te parece mi intención? ¿No estoy en edad de saber lo que pienso y de elegir libremente marido? Ya verás.

Y saliendo al encuentro de su padre que venía á buscarnos para ir á paseo, le dijo:

—Escucha, padre querido: no se trata de pasear, se trata de casarme. ¿Consentirás tú?

—Ya lo creo, en cuanto ames á alguno—repuso él sin vacilar.

—Pues bien, amo á uno.

—¡Ah! el Marqués.

—No, no es ese. El que me agrada no tiene título. ¿Te es igual?

—Enteramente.

—No es rico tampoco, no posee nada. ¿Esto también te será igual?

—Cierto; pero por lo menos le quiero puro, inteligente, laborioso, hombre de mérito real y positivo.

—Tiene todo eso.

—¿Y joven?

—Veintitrés años.

—Demasiado joven; es casi un niño.

Yo impedí á Cesarina que contestara, y repuse:

—Es un niño, y por consecuencia no puede ser más que un árbol que todavía no ha dado fruto. No escuchéis á Cesarina; creo que se ha levantado un poco loca esta mañana, y acaba de inventar el más insensato, el más inverosímil de los caprichos,

y llega al colmo de su extravío al decirnos lo que piensa delante de mí. Es una falta de tacto que yo la perdono, pero que me ofende.

Mr. Diétrich, sorprendido por la dureza de mi lenguaje, me dijo:

—Adivino de quien se trata. ¿Cesarina le conoce?

—Le ha oído anoche hablar por primera vez.

—Entonces no puede amarle todavía. ¿Y él?

—¡Él me detesta, padre!

—¡Ah! ¡Bien!—dijo Mr. Diétrich, sonriendo.—

Entonces ya se comprende. ¡Pobre niña! Trata de hacerte amar; pero te advierto una cosa, que es preciso que te cases, porque no te permitiré imponer á otro el papel de pretendiente ilusorio que viene desempeñando el Marqués de la Rivonniere, porque anoche he podido convencerme en el baile de lo ridículo de su situación. Todo el mundo le señalaba sonriendo; pasaba por un majadero, mientras que tú pasas por una burlona, y de esto á pasar por una coqueta no hay más que un paso.

—Pues bien, padre, no pasaré por una coqueta, porque me casaré con el hombre á quien he elegido.

—¿Y vos consentís, Paulina?—me dijo Mr. Diétrich.

—No, señor—le dije;—yo me opongo formalmente, y si no os contentáis con esto, rehuso en nombre de mi sobrino.

—No puedes rehusar en su nombre, puesto que nada sabes—me dijo Cesarina;—y no te reconozco el derecho de disponer de su porvenir sin consultarle.

—No le consultaré, porque debe ignorar que sois una loca.

—¿Quieres mejor que me crea coqueta? ¡Podría adorarme, y prefieres que me desprecie! Creo que eres tú, Paulina, quien está loca. Escucha, papá. Anoche he hecho una cosa mala, es la primera de mi vida; he querido castigar á Mr. Pablo del dedén que sin razón nos manifiesta, y á mí particularmente; le he concedido favores con intención de verle á mis piés: ha sido mal hecho, y estoy harto castigada, porque me abraso en la llama que he querido encender; he sentido el amor por vez primera, y si no me caso con ese hombre, me quedaré soltera toda mi vida.

—Te quedarás ó te casarás, harás lo que quieras, menos comprometerte. Vamos, Paulina, ¿por qué oponeros á este matrimonio, siempre que la intención de Cesarina sea formal? Por mi parte, creo buena su elección. Mr. Gilbert es joven, pero,

retiro mi palabra, no es un niño: su actitud noble, su arrogancia para con nosotros, su constancia en el trabajo, ese estoicismo que le distingue, merecen mis simpatías; y no hablemos de su familia respetable, distinguida, ni de la buena educación que ha recibido de vos. Para negaros así á este matrimonio preciso es que tengáis alguna razón muy poderosa; y si no queréis, por cualquier causa, decirlo delante de mi hija, creo que me la diréis á mí.

—Eso es—repuso Cesarina, saliendo con impetuosa.

—Mejor—dijo Mr. Diétrich, cerrando la puerta en cuanto hubo salido su hija.—Vamos á ver, decidme la verdad: ¿teméis veros acusada por este matrimonio de ambiciosa, de intrigante?

—Sí, señor, eso en primer lugar.

—Vos estáis muy por encima de esas hablillas.

—Nadie está bastante por encima de la opinión del mundo; nadie me conoce lo bastante para disculparme de toda premeditación, y además estoy en una posición muy secundaria para poder contar con amigos; el favor de mi sobrino nos crearía envidiosos, y ni él ni yo soportaríamos la maledicencia sin ser desgraciados. ¡Oh, señor! Creedme: nuestra reputación vale más que todas las fortunas para comprometerla así!

— Ninguna de las numerosas personas que vienen á esta casa se permitirá la menor duda sobre la nobleza de vuestro carácter, y en cuanto á Pablo, cierto es que tendrá envidiosos; pero ¿quién no los tendrá si se casa con Cesarina? Si le detiene ese temor, tendrá que renunciar eternamente á toda prosperidad, á toda ventura. Ese es un obstáculo quimérico del que casi podemos prescindir: veamos los otros.

— No hay más que uno, pero cuya importancia no podréis menos de reconocer. El carácter de vuestra hija y el de mi sobrino son incompatibles: Cesarina tiene el defecto de que todo ceda ante ella; mi sobrino tiene el de no ceder á nadie ni por nadie.

— ¡Es grave, en efecto! Pero ¿quién sabe si esa desigualdad de condiciones hará su dicha? Cesarina, vencida por el amor, obligada á respetar á un marido, entrará en la buena senda y no nos alarmará con el abuso de su independencia. Pablo, dulcificado por la dicha, aprenderá asimismo á ceder, y serán dichosos.

— Aun suponiendo que llegaran á obtener ese resultado, ¿qué de luchas antes de llegar á él! No, Mr. Diétrich, no tratemos de unir caracteres tan extremos; las tentativas peligrosas son aceptables

sólo en casos desesperados. Aquí, por fortuna, no le hay. Si yo, hace una hora, me hubiese anticipado á decir á Cesarina que se casara con Pablo, hubiera soltado la carcajada; pero precisamente ante mis reproches, y conociendo la necesidad que ha tenido de disculparse, es cuando le ha ocurrido tan peregrina idea. Si dentro de una hora vais á decirle que, como yo, no consentís en esa boda, creo que la sacáis de un apuro.

— Lo que decís es muy probable; en fin, yo la veré, y entre tanto dejémosla tiempo de asustarse del paso que ha dado. Soy en todo de vuestra opinión, menos en la indicación de creeros rebajada por este enlace. Si no hubiera otro obstáculo, yo sería el primero á tratar de vencerle; soy desprecupado y encuentro equitativo y justo unir la pobreza á la fortuna, cuando la primera es digna y honrada: la pobreza es la primera virtud que reconozco en vuestro sobrino, y sabed que, al invitarle á venir á mi casa, pensé en que mi hija pudiera agradecerle y no me sentía disgustado por ello.

Quando Mr. Diétrich me dejó, sentíame trastornada por indecisiones, por escrúpulos. ¿Tenía yo derecho para privar á Pablo de tan brillante porvenir? Mi ternura de madre hablaba muy alto y

me reconvenía crudamente. ¿Podía yo convertir á aquel niño, cuyo estoicismo me costaba tanta inquietud, en un hombre libre, independiente, poderoso, feliz quizá? ¿Quién sabe si Cesarina no se vería curada del orgullo por el amor?

Así permanecí largo rato, trémula, indecisa, como quien viera un paraíso terrestre al otro lado de un precipicio que no tuviera valor para saltar.

No vi á Cesarina hasta la hora de comer, y la encontré tan amable, tan jovial, como si nada hubiese pasado entre las dos. Mr. Diétrich comía aquel día en la Embajada, y Cesarina estuvo picante con su tía Herminia; y á los postres su jovialidad llegó al extremo; sus ojos brillaban y sus mejillas estaban encendidas. Cuando pasamos al salón, dejó de repente de reír, y llevándome á un lado, me dijo:

— Parece que ni mi padre ni tú queréis conceder vuestro asentimiento á la elección que he hecho; esto no es muy lisonjero para mí; pero aun no desconfío. Papá ha estado dulce, insinuante, al decírmelo, lo cual prueba que cederá cuando me vea resuelta. En cuanto á tí, querida mía, será él quien se encargue de modificar tu parecer, yo te lo prometo.

— ¿Contáis disponer á vuestro antojo de mi sobrino?

— A tu sobrino me encargo yo de inspirarle confianza; es un trabajo interesante que me reservo; pero como está ausente, tendré tiempo para convencer á mi padre de lo serio de mi resolución.

— ¿Cómo sabes que mi sobrino está ausente?

— Porque he tomado informes. Ha partido esta mañana para Leipsick, y he contado tomarme esta tregua para librarne de una vez de las enojosas persecuciones del marqués de la Rivonniere.

— ¿Le has escrito otra vez?

— No; le he hecho decir por Dubois, su antiguo ayuda de cámara, que me trajo esta mañana una ramillete de su parte, que dijese á su amo que le esperaba para que nos acompañase á tomar una taza de té; que no se hiciera esperar, porque estoy cansada de anoche y quiero recogerme temprano.

— ¿Y es para estar sola con él para lo que has querido comer hoy sin más compañía que tu tía y yo?

— Precisamente. ¿Oyes un carruaje? Observa si es él, y da orden de que no quiero recibir á nadie más.

— ¿Quieres que os deje solos?

—No, por cierto; ya sabes que no le admito nunca en completa soledad; mi tía nos dejará porque lo exigirá yo; pero quédate tú, te lo ruego.

—Pues yo te aseguro que te dejaría con mucho gusto responder sola de tus locuras, de tus caprichos.

—Comprende que eso me comprometería.

Anunciaron al Marqués; yo tomé mi labor y me quedé.

—Tenía necesidad de hablaros—dijo Cesarina.—Anoche en el baile hicisteis la triste figura, ¿lo sabéis?

—Lo sé, y puesto que no me quejo.....

—¿No debo quejarme yo? Pues ved ahí; yo no puedo consentir en seguir haciendo el papel ridículo que me destináis. Es preciso poner un término á este estado de cosas que lastima á mi padre y me ofende á mí.

—El remedio es bien sencillo.

—Sí, admitiros como pretendiente oficial. Pero como eso no puede ser.

—¿No me amas ni más ni menos que el primer día?

—Sí; os quiero con una franca y leal amistad; pero no pienso en ser vuestra esposa; os lo he dicho cien veces.

—Pero añadiais una palabra que hoy omitís. Deciais siempre: «no quiero casarme todavía.»

—¿Es decir, que, según vos, yo os he dejado siempre esperanza?

—Por lo menos no me habíais prohibido esperar.

—Pues hoy os lo prohibo.

—¡Ya es un poco tarde!

—¿Por qué? ¿qué sacrificios os he merecido?

—El de mi amor propio consentido; el de pasear por delante de todos mi abengación por vos, dándome el aspecto de un hombre que aguarda recompensa. Vuestra amistad encontraba agrado en este papel que hoy os parece ridículo. ¿Qué remedio me dais para él?

—Nada más fácil: decid á todo el mundo que no estáis enamorado de mí; que no lo habéis estado nunca. Yo os ayudaré á hacerlo creer: yo diré que desde un principio hemos convenido en no confundir la amistad con el amor; que soy yo quien os ha retenido en mi intimidad; y si se burlan de vos delante de mí, yo responderé con tal energía que imponga á todos moderación.

—Sé que sois capaz de todo, hasta de lo imposible; pero no sólo temo el sarcasmo de los demás; no soy susceptible, y el día en que la piedad compasiva, de que soy objeto, se cambiara en ironía

ofensiva, yo sabría hacer callar á los maldicientes. No tratéis, pues, de disculparos con el interés mio; yo seguiré siendo el hombre galante que no tiene nada que reprocharse, ni tiene por qué mentir.

—No es posible, amigo mio; tenemos que dejar de vernos; no acepto por más tiempo el papel de mujer coqueta.

—No podréis evitarlo: toda mujer que se rodea de hombres, sin favorecer á ninguno, no puede evitar esa opinión, pero á vos, ¿qué os importa? aceptad vuestra responsabilidad como yo acepto el ridículo de víctima.

—Es que vos, amigo mio, os quedáis con el mejor papel, y yo con el más odioso?

—¿Qué tiene de odioso? Una mujer de vuestro mérito es natural que no se resigne fácilmente á aceptar los homenajes que la ofrecen.

—¿Queréis que me coloque en el rango de las mujeres sin corazón?

—Os adorarían, os celebrarían lo mismo, y tal vez más. Tal es la ley del mundo. Tomad la actitud de una mujer que quiere á todo trance conservar su independencia, sin condenarse al aislamiento.

—Me dais muy malos consejos, y parece que

me queréis como egoísta; mi trato os agrada; mi conversación os entretiene, y como al fin y al cabo sois el más atendido de cuantos me adulan, queréis prolongar esta situación con la esperanza de que un día se irán alejando de mí todos los demás hombres que solicitan á una mujer sincera y buena.

—Me parece que empiezo á leer claro en vuestras preocupaciones: ¿queréis casaros?

—¿Quién me lo impediría?

—No sería yo; no me asiste derecho para ello.

—¿Lo reconocéis así?

—¡Soy hombre de honor!

—Venga esa mano; sois un excelente amigo.

El Marqués de la Rivonniere besó la mano de Cesarina con un respeto cuya tranquila abnegación me sorprendió; no lo creía tan sumiso; y aunque con la cabeza inclinada sobre mi bordado, no separaba de él mis ojos.

—Es decir—repuso después de un momento de atención—que vais á casaros?

—¿Lo he dicho acaso?

—Me parece.... ¿y por qué no lo habíais de decir? Yo no he de dejar por eso de ser vuestro amigo.

—Cierto; si así fuera, os lo diría.

—Decidlo, nada temáis. ¿Tengo yo acaso el aspecto de un amante extraviado que se levante la tapa de los sesos?

—No, y además no había por qué.

—Si, haber por qué, sí habría; pero es uno filósofo ó no lo es. Decidme: ¿á quién habéis escogido?

Yo creí deber impedir á Cesarina una imprudencia, y dirigiéndome al Marqués, exclamé:

—No puede deciroslo, porque no lo sabe.

—Cierto—repuso Cesarina, á quien mi observación advirtió del peligro;—no sé todavía....

Mr. de la Rivonniere no pareció alarmado; conocía los caprichos de Cesarina y no les daba importancia. Se rió, pues, de la irresolución de la joven, y no vió en ella nada enojoso para él, porque de todos los que rodeaban á aquella niña mimada, era el más indulgente, el más propicio á evitarle una contrariedad.

—Pero concluyamos, es preciso que dejemos devotos, que dejéis de amarme....

—Permitidme veros—insistió el Marqués—y no os cuidéis de mi pasión; yo procuraré que no os sea importuna.

Cesarina encontró al Marqués demasiado conforme; si hubiera llevado estudiado un papel, no hu-

biera podido des empeñarle con mejor éxito. Observó que la joven quedó picada y como ofendida, fallándole poco para ensayar en aquel mismo instante cualquier otro medio de seducción. Habíase preparado á una escena de cólera ó de pesar, y encontraba un verdadero hombre de estado, en el sentido más caballeresco de la palabra. Esta estaba vencida desde el momento en que no le había vencido á él.

—Retírate—le dije yo entonces en voz baja;—yo me encargo de saber lo que piensa.

Lo hizo en efecto fingiéndose fatigada, y estrechando muy friamente la mano de su adorador.

—Yo os pido permiso para permanecer todavía algunos instantes—me dijo el Marqués en cuanto estuvimos solos—es preciso que me digáis el nombre de ese dichoso mortal.

—No hay mortal ninguno—le dije.—Mr. Diétrich ha reconvenido, en efecto, á su hija por la extraña situación en que os tenía colocado, y ella ha dicho entonces que se casaría....

—¿Con quién?

—Con el Emperador de la China, porque todo lo que ella ha dicho no tenía más formalidad.

—Queréis desorientarme ó no sabéis la verdad. Cesarina quiere á alguno.

—¡Cómo! Suponéis.....

—¡Sí, no sé á quién! Desapareció anoche del baile un cuarto de hora después de haber entregado un billete á su criado Beltrán. La he seguido, la he buscado, pero no di con ella! La encontré después á la salida de una galería misteriosa; no pude ver á la persona que dejaba en pos de sí; pero es indudable que había una, porque aunque se reía de mis observaciones, estaba inquieta.

—¿Fijáis en alguno vuestras suposiciones?

—No tal, ni es fácil; no hay uno de cuantos entran en esta casa que no esté enamorado de Cesarina.

—No me parecéis dispuesto á tener celos de aquel que os sea preferido.

—¿Celoso? No, no tendré tiempo, por lo menos, de estarlo, porque á aquel con quien quiera casarse.....

—¿Qué?

—¡Le mataré!

—¿Qué decís?

—Digo lo que pienso y lo que haría.

—¿Habláis de veras?

—Ya lo veis—dijo, pasando su pañuelo por la frente, empapada en sudor.—Su rostro no se había contraído, su frente no había adquirido un pliegue;

pero sus labios estaban pálidos, y quedé verdaderamente aterrada.

—¡Cómo! ¿Seríais vengativo hasta ese punto? ¡Yo que os creía generoso!

—Lo soy por sangre fría, por reflexión; pero cuando me acaloro..... ¡ya os he dicho que cuando me encolerizo no me pertenezco!

—Ya reflexionaréis.

—No lo haré antes de haberme vengado.

—¿Y os encolerizáis muy á menudo?

—No, se pasan semanas, meses quizá.

—Entonces es que alimentáis el ódio sin combatirlo. ¡Y os preciáis de ser filósofo!

—Es que ahora mentía como mentáis vos, como mentía Cesarina; ahora es cuando vos y yo decimos la verdad. Cesarina está enamorada de otro hombre; vos me lo ocultáis por prudencia, porque comprendéis todo de lo que soy capaz, y en este momento siento subir á mi cerebro torrentes de sangre que me ciegan. Lo que hay de salvaje en el hombre, en el animal si queréis, vence á la razón, á las mejores máximas, á los sentimientos del hombre civilizado; ¡así soy yo! Todo lo que podáis decirme de bueno y de razonable, no llega á mi mente. Hace tres años que adoro á Cesarina; he tratado, para olvidarla, de buscar otro amor,

de cometer hasta una mala acción, porque he seducido á una joven hermosa, más hermosa que Cesarina y pura como ella. No lo siento, no tenía condiciones para unirse á mí; pero lamento mi falta por lo mismo que no me es dable repararla. Una cantidad en billetes que he enviado á mi víctima, me ha sido devuelta con el mayor desprecio, se ha vuelto con sus padres, y cuando he ido á buscarla allí, había desaparecido sin que al cabo de dos años me haya sido dable descubrir su paradero. Os confesaré con rubor que iba á reconocer cuantos cadáveres de mujer eran recogidos del Sena y expuestos al público, con frío en el alma, y ahora es cuando toco la expiación, cuando siento el remordimiento. Ciego por Cesarina, persiguiendo siempre una quimera, me aturdía, y ahora veo el espectro de mi víctima que ríe con sarcasmo, que me grita: «estoy vengada»; ¡pobre niña! ¡Aún lo estarás más, porque Cesarina no pertenecerá á nadie y sus sueños de ventura se desvanecerán como el humo!

—¡Y arriesgaréis vuestra vida por un necio amor propio!

—Ó no la arriesgaré; mataré, asesinaré, todo menos dejar escapar mi presa.

—¿Y después?

—Después no aguardaré á que se me lleve ante los tribunales, me haré justicia yo mismo.

Al hablar así el Marqués, estaba pálido, con los ojos animados por sombrío fuego: había tomado su sombrero, yo me esforzaba en contenerle y le dije:

—¿Pero á dónde váis? No podéis fijaros en nadie.

—Voy—me dijo—á constituirme en espía de Cesarina: no dará un paso, no escribirá una palabra sin que yo lo sepa.

—Y salió rechazándome casi por la fuerza.

Yo corrí al cuarto de Cesarina que estaba ya acostada y medio dormida: tenía el sueño ligero le conté todo lo que acababa de pasar y me escuchó casi sonriendo.

—Vamos—dijo—devuelvo casi mi estimación al Marqués; no creía tener que habérmelas con una pasión tan enérgica, y empiezo á creer que merece realmente mi amistad.

—¿Por qué no tu amor?

—Mi amor también. ¡Quién sabe!—dijo bostezando;—en fin, trataré de olvidar á tu sobrino. Escribe al punto una cartita para el Marqués á fin de que no se mate esta noche; dile que no estoy resuelta del todo.

Tan aterrada estaba yo por mi sobrino Pablo, que escribí al Marqués jurándole que Cesarina no amaba á nadie, y en cuanto Mr. Diétrich volvió, le rogué que no pensara jamás en hacer á Pablo su yerno.

Mr. Rivonniere no pareció hasta después de ocho días; me confesó que no había creído en mi palabra, que había espiado á Cesarina y que no habiendo descubierto nada, volvía para observar más de cerca.

Cesarina le acogió perfectamente, y sin adquirir compromiso y sin entrar en explicaciones, dejóle comprender que le había sometido á una prueba; pero en breve se vió envuelta como en una red de desconfianza, de celos.

El Marqués comentaba todas sus palabras, examinaba todos sus gestos, interrogaba todas sus miradas. Esta pasión ardiente, de que le había creído incapaz y que había deseado inspirarle, fué en breve una ofensa, un suplicio, no tardando en lamentarse de ello y añadiendo que no se casaría jamás con un tirano, con un déspota. Mr. de la Rivonniere lo tomó en serio y no volvió á presentarse más ni en el palacio de Cesarina ni en ninguna de las otras casas donde solía encontrarle. Cesarina se ofendió.

—Es asombroso—me dijo un día—cómo se acostumbran á todo las gentes. Me había figurado que ese pobre Marqués formaba ya parte de la familia, de los adherentes de la casa, de los muebles, y que yo podía ser con él más ó menos loca, más ó menos exigente, sin que le importase más que le importa á mi tocador ó á mi costurero. Tenía una mirada petrificada, extática, que me era agradable. ¿Quién había de creer que se transformase en Otelo de la noche á la mañana? Confieso que me agradaba como humilde servidor y no me agrada como héroe de melodrama.

—Olvidale—le dije—y no hagas su desgracia, ya que no quieres hacer su dicha; deja pasar tiempo ya que el estado de soltera no te desagrade, y un día podrás escoger, entre los aspirantes que te rodean, el que te inspire más duradera pasión.

—¿Y á quién quieres que escoja cuando ese majadero quiere matarse él ó matar al objeto de mi pasión? ¿Te parece que es tan lisonjero exponerse á causar la muerte de un hombre?

—Esperemos que pase ese furor del Marqués si es que no ha pasado ya. Es un arrebató demasiado violento para ser duradero.

—¿Quién nos asegura que ese rendido galán no es un salvaje temible? Cuando pienso que no es

quizá el único que oculta violentas pasiones bajo un exterior dulce y distinguido, no sé ya de quién fiarme. Me creía dotada de penetración y veo que he sido víctima de su galantería, de las buenas maneras que ha ensayado para exponerlas delante de mí.

—Si quieres que te diga la verdad, y no te enojas por ello, te diré que no te ereo en extremo penetrante.

—¿No? ¿por qué?

—Porque te ocupas demasiado de tí misma para poder pensar gran cosa en los otros. Tienes gran sagacidad para atinar con la parte débil de su armadura; pero en cambio no quieres admitir que existan otras fuertes y capaces de resistirte. Apercibes un defecto, un blanco, y allí diriges tus tiros; pero á veces yerras el golpe y tu lindo puñal queda roto en tu mano; esto es lo que te ha sucedido con el Marqués.

—¿Y lo que crees que me sucederá con todos los otros? Puede que tengas razón, y que yo me crea fuerte sin serlo. Trataré de modificar este defecto.

—¿Y por qué buscar la fuerza cuando te daría más resultado la dulzura?

—¿Pues acaso no soy dulce? Yo creía, por el contrario, ser insinuante, como pocas.

—Tienes toda la apariencia de tal, todo el encanto, pero esto en tí es un medio, como tu belleza, tu ingenio y todas tus dotes naturales. En el fondo, tu corazón es frío, duro tu carácter.

—¿Cómo me elogias esta mañana!.... Preciso será que me acostumbre á tus rigores: pero, en fin, me resigno y te pregunto: ¿no crees que puedo llegar á ser amable, si me lo propongo?

—Es tarde.

—¿No admites que un sentimiento nuevo, desconocido, el amor, por ejemplo, pueda despertar en mí instintos dormidos?

—No, se hubieran despertado ya. No tienes el alma sensible, no la has tenido nunca; no has amado ni á tus pájaros, ni á tus muñecas, ni á nada.

—¿Es decir que, según tú, soy un pequeño monstruo? No me crees bastante mujer.

—Ni bastante hombre.

—Pues bien—dijo, levantándose con mal humor—trataré de ser hombre; desde hoy haré la vida de muchacho; iré de caza, montaré á caballo, tomaré parte en las carreras, hablaré de política, trataré á los hombres como camaradas y á las mujeres como niños; me reiré de todo y no me interesaré por nada ni por nadie; así son los hombres de

mi tiempo; trataré de conocer si su estupidez les hace dichosos.

Quise hacerle alguna observacion: pero sin oírme pidió su caballo y se fué á pasear por el bosque en medio de todo París sin más compañía que la de su criado, el famoso Beltrán, con quien sabía podía contar para todo.

Era la primera vez que salía así sin su padre ó sin mí; es verdad que yo no montaba, y su padre no tenía tiempo de ser su caballero, viéndose por lo tanto privada casi siempre de ejercitarse en la equitación, que le gustaba en extremo.

Nos había anunciado más de una vez que en cuanto cumpliera su mayor edad querría gozar de una libertad absoluta, según la costumbre inglesa ó americana; pero nunca creíamos que lo llevara á efecto; lo llevó como vemos, y desde aquel día salió sola á caballo, ó en carruaje, encargándose asimismo de hacer ó pagar visitas. Esta excentricidad no desagradó en general, aunque se le criticaba; pero luchó con tanto heroísmo que triunfó de los escrúpulos de todo el mundo.

Yo temblaba que cualquier día le ocurriese salir sola y á pie por las calles, pero se abstuvo y en suma, protegida por los criados, por su lujo y por su excentricidad ya notoria, siguió haciendo esta

vida de independencia, de libertad precoz á la cual su padre no se atrevió á oponerse, temiendo la situación de espíritu en que la veía, y creyendo que este nuevo capricho le haría olvidar la idea de mi sobrino.

Pablo volvió de Alemania y todos mis temores volvieron con él; yo no quería que volviese á ver á Cesarina; ¿pero cómo decirle que no volviese á verla sin confesarle que temía un nuevo ataque á su reposo? Cesarina parecía curada; ¿pero quién se fiaba de ella? Si de nuevo le tendía el lazo del matrimonio, ¿podría resistir á la tentación, condenándose á una vida de sufrimientos y decepciones?

Me decidí, pues, á revelarle toda la verdad y me adelanté á su visita yendo á buscarle á su oficina.

Tenía un poqueño despacho en casa de su editor, y fui á las siete de la mañana convencida de que, ya en París, acudiría al trabajo antes que al reposo. Cuando le confesé mis temores sin hablarle de las amenazas del Marqués, que hubiera querido arrostrar, se echó á reír, y me tranquilizó de este modo:

—No tengo inclinación al matrimonio, y de todas las seducciones que Mlle. Diétrich puede poner en juego ésta es la más ineficaz. ¡Casarme con

una mujer ligera! ¡Yo! ¡Dar mi tiempo, mi nombre, mi porvenir, mi honor á una muchacha sin reserva, sin freno, que juega su reputación á cara ó cruz! No temáis, tía, no temáis: me es antipática, os lo he dicho y os lo repito: ¿ creéis que soy capaz de torcer mi inclinación por participar de su fortuna? ¡ Creía que mi vida entera daba un mentís á esta suposición!

—Sí, hijo mío, sí, es verdad; y no es tu ambición lo que yo temo, sino algún vértigo de la imaginación ó de los sentidos.

—Tranquilizaos, tía; tengo una amante más joven y más linda que Mlle. Diétrich.

—¿Qué me dices? ¿Tienes una amante?

—¡Eso os sorprende!

—Nunca me has dicho nada.

—No me lo habíais preguntado.

—No me hubiera atrevido á preguntarlo. El pudor existe entre una madre y su hijo.

—Entonces no hablemos más de ello.

—Sí tal; yo quiero saberlo todo. Tengo interés; mucho más que tu gran prestigio para con Cesarina consiste en que te cree de la pureza de los ángeles.

—Pues decidle que no la tengo.

—¿Pero de dónde sacas el tiempo que consagrás á tu amada?

—Le destino el único de que puedo disponer; no voy á sociedad, no voy al paseo, no voy al teatro. No gasto un minuto que no sea en mi trabajo ó en la mujer amada.

—¿Y eres dichoso?

—¡Muy dichoso, tía!

—¿Te ama?

—Con extremo.

—¿Es decir que no hay una nube en tu cielo?

—En cuanto á eso....

—¿No te hace dichoso?

—¿Queréis saberlo todo?

—Sí, puesto que ya sé algo.

—Pues bien, escuchad.

«Hace dos años y algunos meses que fui de parte de mi principal á casa de otro editor que pasa los veranos en el campo, en las márgenes del Sena.

»Después de dejar el camino de hierro, tenía que andar un largo trecho á pie por la orilla del río, bajo los sauces; al acercarme á un bosquecillo que formaban estos árboles en una pequeña punta de tierra, que como una península avanzaba en el agua, vi á una mujer que se ahogaba; la salvé, la llevé á una casa contigua muy pobre, donde nos recibió una campesina, que prorrumpió en gritos al reconocer á su hija.

—» ¡Ah! desgraciada—decía—ha querido morir; ¡ya sabía yo que acabaría así!

—» Pero no ha muerto—dije yo;—cuidadla, reanimadla, yo corro á buscar un médico. ¿Dónde habrá alguno por aquí?

—» Allí—me dijo, señalándome una casa blanca enfrente de la suya, pero al otro lado del río.— Buscad un barquero cualquiera que os pase, la primera barca que veáis.

» Corrí, en efecto, á la barca, pero nadie había ni dentro ni fuera de ella. Yo que me había sumergido ya en el agua para salvar á la muchacha, arrojé de nuevo mi paletot y atravesé á nado el río que no es muy ancho por aquel sitio: llegué á la casa del médico y me dicen que está ausente; pido que me indiquen otro, me señalan la aldea que está á mi espalda, vuelvo á pasar el río, voy lo primero á casa de la lavandera, porque la madre de mi pobre salvada, era lavandera. Quería saber si aún era tiempo de llamar médico y encuentro que el que yo había ido á buscar había pasado casualmente por allí y le habían hecho entrar.

—» La pobre chica—me dijo—está desvanecida; pero la habéis salvado. Es una suerte exponerse con tan buen resultado; pero no se debe llevar la

abnegación más allá de lo justo. Estáis chorreando, el tiempo está fresco, id á mi casa y que os den ropa mientras yo cuido á la enferma.

» Me hizo subir quisiera ó no en su cabriolé, dando orden á su cóchero de subir á escape el puente que no estaba lejos y de que advirtiese me ofrecieran en casa cuanto necesitase. En cinco minutos llegamos y la mujer del doctor, enterada por el criado, que volvió en busca de su señor, me hizo acercar á la chimenea y me ofreció toda la ropa necesaria y un vaso de vino caliente que me reanimó.

» Apenas se había efectuado mi cambio de ropa, llegó el doctor y me dijo que nuestra enferma estaba perfectamente y que no me dejaría marchar hasta después de comer, dando lugar mientras tanto á que mi ropa se secara. Durante la comida, aquellas gentes me informaron de Margarita, tal era el nombre de mi suicida. Tenía diez y seis años, había nacido en aquella misma casa y se había criado con mil trabajos, ya ayudando á su madre ya dedicándose á un trabajo un poco más fino como era el de encajera. Dijéronme que era buena, laboriosa, nada coqueta, pero que tenía la desgracia de ser admirablemente hermosa y fijar por lo tanto la atención de todos los hombres.

Su madre la enviaba á llevar la labor á sus parroquianas y en una de estas excursiones había encontrado el año anterior á un estudiante que la habló, la esperó, la persuadió, y al que por último consintió en seguir. Dijéronme que estaba atenuada esta falta por el mal trato que le daba su madre, lo cual no impidió que ésta pusiera el grito en el cielo cuando su hija desapareció sin haber luero para ella.

»Al cabo de dos meses, el estudiante, que se había llevado á Margarita á París, ó no se sabe donde, prometiéndole casarse con ella, abandonó á la joven, ofreciéndola por toda indemnización una cantidad de dinero, que rehusó.

»Volvió á casa de su madre, que la hubiera perdonado quizá si hubiese traído alguna fortuna, pero que no siendo así la llenó de injurias y de golpes.

»Desde esta triste aventura—continuó el doctor—Margarita se ha conducido con la mayor prudencia; trabaja con constancia, sufre con resignación los malos tratos de su madre, y nosotros hacemos por ella lo que podemos, mi mujer dándole labor y yo cuidándola, porque ha estado muy enferma. Desde hace algunas semanas, sobre todo, su situación se ha hecho más grave, porque

la persigue un viejo libertino, el propietario más rico del país, y su persecución se ha hecho tan obstinada, que Margarita ha perdido la cabeza y ha querido matarse, para escapar así al mal destino que la persigue. No sé si le habéis hecho un servicio, pero habéis cumplido con vuestro deber salvando á esa infeliz, que hubiera sido honrada á tener otra madre.

—»¿Y no podéis traerla á vuestra casa, doctor?

¿No podréis colocarla en alguna otra?

—»Su madre no consiente en que se le arrebate su presa, y mi posición en el país no me permite un rapto.

—¿Qué va á ser entonces de esa desgraciada?

—»Se perderá ó se matará.

»Tal fué en resumen mi conversacion con el doctor. Al día siguiente volví á ver á Margarita; la encontré sola, pálida y débil; su madre había ido á recoger ropa de sus parroquianas. La joven, al verme, se echó á llorar; yo, como única recompensa, exigí que renunciara á sus proyectos de suicidio, y la joven bajó la cabeza sin responderme.

—»Sé vuestra historia—le dije;—conozco vuestra intolerable posición, os compadezco, os estimo y quiero salvaros; pero no soy rico y no puedo ofre-

ceros más que una posición muy humilde. Conozco una mujer, excelente encajera también, dulce, desinteresada, de cierta edad; daré por vos una modesta pensión y ella os tendrá hasta que podáis vivir de vuestro trabajo; ¿os conviene?

—»Rehusó, creí que se decidía á ceder á las exigencias de su perseguidor, pero me engañaba: era que temía las consecuencias de nuestra unión.

—»Si me fuera con vos—me dijo—me haríais vuestra querida y no os casaríais conmigo.

—»Ciertamente—le dije—no pienso en casarme.

—»¿Nunca?

—»Por lo menos en diez ó doce años, porque hasta entonces no tendré medios para sostener á mi familia.

—»¿Y si encontráis una mujer rica?

—»No la encontraré.

—»¿Quién sabe?

—»Si la encontrara, tendría que aguardar á que me hiciera yo rico á mi vez; no quiero deber nada á nadie.

—»¿Y qué sería yo para vos si os sigo?

—»Nada.

—»¿Nada?..... ¿No exigiréis recompensa?

—»No por cierto; no estoy enamorado de vos á

pesar de que sois bella; no tengo tiempo de tener una pasión, fuerza es decíroslo, y además soy demasiado altivo para elegir á una mujer de la que yo no sea el primer amor. Abusar de vuestra belleza, de vuestra posición, sería un abuso de confianza; yo os ofrezco una vida humilde, laboriosa, pero honrada; otro os propone el bienestar con la vergüenza, reflexionad. Aquí tenéis una tarjeta. Si tenéis confianza en mí, id á buscarme.

—»¿Dios mío!—murmuró sollozando, ¿por qué sois tan bueno para mí?

—»Porque al salvaros de la muerte es mi deber haceros posible la vida.

—»La dejé; al día siguiente se presentó en mi casa, la conduje á casa de la encajera que debía darle asilo, y no la ví en ocho días. Cuando tuve tiempo de ir á informarme de ella, la encontré trabajando. Su maestra hacía grandes elogios de ella, y Margarita me dijo que era dichosa, transcurriendo así algunos meses, en los que pude convencerme de su buena conducta y de su buena conciencia. Trabajaba mucho, no salía más que con su maestra, viéndome yo satisfecho de haber hecho un beneficio, lo cual es más difícil que parece.»

—»Es decir que después te has enamorado de ella?

—No, es ella la que se ha empeñado en amarme, en exagerar mi mérito, en tomarme casi por un semidios y en llorar por mi indiferencia. Cuando la he visto triste y he querido penetrar el motivo de su tristeza, he visto que hacía su desesperación el no agrardarme.

—«Estáis equivocada—le dije—me agradáis mucho, y si fuerais una muchacha ligera os hubiera hecho la corte, pero vos merecéis suerte mejor que la de inspirarme una aventura, y ya sabéis que no podéis ser mi mujer, os lo he dicho.

—»Lo sé—respondió—sois un hombre leal y digno; no podéis casaros con una joven perdida como yo; pero si consintiera en ser vuestra amante, ¿me despreciaríais?

—»Ahora que os conozco, no; por el contrario, tendría por vos las mayores consideraciones, la más firme amistad.

—¿Y nuestro compromiso duraría mucho?

—»Mucho, siempre quizá!

—»Pero no me prometéis nada en absoluto?

—»Nada. Añadiré además que vuestra suerte no sería más brillante que lo es hoy; vivo rodeado de privaciones, no tengo casa, no podría veros durante el día; no careceríais de lo necesario, pero no tendríais nada de superfluo.

—»Pues aun así acepto, me contento; mientras pueda trabajar no os seré gravosa; vuestro cariño es todo lo que deseo y con veros todos los días seré feliz.»

—Así empezaron mis relaciones con Margarita: compromiso ligero y frágil en apariencia, pero hoy formal en realidad. Creo que os he dicho bastante, querida tía; oigo la campanilla que anuncia que ha entrado alguién en el almacén y tengo que acudir. Si queréis saber el resto, id mañana á mi casa.

—¡A tu casa! ¿Tienes casa?

—Sí, he tomado en la calle de Asas una pequeña habitación donde trabajan Margarita y Mad. Ferón, la obrera que la recogió y que no ha querido separarse de ella. Yo voy por las noches solamente; pero mañana estoy libre desde mediodía, y si queréis ir mañana á la una, me encontraréis en casa.

Al día siguiente estaba yo puntual á la hora que me había dicho; pregunté al portero por madame Ferón, encajera, y subí al tercer piso. Pablo puso á su hijo en mis brazos, exclamando:

—¡Abrazadle, tía! Este es el fin de mi historia. Yo estaba enternecida, y sin embargo, contrariada; la brusca revelación de aquel secreto, tan bien guardado hasta entonces, me ponía en el caso

de pensar en el porvenir que yo apetecía para mi sobrino, y que no era ciertamente el verle con una querida y un hijo natural.

La infancia es tan bella y el beso de un niño tan poderoso, que en cuanto entré en la estancia senté al niño Pedro sobre mis rodillas y le estreché contra mi corazón sin poder articular ni una palabra.

Margarita estaba á mis piés y sollozaba.

—Abrázala también, tía—me dijo Pablo;—si no lo mereciera no te hubiera hecho venir aquí.

—Abracé á Margarita y la contemplé un instante. Pablo me había dicho la verdad. Con su modesto atavío era mil veces más hermosa que Cesarina con todo el esplendor de sus brillantes. Las desdichas de su vida habían dado á toda su persona una expresión de tristeza, una languidez que á primera vista interesaba y á medida que se la contemplaba imponía más.

Asombrábame de que no hubiera inspirado á Pablo una pasión más vehemente, y en breve creí descubrir la causa. Margarita era una verdadera hija del pueblo con las cualidades y los defectos de una educación rústica y pasaba del extremo de la timidez á una confianza demasiado espasiva. No era de esas naturalezas excepcionales á las que

transforma el contacto con una inteligencia privilegiada; hablaba como había hablado siempre. No tenía la travesura de la griseta parisién; era reflexiva, y si tenía momentos en que la emoción le hacía encontrar una frase, una imagen oportuna, por lo general su palabra era vulgar, y como acostumbrada á traducir siempre ideas pueriles.

Pablo me presentó también á Mme. Ferón, viuda de un oficial subalterno, y que vivía modestamente con una pequeña viudedad y lo que producía su trabajo. Ayudaba á Margarita en los cuidados del hogar, sacaba á pasear el niño, y no consentía en recibir otra recompensa que la casa de balde que le proporcionaban.

Me mostraron el cuarto, muy pequeño, pero muy limpio; las dos mujeres tenían habitaciones separadas, y entre ambas había una pieza más grande que servía de sala y de obrador; el comedor y la cocina eran microscópicos; pero había un gabinete bastante espacioso, donde Pablo se había hecho llevar libros, un buró, un sofá y algunos otros objetos de arte.

—¿Trabajas aquí?—le pregunté.

—Algunas veces, cuando mi señor hijo echa los dientes y no me deja dormir; pero no es para

darme el lujo de un despacho para lo que he querido esta pieza más.

—¿Pues para qué?

—¿No lo adivináis?

—No á fe.

—Pues bien, ha sido para vos, querida tía; este es nuestro cuarto mejor, el amueblado con más lujo, y podréis estar aquí sin que os molesten mucho las rabiets del caballero Pedro.

—¿Cómo! ¿intentas que me venga á vivir contigo?

—Sé que estáis mejor en el palacio Diétrich; pero no estáis en vuestra casa, y siempre os he dicho que un capricho de Cesarina podría haceroslo conocer el día menos pensado. He querido ofreceros para entonces un modesto rincón; no quiero encontrarme nunca en el caso de veros salir de allí con vuestro equipaje sin tener una casa que os sea propia. Aquí la tenéis, querida tía, para vivir siempre en ella ó para disponer tranquila lo que más os plazca. Aquí tenéis vuestro cuarto, dos criadas que os sirvan y un criado que á título de sobrino, os servirá aún mejor.

Yo abracé á mi sobrino profundamente conmovida. Toda la familia me rodeó, me acompañó después hasta el pie de la escalera, y no me dejó partir sin hacerme prometer que volvería.

Convinimos en que no vería á Pablo más que allí en su casa en los días que él tuviera libres, y nos separamos.

Yo estaba aterrada de ver así á Pablo á los veinticuatro años con un compromiso que su paternidad haría difícil de romper, y por otra parte consolábame verle libre de los caprichos de Cesarina y de la venganza del Marqués.

Cesarina se apercibió en breve de mi tranquilidad, que contrastaba con la emoción primera que sentí. Miróme con atención cuando volví á casa, y me dijo:

—¿Qué tienes? Tú has estado mucho rato fuera y has llorado.

Yo lo negué.

—No me engañes—dijo.—Tu sobrino ha vuelto, ¿está malo quizás?..... Pero no, no está en peligro, lo leo en tus ojos.

—Si mi sobrino estuviera enfermo, aunque estuviera fuera de peligro, yo no hubiera vuelto. Tu suposición es inverosímil.

—Buscaré otra, otras diez si quieres, y acabaré por encontrar la verdadera. Esta mañana ha habido un episodio triste en tu vida; eso se ve á la legua.

—Pues bien—la dije esperando curarla de una

vez.—Mi sobrino me ha causado hoy una gran sorpresa; me ha revelado que se ha casado.

—¡Ay, qué gracioso!—exclamó Cesarina lanzando una carejada, pero palideció profundamente.—¿Todo eso has imaginado para apartarle de mi imaginación? ¿Acaso ha podido casarse sin tu consentimiento?

—Ya lo creo; es mayor de edad y está emancipado, por lo tanto, de mi tutela.

—¿Y no te hubiera dado parte siquiera, ese modelo de sobrinos?

—En un matrimonio de inclinación no se consulta á nadie; por fortuna ha hecho una buena elección; hoy mismo he visto á su mujer.

—¿Es hermosa?

—Muchísimo.

—¿Más que yo?

—Más que tú.

—¡Repito que estás graciosa!

—¡He abrazado á su hijo, un hijo encantador!

—¿Su hijo?..... ¿Hijo de tu sobrino? Pues que, ¿acaso tu sobrino está en edad de tener un hijo? Dirás un muñeco.

—Pues bien, un muñeco, pero que ya tiene un año.

—¡Paulina, sigo creyendo que te burlas de mí!

—Te juro que no.

—Entonces, he aquí mi última ilusión perdida como tantas otras.

Y volviéndose de espaldas, escondió el rostro entre sus manos y lloró amargamente.

Yo la contemplaba con estapor, preguntándome si sería un nuevo juego para enternecerme, para hacerme acaso retractar de mi mentira. Viendo que nada le decía salió con impetuosidad y la seguí á su cuarto, donde Mr. Diétrich, en vista de que no bajábamos á comer, subió á buscarnos.

Cesarina no aguardó á que la preguntasen; estaba en una hora de verdadera expansión, y lloraba de verdad.

—Padre mio—dijo—ven á consolarme, porque Paulina es hoy indiferente á mi pesar. Su sobrino está casado, casado desde hace tiempo, puesto que ya tiene un hijo. Ya ves que me he forjado la más ridícula novela que puede imaginarse; pero no te burles de mí; sufro demasiado. ¿No te había dicho que él era el único hombre á quien podría amar? Todo lo reunía; inteligencia, dignidad de carácter, pureza de costumbres, y esa delicadeza que yo en vano buscaba en los demás que me rodean, incluso el Marqués. Ahora, después de este chasco, ¡ya puedo echarme á buscar un hombre que me agrada!

de, un hombre sin defectos. No le encontraré, padre mío; llévame de aquí, llévame á un país de salvajes!

—¡No nos faltaba más!—dijo sonriendo monsieur Diétrich.—¿Quieres que nos vayamos en busca del último de los mohicanos?

Como yo, no tomaba en serio la desesperación de su hija, y ella se lo obligó á creer, tomándose el trabajo de fingir un ataque de nervios que, gracias á los esfuerzos que hizo para fingirlo, acabó por ser verdadero.

Si se grita, si se trata de crisar las manos, si se exhala el despecho en convulsiones forzadas, en breve la verdadera convulsión se manifiesta castigando la voluntad que la provocó, violentando el organismo.

Preciso fué llevarla al lecho, comer sin ella, tarde y tristemente. Yo referí la verdad á monsieur Diétrich; no aprobó la mentira que había dicho á Cesarina, y se asombró de verme por primera vez en la vida buscar recursos en una mentira.

Entonces le referí las palabras del Marqués, las amenazas que había proferido; y me dijo que el Marqués era un hombre serio que en un momento de arrebató podía desvariar, pero que era imposible

descendiese á una acción impropia de un caballero.

—¿Entonces—le dije—vais á disuadir á Cesarina? ¿á decirle que mi sobrino es libre? Pues vais á engañarla más que la he engañado yo, porque Pablo no es libre.

Prometiome no decir nada, y exclamó:

—Puesto que la mentira no ha sido mía me haré el engañado, mucho más que no había de consentir que un hombre que se encuentra en su caso pensara en casarse con mi hija.

Cesarina estuvo abatida muchos días; pero después recobró su vida activa, y aun pareció animar algunas pretensiones de matrimonio que había desdeñado hasta entonces. Todas las mañanas encontraba dos ó tres ramilletes al despertarse, y todas las mañanas teníamos un jubileo de visitas en cuanto llegaba la hora de recibir.

Yo veía de vez en cuando á Pablo y Margarita, convencíendome de que aquella unión no hacía feliz al uno ni al otro, y que sólo el niño era el lazo que los unía, llenando de amor y de alegría el corazón de Pablo.

Margarita era indudablemente una linda criatura; pero la falta cometida en su adolescencia estorbaba el matrimonio que ella tanto deseaba, y que Pablo no podía admitir.

Un día se querellaron delante de mí, tomándome por juez.

—Si no hubiera tenido un hijo—decía Margarita—no tendría la exigencia de casarme; sé que no lo merezco, pero desde que tengo este hijo me atormenta su porvenir y creo que un día despreciará á su madre. Esta idea me atormenta en términos que me siento inclinada á no querer á este hijo, para tener el derecho de morir de pesar. ¡Ah! ¡nunca me había parecido mi falta tan horrible! Yo lamentaba la crueldad de mi madre porque me la reprochaba, y encontraba á Pablo justo y bueno porque nunca me hablaba de ella; pero ahora que soy madre, yo misma me detesto. Sé que Pablo es bueno, que no abandonará nunca á su hijo, pero ¿y yo? ¿qué será de mí el día en que mi hijo me eche en cara mi falta?

—No te la echará, te respetará siempre—dijo Pablo—á menos que por tus quejas imprudentes no le hagas saber lo que debe siempre ignorar.

—¿Y es fácil acaso ocultar á los hijos que sus padres no están unidos? ¿No puedes unirme á otra? Yo entonces creí deber intervenir.

—Lo que es por lo menos cierto—dijo á Margarita—es que mi sobrino no podrá ya hacer el matrimonio ventajoso á que parecía llamado por sus

cualidades; el abandono que os ha hecho de su libertad, de su porvenir, debe ser para vos una garantía. Pensad que hasta aquí todos los sacrificios han estado de su parte.

—Teneis razón—murmuró besándome las manos—sois severa, pero buena; me decís la verdad, porque yo olvido á veces que se lo debo todo, hasta la vida.

Se resignaba; era un alma recta, que después de haber comprendido sus culpas las lamentaba sinceramente; pero que á veces razonaba con extravío, como quien no ha contenido sus impulsos con una buena educación. Tenía instintos espontáneos, egoístas ó generosos que no distinguía, pero de los que se dejaba dominar.

Pablo estaba un poco fatigado de sus inquietudes imotivadas, de sus celos sin objeto; en una palabra, de aquel fondo de injusticia, de recriminación, de que rara vez se ve exenta una mujer que ha caído. Salí aquel día con él y le reproché la dureza con que trataba á Margarita.

—Ya que este desdichado lazo existe—le dije—y no te crees autorizado para romperle jamás, trata de hacerle lo menos doloroso posible, trata de elevar las ideas de esa pobre niña y de dulcificar la aspereza de su carácter; yo creo que no se le debe

decir lo que tú le dices, para que en lugar de deplorar la suerte que le ofreces la estime y la bendiga.

—Le he dicho cuanto hay que decir, pero siempre estamos volviendo á empezar. Los niños se instruyen y progresan poco á poco, lo veo por mi mismo hijo; pero aquellas personas de más edad cuyo desarrollo intelectual no se ha verificado á tiempo, no aprenden jamás. Margarita no cambiará, tía, y yo me veré obligado á soportar sus defectos, y lo que ella no puede alcanzar de sí misma habré de alcanzarlo yo; tendré una paciencia y una dulzura á toda prueba, y estad cierta de que no hay otro remedio. Es doloroso, ¿pero quién puede alabarse de ser completamente feliz en su hogar? Podría estar casado legitimamente con una mujer celosa y sería lo mismo. Creed, tía, que en este pícaro mundo donde uno se agita á pretexto de que vive, debe creer dichosa toda situación tolerable. Si no tuviera á Margarita, estaría suprimido el primer afecto de mi vida, me privaría de tener una compañera que me ama, que me quiere, que me es fiel y que me proporciona algunas horas de felicidad; esto merece bien que la perdone un poco de ingratitud, algún defecto de carácter; y cuando veo ese hijo hermoso que me ha dado, al

que ha criado, al que duerme sobre su corazón noches enteras, me siento tan casado, tan dentro de mi familia, que estoy contento con mi suerte.

Pablo tenía libre todo aquel día. Le llevé á comer conmigo á un restaurant, porque yo también estaba libre; Mr. Diétrich había ido á vigilar los trabajos de Mireval, y Cesarina comía con sus primas.

Se acercaba la primavera, y volví á las nueve de la noche, sorprendiéndome ver á Cesarina que comía sola y en su habitación.

—He venido á las ocho—me dijo;—no he querido comer con mis primas porque no tenía ganas de hablar; me he retrasado en paseo, ya dije á mi tía que no me aguardara. No me riñas por haber vuelto tan tarde; estaba tan hermosa la noche que no he podido resistir al capricho de dar unos paseos por el bosque á la luz de la luna; ¡está tan solitario el bosque á esta hora! Decididamente es la hora más bella de pasear en él. ¿Y tú has comido? Creía encontrarte aquí á mi vuelta.

—He comido con mi sobrino.

—¡Y con su mujer!—dijo mirándome de un modo singular.—Y á propósito, ¿sabes que te engaña? Tu sobrino no está casado..... del todo.

—Como si lo estuviera—dije yo con acento se-

vero;—está más encadenado aún que si se hubiese casado.

—Encadenado..... esa es la palabra. Veo que te penes en el terreno justo.

—No sé lo que quieres decir.

—Ni lo que tú dices, mi buena Paulina. Te embrollas miserablemente, pero yo sé toda la verdad.

—¿Cómo?.....

—Escucha. Antes de ir al bosque á reflexionar, he querido conocer á la hermosa Margarita.

—¿Te burlas?

—Verás como no. Sabía que todas las noches Pablo deja su almacén para ir á pasar la velada á la calle de Asás en casa de una tal Mad. Ferón; sabía que tu sobrino iba rara vez á esta casa de día y como eran las cuatro y estaba resuelta á conocer hoy la verdad.....

—¿Por qué hoy?

—Porque Mr. Salvioni, ese italiano noble que me persigue y á quien protege mi tía Herminia, me había hecho anoche en la Opera una declaración durante el baile de la *Mutta*. Tiene una figura agradable y desciende de los Strozzi; tiene talento, su palabra es insinuante y me agradaría si le pudiese amar; pero he vuelto á pensar en tu sobrino, y he quedado en darle mañana una contes-

tación categórica. Necesitaba, pues, saber si me habías contado un cuento inverosímil. Pregunté al portero por Mad. Ferón, y me dijo que subiera á un piso tercero y allí me he encontrado un niño, hermoso, saltando sobre las rodillas de una mujer hermosa también. Beltrán que había subido conmigo, me aguardaba en la escalera, porque el cuarto carece de antesala; yo entré con aplomo y pregunté á Mad. Ferón que, por lo vieja y fea, comprendí que no era la mujer de tu sobrino, por Mad. Gilbert. Pareció turbada por mi pregunta, y como vacilase en responder, Margarita se levantó con su muñeco en los brazos y me dijo con aplomo.

—«Mad. Gilbert soy yo, señora. ¿En qué puedo servirlos?»

—«Cree encontrar aquí—respondí—á la tía de Mr. Gilbert.»

—«Ha salido con Pablo no hace un cuarto de hora.»

—«Lo siento, venía á buscarla porque me había dado cita aquí.»

—«Entonces, volverá. ¿Queréis esperarla?»

—«Con mucho gusto, si vos lo permitís.»

—«Sentáos, mi buena señora—me dijo, con toda la cortesía de que es capaz una.... lavandera.—

Mad. Feron, tomad el niño y dadle la sopa en la cocina; no come bien, rabía mucho, y no es cosa de que esta señora presencie su rabieta. Cerrad las puertas y que no lo oigamos.

—»¡Qué hermoso niño! —dije yo, fingiendo admirar al chiquillo, que se llevaban con gran satisfacción mía. —¿Qué edad tiene?

—»Un año y un mes; pero tiene muy mal genio á causa de estar echando los dientes.

—»¡Es muy lindo!

—»¿Verdad que se parece á su padre?

—»¿A Pablo Gilbert?

—»¡Claro está!

—»No sé, no le conozco casi; pero á vos sí que se parece.

—»Lo siento; quisiera que se pareciera á Pablo.

—»Es decir que queréis á vuestro marido más que á vos misma?

—Ya se ve, ¡es tan bueno! ¿Conocéis á su tía y á él no?

—»Le he visto dos veces nada más.

—»Calla, ¿seriais?... ¡pero no.... Mlle. Diétrich no saldría sola como venís vos!

—»¿Habéis oído hablar de Mlle. Diétrich?

—»Sí, la tía de Pablo es su..... ¿Cómo diré

yo?... Su ama de gobierno; es ella quien la ha educado.»

—Perdona, mi querida Paulina pero he aquí los delicados informes de Margarita respecto á ti. ¡Mi implicable, memoria permite decirte palabra por palabra cuanto me ha dicho!

—»¿Ha sido Mlle. Nermout — dije yo — quien os ha hablado de Cesarina Diétrich?

—»No; ha sido Pablo un día que había estado en un baile en casa de su papá. Parece que son gentes ricas, y que la tal señorita tenía perlas y brillantes.....

—»Lo que le pareció ridículo, ¿no es verdad?

—»Pablo así lo dijo, pero yo no. Cada uno se adorna con lo que tiene. Yo, como no tengo joyas, me adorno con mi hijo, y cuando me le traen de paseo diciéndome que todo el mundo le celebra por lo hermoso, estoy más orgullosa que si llevara encima los diamantes de una reina.

»Esta ingenuidad me reconcilió con Margarita. No la creía mala, y al encontrarla tan ingenua sentí desvanecerse mi enojo, comprendiendo que es una de esas compañeras que un hombre busca por economía, y cuando viene un niño á estrechar semejante unión, se continúa por bondad de alma; pero no hay hombres que se casen con esas mujeres,

y viene un momento en que ni siquiera las conservan.»

—Hablas de todo eso, hija mía, como un ciego de los colores. Tú no puedes apreciar.....

—«Perdona; tu educanda se ha emancipado, y todo lo que tú le has dejado ignorar cuando era niña y poco curiosa, se ha visto obligada á aprenderlo por sí, estudiando el mundo y adivinando lo que se calla. Ya ves que emito sobre el compromiso de Pablo, porque eso se llama un compromiso, un juicio bastante acertado. No le llamo aventura, porque no encuentres la palabra fuerte en mi boca; pero como me has hablado de su matrimonio, me has obligado á entrar en el examen de hechos groseros. Hasta ahora era ingenua y creía en un lazo legítimo; pero Margarita es charlatana y torpe, y como yo le manifestase interés, se ha turbado y me lo ha confesado todo con una sinceridad asombrosa. La he animado, la he dicho dos ó tres frases oportunas, y entonces, prorrumpiendo en lágrimas, me lo ha confesado todo: su primera aventura con Julio el estudiante, su proyecto de suicidio, la salvación verificada por tu sobrino, el asilo por éste ofrecido en París, y por último, el nacimiento de ese niño, que ella recibió como una esperanza, creyendo que al fin se casaría con Pa-

blo. Refirióme después sus pesares domésticos, sus arrebatos de celos, y la intervención que tú tomas en sus querellas. Esa joven es una mezcla de orgullo y humildad; se alaba de ser superior á todo el mundo en amor y en abnegación, y cree que borra todas sus culpas pasadas con amar hoy como cree que las demás no aman, y ése es un error del que saldría Pablo si probase amar á otra.

»Después de abrirme así su corazón, empezó á preguntarse quién podría ser yo.

—»No os inquietéis por eso—le dije;—mi nombre nada os revelaría; básteos saber que os compadezco y os protejo; y os diré que habéis hecho mal en tomar el nombre de Mr. Gilbert. ¿Os ha autorizado á ello?

—»No; me lo ha prohibido. Como no quiere recibir aquí á ninguno de sus amigos, oculta nuestra unión, mucho más que la casa no está en su nombre ni en el mío. Yo también tengo interés en ocultarme por mi madre, que me atraparía desde luego, porque soy menor; así es que no salgo más que por la noche, y del brazo de Pablo. Cuando habéis preguntado por Mme. Gilbert he tenido un momento de orgullo; pero nadie me conoce con ese nombre. Yo no salgo para nada, nadie viene aquí y trabajo cuanto puedo.

»Yo le prometí decirle la verdad y cumpliré mi palabra, porque quiero volver á hablar con ella. Temiendo que volvieras, me levanté y dije que habiendo pasado la hora en que me citabas, no te aguardaba más. Entonces ella me rogó que volviera, que no la abandonase, y añadió:

—»Si en lugar de tropezar con Pablo hubiera yo encontrado una dama como vos, que me hubiera querido llevar con ella, sería más dichosa, y creo que sin alabarme, hubiera sido una buena doncella.

—»¡Quién sabe si todavía lo seréis!—dije sonriendo.—Si algún día Mr. Gilbert os despide, yo os tomaré á mi servicio.

»La palabra *despedir* le hizo más efecto del que yo hubiera deseado, y por un momento creí que su reciente amistad por mí, iba á trocarse en aversión. Es violenta la tal niña, pero pude contener la explosión de su cólera, diciendo:

—»Bien veo que vos no sois de las personas á quienes se despide; pero también hay manera de alejar á las personas dignas; ¡una palabra que las ofenda y basta!

—»Tenéis razón—contestó;—pero Pablo no me dirá nunca esa palabra; tiene muy buen corazón, y por lo único que podría despedirme, como vos

decís, es si me probara que era desgraciado conmigo. Entonces yo me adelantaría á despedirme.

—»¿Y el niño? ¿Qué haríais de él?

—»¡Oh! el niño..... eso es lo malo, que no me lo querría dejar; ¡le quiere tanto!....

—»¿Le tiene reconocido?

—»Sí por cierto; pero está inscrito como de madre desconocida, para que mi familia no tenga jamás derechos sobre él.

—»Entonces, vos tampoco los tenéis sobre vuestro hijo, y al separaros de Pablo le perderíais.

—»Por eso no me separaré, aunque fuera muy desgraciada; pero si lo fuera mi Pablo, entonces, señora, no tendría que ir á buscaros ni á vos ni á nadie, porque nada necesitaría; me dejaría morir de dolor en la esquina de una calle.

»Después de estas palabras nos separamos.»

—Muy bien, y después de eso has ido á reflexionar al bosque de Bolonia. ¿Y se puede saber lo que has reflexionado?

—Lo siguiente; que Pablo me conviene, que le amo y que es el marido que necesito.

—¿Y dejarás morir á la pobre Margarita? Con eso no cuentas.

—Sí, que cuento; pero no sucederá: seré tan buena para ella que le haré comprender lo que es

y lo que vale, y que debe aceptar su nueva situación por interés de Pablo y por el suyo propio.

—¿Y el niño?

—Su padre, casado conmigo, tendrá medios de criarle mejor; yo seré casi una madre para él, no tengo motivo para odiarle, pobre inocente. Margarita le podrá ver de vez en cuando; algunas temporadas los enviaremos juntos al campo y serán dichosos.

—¿Con qué maravillosa facilidad lo arreglas todo!

—En la vida no hay nada difícil cuando una es rica y tiene además un carácter enérgico. Soy más previsora que tú, Paulina; tú has necesitado años para conocer la situación de tu sobrino y yo la he conocido en un día y.... he encontrado el remedio á ella en dos horas. He visto clara la solución que debe unir la suerte de ese joven á la mía. El se creía ligado por un deber, y su obstinada defensa era la de un hombre arrepentido que se arranca el corazón. Pablo sufre; tú no lo adivinas, pero á mí me lo hacen conocer las reticencias de su amada; no espera remedio y se resigna con la mala suerte que se ha creado. Es un estoico, no lo olvido, y todas las manifestaciones de esa alma enérgica me acercan á ella más y más. Esa mujer vulgar que ha

elegido es un mármol que no le comprende, y su casa es un hogar sin interés, sin poesía. El trabajo constante á que se consagra para sostener á su familia, á la que se ve obligado á esconder de las gentes, no le da la dicha, y sin embargo, es grande, es digno en medio de su desgracia. No te canses; tu sobrino necesita una mujer como yo, que le arranque á esa situación sin remordimiento y sin crimen. Margarita llorará, gritará unos días; pero dentro de un año me bendecirá y Pablo será el más dichoso de los hombres.

—Es decir que cuentas que esté todo arreglado para el año próximo. ¿Qué mes y qué día has fijado para el matrimonio?

—Ríe cuanto quieras, Paulina; pero vuelvo á decirte que soy más fuerte que tú. No tengo escrúpulos pueriles, cuento con paciencia y con decisión y serás mi tía. ¡Mira, abrázame! Está tomado mi partido; voy á dormir tranquila como un niño de seis meses.

Me dejó dominada por un vértigo, como si abandonada por un guía en medio de un camino escabroso, no supiera cómo continuarle.

¡Tenía razón! Era más fuerte que yo, que Margarita, que Pablo mismo.

Entregado al trabajo, Pablo no podía analizar

como ella los hechos prácticos de la vida. ¿Quién sabe si ella era la mujer que, como decía, necesitaba Pablo para ser feliz? Una cabeza tan activa, un alma tan franca para aceptar los hechos ya consumados de la vida, una inteligencia tan clara y un valor tan superior á su sexo, cualidades eran que podían muy bien hacerle perdonar su carácter caprichoso, su incomprensible coquetería!

Me encontraba yo tan confusa como cuando el Marqués de la Rivonniere me expuso sus amenazas contra Pablo. ¿Dónde estaba el Marqués? ¿Qué había sido de él? ¿Le había olvidado? ¿Estaba ausente? Resolví saber algo, y reflexionando me dije que Beltrán podía ser el único que me informara.

Era un personaje singular aquel criado de Cesarina, especie de mixto entre groom y ayuda de cámara.

Ayuda de cámara no podía serlo, ni mayordomo, porque no sabía leer ni escribir; pero tenía una inteligencia clara que le hacía expresarse como un hombre de buenos principios. Era hombre de treinta y cinco años, frío, serio, distinguido en su porte, llevando con dignidad su casaca negra con sus cordones verdes en el hombro, y su corbata blanca irrepochable, y era discreto, prudente, com-

prendiéndolo todo, sabiéndolo todo, pero reservado como perez, y además muy afecto á Cesarina.

Eran las once; Mr. Diétrich no había vuelto y Beltrán debía pasear por la galería, cuidando de los quinqués y los caloríferos, que era su principal obligación.

Allí le encontré, en efecto, y al distinguirme se adelantó á mi encuentro.

—Beltrán, tengo que haceros una pregunta que me interesa mucho—le dije.

—Yo también—me contestó—tenia intención de decir algo importante á la señorita.

—¿A mí?

—A vos. Os hubíera buscado en cuanto hubiese vuelto el señor.

—Hablad, pues, Beltrán.

—Lo que yo tenía que decir os era á propósito del Marqués de la Rivonniere.

—Precisamente quería yo preguntaros si teníais noticias suyas.

—Las tengo. La señorita Cesarina, que no tiene secretos para vos, os habrá contado todo lo que hoy ha hecho.

—Ciertamente; sé que ha estado en la calle de Asas, y después en el bosque.

—Pero lo que no sabréis, es que Mr. de la Rivouiniere se disfraza para espiar á la señorita.

—No, no lo sabía; ¿y Cesarina lo sabe?

—No lo creo.

—Hubierais debido prevenirselo.

—No estaba seguro de ello hasta hoy; y además un día que presenté á la señorita Cesarina una carta del señor Marqués me dijo:

—«No me volváis á presentar nada de ese hombre, que yo no vuelva á oír hablar de él.» Hoy, sin embargo, he reconocido al Marqués en traje de obrero en la esquina de la calle de Asas y he creído que os lo debía decir á vos.

—¿Sabéis á qué ha ido Cesarina á la calle de Asas?

—Sí, señora; yo he sido el encargado de espiar al joven que va todas las noches desde la librería de Mr. Latour á la calle de Asas.

—¿Y haciais bien en convertirlos en espía?

—Señora, yo no tengo que razonar cuando ejecuto las órdenes de mi señorita.

—¿Hasta cuando se oculta de su padre y de mí?

—Mr. Diétrich no tiene voluntad con ella, y vos, señorita, acabáis por hacer siempre lo que quiere.

—Sí, porque ella quiere siempre lo que es bueno, y aun hoy mismo iba una buena acción envuelta en su curiosidad.

—Así lo creo; además, yo estaba á dos pasos de la señorita con un revólver en el bolsillo, y no sufriría que la insultaran.

—¿La defenderiais con valor?

—Con mucho arrojo; es mi deber. La señorita me lo explicó así el día en que me dijo: «quiero ir por todas partes sola con vos.»

—Muy bien, amigo mío; y decidme, ¿ha visto el Marqués entrar á Cesarina en casa de la persona á quien visita mi sobrino?

—La ha visto salir. Estaba en la puerta de enfrente cuando ha subido á su carruaje.

—Y habrá preguntado sin duda al portero de la casa.

—Ciertamente, porque miraba á la señorita con aire burlón y parecía como si quisiera ser reconocido; pero la señorita bajaba muy preocupada, y ni siquiera se fijó en él.

—¿Por qué creéis que la persigue?

—Porque está celoso y cree que la señorita va á ver á otro; su aire burlón será porque habrá descubierto que vuestro sobrino trae otras cosas en la cabeza que encontrarse con la señorita Ce-

sarina; por eso os lo digo á vos, por si tenéis que darme alguna orden para mañana.

—Yo hablaré con Cesarina; basta por esta noche, Beltrán.

Como se ve, después de tres semanas el Marqués no había desistido de su venganza; me había dicho la verdad al asegurarme que era capaz de guardar su cólera hasta que encontrara ocasión de satisfacerla, siendo, pues, un hombre más temible de lo que yo me había figurado. Había hablado de muerte sin provocación, como de una cosa justa. Sabía de quién estaba enamorada Cesarina y yo maldecía mil veces el terrible capricho que había puesto á aquellos dos hombres frente á frente.

Resolví prevenir á Mr. Diétrich de lo que pasaba, y aguardé su entrada diciéndole lo que me había dicho Beltrán.

—Preciso es que vos intervengáis en todo esto, —añadí;—yo no puedo alejar á mi sobrino, su trabajo le clava en París; además, si yo le dijera que le perseguían, él mismo se adelantaría á provocar á quien tan injusto odio le profesa. Yo no tengo ningún imperio sobre Cesarina, vos sois su padre y os la podéis llevar; lo único que yo puedo hacer es avisar á la policía para que vigile al Marqués de la Rivonniere.

—Eso sería grave y podría dar por resultado un escándalo del que debo preservar á mi hija. Me la llevaré si es preciso; pero primero hablaré con el Marqués, y conmigo tendrá que entenderse si compromete á Cesarina con sus celos ridículos ó su espionaje. Tranquilizaos, Paulina, yo estaré alerta y obraré en caso necesario; pero por el momento no tenemos por qué inquietarnos. Cesarina ha experimentado hoy un desengaño, y no pensará en adelante en nada que concierna á vuestro sobrino. Libre de ella, lo está asimismo del Marqués.

—Os engañáis, Mr. Diétrich; Cesarina no olvidará á Pablo, y sabéis que no es mujer capaz de disimular sus afectos. El Marqués, pues, se convencerá de que persiste en amar á Pablo y entonces obrará, no lo dudéis.

—Pues bien, yo os prometo hacer algo mañana mismo para evitarlo.

En efecto, al día siguiente Mr. Diétrich se dirigió á casa del Marqués y no le encontró, porque, según dijeron, viajaba hacia muchos días y no sabían cuándo pensaba volver. Buscar en París á un hombre que se oculta, sólo es posible á la policía. Ya pensaba yo poner en práctica mi proyecto y decir al prefecto lo que pensaba, cuando Beltrán,

haciéndome una señal de inteligencia, que parecía quererme decir: «Estad alerta», anunció al Marqués de la Rivonniere.

## III.

El Marqués se presentó con naturalidad, con la misma cortesía que si se hubiera marchado la víspera en las mejores relaciones del mundo.

Mr. Diétrich estrechó su mano, como siempre, pero observándole fijamente. Cesarina, que se había ya cansado de veras de sus homenajes, le dijo con tono de marcada frialdad:

— ¡No esperaba volveros á ver!

— No me había desterrado á perpetuidad — respondió con una ironía semejante á la que había sorprendido á Beltrán, y de la que éste me había dado cuenta.

— No habéis sido desterrado de aquí — repuso Cesarina. — Puede que yo os haya manifestado mi disgusto al observar en vos alguna demostración ofensiva para mi decoro; pero con los amigos antiguos es fuerza ser indulgente, y yo nos hubiera desterrado. Vos habéis desaparecido; no es la primera vez que esto sucede, pero en otras

ocasiones os habéis tomado el trabajo de motivar vuestra ausencia, lo cual era conservar el derecho de volver. Esta vez habéis preseindido de esa atención y habéis dejado de vernos porque así os agradaba; volvéis ahora sin razón ninguna, y yo, que no gusto de semejantes alteraciones, quiero saber si las personas que en mi casa recibo son amigas ó enemigas. Si están en el último caso, vivo en guardia, y por esa razón deseo saber con qué ánimo volvéis á esta casa. Tened franqueza, pero ya sabéis que mi carácter no es de los que toleran inconveniencias.

Aturdido de recibimiento semejante, el Marqués trató de justificarse. Dijo que había enviado una tarjeta de despedida, lo que no era cierto, y como no sabía mentir, asomaba al rostro su confusión, su despecho.

Mr. Diétrich, que había guardado silencio, tomó la palabra y dijo:

— Señor Marqués, deberíais confesar que habéis venido á buscar una explicación, que yo fui á pedir os esta mañana. Os habéis fingido ausente y no habéis salido de París; lo mismo que mi hija estoy en el caso de exigir que motivéis vuestra desaparición, mucho más, que yo sé cosas que ella ignora, como, por ejemplo, que la vigiláis, que os

habéis erigido en espía suyo, y aunque queráis disculpar tan extraña conducta con la pasión ó con el despecho, es tiempo de que pongáis un correctivo para bien de todos.

—Pues bien—dijo entonces el Marqués—lo confieso francamente; me he conducido como un espía, como un miserable, siendo castigado con toda la vergüenza de mi falta, puesto que los dos la conocéis. Pero no sois vos, Mr. Diétrich, quien debe reprochármela tan duramente: yo he hecho lo que deberíais haber hecho vos y que de seguro no hacíais porque ignorabais los peligros á que vuestra hija se exponía.

—¡Os engañáis, caballero! Estoy mejor informado que vos, y sabía que ninguna de las acciones de Cesarina encerraba peligro para ella.

En cambio sé que os habéis propuesto impedirle la elección de marido, y como está en su derecho al hacer esa elección, estoy yo aquí para hacérsela respetar. Vos sabéis que yo he lamentado sinceramente no veros unido á ella; pero hoy no lo lamento, al veros faltar de un modo tan palpable á la dignidad, y os declaro que no variaré de este propósito aunque me lo exijáis con excusas ó con amenazas.

—No oiréis de mí ni lo uno ni lo otro—replicó

el Marqués: me retiro á mi casa y en ella espero las órdenes que os plazca darme.

—Muy bien—exclamó Cesarina en cuanto salió el Marqués;—al fin has hecho respetar á tu hija.

—¡Desgraciada!—exclamé yo vivamente—nunca piensas más que en tí; ¿no comprendes que el término de esa explicación es un duelo, y que tu locura coloca á tu padre enfrente de una espada sostenida por un hombre ofendido por tí?

Cesarina palideció, y arrojándose al cuello de su padre, dijo:

—Eso no es verdad: ¡dime que no es verdad, ó me muerol

—No, no es verdad—repuso Mr. Diétrich;—nuestra buena amiga exagera las situaciones. Si Mr. de la Rivonniere se atiene á lo dicho, ha terminado el incidente; si no.....

—¿Qué, padre mío? ¡Habla! ¡mira que me vuelves loco!

—Tranquilízate, hija mía: yo soy joven aún, y en materias de honor un hombre vale tanto como otro. Yo haría mal en quejarme de tu conducta cuando no he sabido imponer mi autoridad para guiarte por el camino de la prudencia; fuerza es aceptar hoy las consecuencias de mi condescendencia contigo y las acepto.

Desprendióse dulcemente de los brazos de su hija, y salió.

Cesarina quedó verdaderamente anegada en llanto, jurando una y mil veces que no volvería á salir sola, para no exponer á su padre á responder de sus excentricidades.

Cumplió, en efecto, su palabra durante unos días.

Hablé á Beltrán, advirtiéndole que no llevase ninguna carta de Cesarina sin darnos noticia de ella á su padre ó á mí.

Para él Cesarina era la mejor de la casa, y si alguien podía disipar la tempestad que se iba formando en torno nuestro, era él, porque comprendía lo que no se le explicaba y era el único que sabía todos los pasos que daba Cesarina.

Á pesar de su fidelidad por ella, fué vencido por mis razones, y tres días después me trajo una carta de Cesarina, dirigida al Marqués de la Rivoniere, rogándome al mismo tiempo que pidiere su cuenta á Mr. Diétrich.

—Yo no he vendido nunca á mis amos—añadió—y vos me habéis obligado á una mala acción; la señorita no tendrá ya confianza en mí, y yo no puedo permanecer en una casa donde me miren con desconfianza.

Yo no sabía qué hacer. Aquel hombre tenía razón. Era tarde para contener á Cesarina, y quitarle su agente más fiel era exponerla á mayores imprudencias.

Devolví, pues, la carta á Beltrán, y aguardé á que Cesarina viniese á referirme su contenido, porque era raro que no acudiese á pedir consejo, después de haber obrado según su capricho.

No vino, y mi ansiedad fué en aumento. Ya no temía yo por mi sobrino; estaba segura de que Cesarina no le había vuelto á ver. Temía por Mr. Diétrich, á quien la conducta del Marqués había irritado con exceso, y que no parecía de ningún modo dispuesto á perdonarle.

—Al día siguiente, Cesarina entró en mi cuarto, diciendo:

—Voy á salir. ¿Quieres venir conmigo?

—Sin duda—la dije—y no comprendería que quisieras salir sin mí, después de las circunstancias en que has colocado á tu padre.

—No me riñas; he resuelto reparar mis faltas, cueste lo que cueste, y tú juzgarás.

—¿Á dónde vamos?

—Te lo diré cuando hayamos salido.

Se habían dado de autemano las órdenes al cochero por Beltrán. Bajamos todos los Campos

Eliseos sin que Cesarina quisiera explicarse, y por fin, en la plaza de la Concordia, me dijo:

—Vamos á comprar flores á la calle de las Tres Coronas, en casa de Lemichez.

En efecto; nos apeamos en los jardines de este horticultor donde Cesarina compró algunas plantas raras. Á las tres miró su reloj y á los pocos minutos vimos entrar al Marqués de la Rivonniere.

—He aquí precisamente á uno de mis amigos —dijo Cesarina al dependiente de la casa que nos acompañaba.— En su carruaje y en el mío nos llevaremos las plantas elegidas; que vayan trasladándolas, y vos en tanto hacedme la cuenta. Quiero pagarla en el acto.

Estábamos en la estufa de las Camelias, y allí vino á reñirse con nosotras el Marqués.

—Gracias, amigo mío—dijo Cesarina tendiéndole la mano;—habéis acudido á mi cita comprendiendo que yo no podía ponerlos en presencia de mi padre hasta nueva orden. Sentaos en este banco; estamos aquí perfectamente para hablar.

—Marqués—dijo Cesarina—he reflexionado sobre mi conducta, la he condenado y quiero confesárselo á vos. Yo no os he engañado porque no os he tenido amor, no ocultándoos que tenia una

aversión marcada por el matrimonio. Era sincera al decirlo, y creía que el amor á mi independencia no se apagaría nunca en mí, pero me engañé; la sociedad me ha enojado, me ha causado mi libertad, y he visto á un hombre que me ha agradado, un hombre con el que no me casaré quizá, que acaso no sabrá nunca que le amo, pero al que me es imposible dejar de amar. ¿Qué queréis que os diga? Me creía una mujer fuerte, y soy una niña débil; tanto más débil, cuanto que no creía en el amor, que, al atacarme, me ha encontrado indefensa. Hoy me domina una pasión que me mata de vergüenza y de pesar, porque para colmo de desdichas, no es correspondida. Si vos deseabais una venganza, ya estáis satisfecho, porque estoy harto castigada; pero la falta es mía, sólo mía. No os he comprendido, os he juzgado mal, y hoy las faltas que vos cometéis son obra mía; os he exasperado, os he arrojado en una especie de delirio que hubiera podido evitar diciéndoos desde el primer día:

«¡Amigo mío, soy muy desgraciada! ¡Tened piedad de mí!»

Al hablar así con una emoción que la hacía admirablemente hermosa, Cesarina se inclinaba como si fuera á caer á los pies del Marqués, y éste,

conmovido, fuera de sí, lo impidió, exclamando:

—¿Qué hacéis? ¿Estáis loca? ¿Queréis matarme? ¿Qué exigís de mí? ¿Á qué decirme que abrigáis una pasión, cuando yo os creía simplemente entregada á un nuevo capricho. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué exigís de mí?

—¡Lo que vuestro corazón y vuestra conciencia os dictan!—exclamó con vehemencia Cesarina, estrechando la mano del Marqués entre las suyas.— Quiero que me perdonéis mi ingratitud, mi silencio; quiero recordaros aquellas palabras que me dijisteis: «¡Confesad vuestro amor por otro, y seré vuestro amigo!» Porque entonces era vuestra caballerosidad quien hablaba. Yo no os comprendí y mi castigo ha sido que me toméis por una niña caprichosa, que no me hayáis creído capaz de una pasión, descendiendo para convenceros á medios vergonzosos para los dos. Ahora que me véis tal cual soy, que me confieso víctima de una pasión y no de un capricho, sed generoso á vuestra vez; tratadme como á una hermana, y no me déis el triste dolor de perder á mi mejor amigo en el instante que tengo más necesidad de él.

Sus miradas, sus apretones de manos, acompañaban á estas palabras, y el Marqués fué vencido.

—Me matáis—dijo;—pero aun así, beso la mano

que me hiere. ¡Ah! ¡Conocéis vuestro imperio sobre mí! ¿Qué es lo que queréis? ¿Que vaya á echarme á los pies del ingrato que os desdeña y á suplicarle que os adore?

—¡Dios mío! ¿quién trata de eso? ¡Si él llegase á adivinar mi pasión, me moriría de vergüenza! No, lo único de que trato es de que me aceptéis con este amor desdichado en el corazón; que me améis lo bastante para ir á pedir perdón á mi padre de las faltas que os atribuye; ha creído que queríais perderme con un escándalo. Decidle que teníais derecho sobre mí, acusadme, justificaos y dejadme reconciliaros. No es difícil: ¡mi pobre padre os ha querido tanto! ¡Sufre tanto por la cuestión que ha tenido con vos!

El Marqués vacilaba en admitir ese segundo compromiso; pero Cesarina lloró tanto y tan bien, que el Marqués prometió ir aquella misma noche á disculparse, y fué en efecto.

Cesarina me había exigido silencio respecto á esta entrevista tan hábilmente preparada, porque quería que el Marqués se presentase como espontáneamente.

Yo me negaba á engañar á Mr. Diétrich.

—¡Aún te quejarás!—exclamó.—Pues creo que todo lo que he imaginado para preservar la vida

de mi padre, debería parecerte sublime de abnegación, de sagacidad. Si hubiera seguido tus consejos; si me hubiera mantenido recogida en casa sin hacer lo que tú llamas imprudencias, el enojo de esos dos hombres hubiera sido de fatales consecuencias. Ahora, gracias á mí, se querrán más que nunca, y podrás vivir tranquila respecto á tu sobrino. El Marqués no es tan caballeresco como le he dicho, pues tiene accesos de tigre bajo su aire seductor; pero creo que lograré transformarle, y algún día me lo agradecerá. Cuando no se puede combatir á una fiera, se la engaña, se la encierra. Cometí una falta el día en que perdí con él la paciencia, y es muy justo que la repare.

Mr. Diétrich, sorprendido por la visita del Marqués, aceptó sus excusas y su arrepentimiento con toda la efusión que había previsto Cesarina.

El pobre Marqués estaba pálido, y en su rostro se leía la lucha que había tenido que soportar. Sin embargo, su condescendencia daba gran peso al juramento hecho de respetar la libertad de Cesarina y ser su amigo. Mr. Diétrich le abrazó; Cesarina estrechó su mano, y sentándose al piano, tocó las piezas que el Marqués prefería. La sensibilidad de éste se desarrolló, sus nervios se dilataron y las lágrimas humedecieron sus párpados.

—Ya veis, señorita — me dijo Beltrán, después que hubo partido el Marqués;—si hicisteis bien en dejarme llevar la carta. La señorita se pinta sola para arreglar las situaciones desesperadas; ha pensado, ha querido, ha escrito, ha hablado, y todo se acabó. Es un poco ligera; pero no hay otra como ella.

No había otra en efecto. Cesarina no era profunda en sus astucias ni en sus crueldades; pero era fecunda en recursos y hábil para emplearlos. Penetrábase del papel que quería representar y de todas las emociones que expresaba, y creía salvar á los otros, arrojándolos al fondo, para quedarse ella en la superficie.

Como vemos, seguía siendo dueña de la situación; había arrastrado á su padre á aceptar de nuevo al Marqués; había paralizado la venganza de éste; me había hecho á mí ceder en mi resistencia, y no le restaba más que vencer la de Pablo. Todas las fuerzas de su voluntad se reconcentraban para llegar á este punto.

—¿Qué piensas hacer — le dije; — ¿vas á provocar de nuevo los malos resultados de tus primeros pasos?

—He hecho una prueba — repuso, — y me ha salido mal; ensayaré otra; no sé cuál; pero espe-

raré la ocasión, que se presentará, no lo dudo. La casualidad es el socorro imprevisto de la voluntad que aguarda una ocasión para aprovecharla.

Esta fatal ocasión llegó en efecto, pero en medio de circunstancias muy complicadas.

Margarita no había ocultado á Pablo la visita de Cesarina, y le había descrito bastante bien la persona para que aquél la reconociese al punto. Me pidió informes y le confesé la verdad; lo supo todo; pero nos cuidamos mucho de no hablar delante de Margarita, cuyos celos se hubieran encendido.

Pablo se mostró entonces delicado, reservado en extremo, y se reía cuando yo le interpelaba directamente. Por fin, una tarde que me acompañaba á paseo, le dije que fuera franco y me dijese de una vez lo que pensaba.

—¿No lo he hecho ya?—me dijo.—¿Por qué suponer que he variado de voluntad ó de sentimientos?

—Porque las circunstancias cambian; porque no eres enteramente dichoso con Margarita y no estás ligado á ella con un lazo indisoluble; su suerte y la de su hijo están aseguradas, y no tienes por qué sacrificar á una mujer á quien no amas el brillante porvenir que otra te ofrece.

—Tía, vos desconocéis el sentido de la palabra amar. Amo á Margarita como amo á mi hijo: primero, porque me ha dado ese niño, y después porque es una niña á su vez. La amo con esa indulgencia tierna que no da las violentas emociones del amor romántico, pero satisface á los corazones honrados. Esas pasiones violentas, necesarias en otro, no son precisas en mí; mis nervios están tranquilos siempre; mi cerebro no es romántico, y mi idea no es una quimera como en la mayor parte de los hombres. Para mí, el encanto de una mujer no consiste en las excentricidades de una voluntad firme, sino en el abandono generoso de su fuerza. La dicha completa no existe en el mundo. Yo he tomado la que estaba á mi alcance; la he adoptado á mi gusto, cuento con conservarla, y desafío á Mlle. Diétrich á que me persuada de que ella me la ofrecería más completa. Si á pesar de eso lograse hacer vacilar mi resistencia, sabría resistir á la tentación; y si me veía en peligro, tomaría un gran partido; me casaría con Margarita.

—¿Casarte con Margarita!..... Eso es imposible.

—Es difícil, pero no imposible; sé que esta unión lastimaría vuestro orgullo, y por eso no me resolveré á ella sino en último caso.

—¿Qué llamas último caso?

—El peligro de caer en una humillación peor que la de dar mi nombre á una joven cuyo pasado tiene una sombra: el de sufrir el dominio de una mujer imperiosa. Margarita no hará nunca burla de mis sentimientos; estoy seguro del presente, y no me preocupo del pasado. El hombre que la arrastró á una falta, no existe ni para ella ni para mí, y puede decirse que le aniquiló al rehusar sus socorros y no querer saber qué ha sido de él. Así, pues, puedo saber que no soy su primer amor, en la seguridad de que he de ser el último.

Pocos días después de esta conversación, encontré á Margarita muy contenta. No sentía gran deseo de hablar con ella, pero como tenía todas las semanas que ver á una amiga en su vecindad me informaba al paso del pequeño Pedro. Aquel día Margarita tenía un gran encargo de encajes que componer, y reconocí al punto un envío de Cesarina.

—Esa linda dama amiga vuestra—me dijo—me ha enviado este trabajo; ha venido esta mañana á pie, seguida de su criado con galones de oro, y aquí ha permanecido en conversación conmigo más de una hora; me ha dado buenos consejos para la salud del niño, que sufre de la dentadura; se ha informado de todo lo que me concierne; es un áu-

gel de bondad, y puedo aseguráros que me arrojaría al fuego por ella. No ha querido decirme su nombre. ¿No me lo diréis vos?

—No, puesto que ella no quiere decirlo.

—¿Y Pablo lo sabe?

—Lo ignoro.

—¿Por qué hacer un misterio de él? Sin duda es una dama muy caritativa que gusta tener llamado el bien que practica.

—Y decidme, Margarita, ¿tenéis absoluta necesidad de esa labor?

—Ya lo creo! no tenemos que hacer, y Madame Ferón es orgullosa; sufre mucho creyéndose una carga para Pablo; éste hace por nosotras más quizá de lo que puede; pero en cambio gasta sus botas hasta que da lástima mirarlas, y me causa pena ver las economías que se impone.

—Pues bien, aceptad algo mío y no le seréis á él tan gravosa.

—Me lo ha prohibido y he jurado no desobedecerle; pero esta labor ya es otra cosa; es de una persona desconocida; la paga bien, doble de lo que le hemos pedido, y no es cosa de perderla; toda la guarnición de un tocador para pasarla á otro fondo. Cuando se la devuelva sobre papel de color de rosa, ¡ya veréis qué linda!

—Pero toda esa obra de tanto precio parece representar una limosna, y estoy segura de que Pablo no os la vería aceptar con gusto.

—No lo sabrá. Esta caridad es sobre todo para Mad. Ferón, que es la más necesitada; por ella la he tomado, y vos no querréis impedir á esa pobre mujer que gane para su subsistencia, ni Pablo tiene derecho á impedirlo.

Creí deber callar, pero ví que la batalla estaba empeñada de nuevo y que Cesarina se apoderaba de Margarita para manejar mejor la situación.

Al día siguiente experimenté una nueva sorpresa, encontrando á Margarita en la antecámara de Cesarina, porque había recibido de ella este billete que me mostró:

«Mi querida niña: he olvidado un detalle importante para la compostura de los encajes; es preciso que toméis las medidas, y para ello os impongáis la molestia de venir; os envío carruaje.

La dama de los encajes.»

—¿Y Pablo ha consentido?—la pregunté.

—Pablo había ya salido para su oficina, y yo no he reflexionado un momento. ¡Como que me mandaba su carruaje! ¡un carruaje todo forrado

de raso como el vestido de una princesa! Apenas me atrevía á sentarme en él temiendo estropearlo. ¡Ah! ¡puedo aseguraros que no he sido nunca más feliz!

Cesarina, que se estaba vistiendo, hizo decir á Margarita que entrase, y yo la seguí.

—¡Hola!—me dijo:—¿te interesas en nuestros pequeños negocios? No hay medio de ocultarte nada. Quería sorprenderte renovando mi tocador, según tu consejo. Hija mía, ved este mueble; tomad exactamente la medida del contorno de la mesa, para ajustar á ella la guarnición, sin costuras; aquí tenéis papel y tijeras; que esté la medida exacta.

—Pero, señora—murmuró Margarita fijando su vista en el tocador cubierto de alhajas—decidme al fin dónde estoy. ¿Sois reina ó princesa?

—Ni lo uno ni lo otro, ni siquiera de cuna más noble que vos. Mis padres han ganado su fortuna trabajando, y por eso me intereso tanto por las personas que viven de su trabajo; pero ya es inútil que os haga un misterio que destruye la presencia aquí de la señorita de Nermout. Soy Cesarina Diétrich, una persona enteramente antipática á vuestro amante Pablo.

—Pues no lo comprendo; sois muy buena, muy cariñosa.....

—Os habrá dicho todo lo contrario, ¿no es verdad?

—No, no me ha dicho nada; pero sin duda os encontró demasiado adornada la noche del baile, y como él es tan humilde en sus gustos..... Os conoce poco y debéis perdonarle.

—No creo que os ha encargado—dije con alguna severidad á Margarita—que le disculpéis.

Me miró con asombro; pero entonces Cesarina la tomó por el brazo y la enseñó su habitación y toda la parte de palacio que ella habitaba. Divertíase con su asombro, con sus preguntas cándidas y separándola así de mi influencia, la fascinaba desempeñando con ella el papel de Mefistófeles, semejante al que persiguió á la otra Margarita de la leyenda.

Viendo que Cesarina estaba resuelta á evitarme por el momento, dejé su cuarto, donde retuvo á Margarita largo rato, acompañándola después ella misma hasta su carruaje; al atravesar el salón se encontraron con el Marqués de la Rivonniere, teniendo allí lugar una extraña escena que debía ser seguida de consecuencias graves.

—Buenos días, Marqués—dijo Cesarina—os esperaba. ¿Venís á almorzar con nosotros?

En aquel momento, y como el Marqués se ade-

lantase á besar la mano de su soberana, encontróse frente á frente con Margarita, que la seguía.

Quedóse inmóvil, aterrado, y Margarita, menos serena que él, lanzó un grito y retrocedió.

—¿Qué es eso?—dijo Cesarina.

—¡Julio!—exclamó Margarita señalando al Marqués con extravío como si hubiera visto un espectro.

El Marqués había recobrado ya su imperio sobre sí mismo y dijo sonriendo:

—¿Qué Julio? ¿de quién habláis?

—¿No os llamáis Julio?—murmuró la joven confusa.

—No—dijo Cesarina—estáis engañada por algún extraño parecido. Se llama Santiago, Marqués de la Rivonniere. Venid, hija mía..... Marqués, vuelvo.

Y se la llevó.

—Es vuestra pobre abandonada—dije yo al Marqués;—no lo neguéis.

—Sí, es ella; ¿la conocéis vos?

—Sí, es casi la esposa de mi sobrino. ¿No lo sabéis? ¿vos que tanto habéis rondado en torno de su casa?

—Lo sabía desde hace algún tiempo; pero no podía esperar encontrarla aquí. En nombre

del cielo, no digáis á Cesarina que ese Julio soy yo.

—¿Pensáis engañarla?

Cesarina volvía y su primera palabra fué preguntar:

—Decid, Marqués, ¿por qué esa joven os llama Julio? No ha sabido nunca quién erais, por lo visto. Jura que el que la engañó era un estudiante, y á pesar de vuestro aire aristocrático, se empeña en que ahora es cuando me engaáis, en que no sois Marqués. Decididamente todo esto debe encerrar una historia interesante. Contádnosla antes del almuerzo, Marqués.

—¿Queréis burlaros de mí?

—No, pero temo encontraros muy culpable y teneros que reconvenir.

—Entonces permitidme callar.

—No—exclamé.—Preciso es confesarlo todo; mi sobrino piensa en casarse con Margarita, y á mí me interesa saber hasta qué punto es culpable, y si realmente dice la verdad al asegurar que ha rehusado vuestros dones.

—Entonces hablaré, ya que ella ha tenido la imprudencia de hablar.

Refirió cómo en una de las ocasiones en que había querido curarse del amor de Cesarina, había vagado como un loco por las cercanías de París

pensando casi en el suicidio; entonces había tropezado con aquella niña cuya belleza le había sorprendido, y que maltratada por su madre, se había dejado fácilmente robar. Para no comprometerse se había atribuido el primer nombre que le ocurrió fingiéndose un pobre estudiante; había alquilado una modesta casa de campo, donde iba á ver á la joven secretamente y con aspecto apropiado á su mentira. Dijo que Margarita era modesta y que no tenía más afán que casarse con él por pobre que fuese. Aquella unión había durado unas cuantas semanas. Un negocio de interés le había llamado después á Normandía, y sabiendo que Cesarina estaba en Trouville había ido allí, recrudesciéndose de nuevo su pasión al verla; entonces había enviado á Dubois, su criado de confianza, á que dijese á Margarita que Julio Morin se había casado, y la entregase una cartera con cincuenta mil francos que ella arrojó al rostro del portador exclamando:

—Me ha engañado en todo, puesto que es rico; le desprecio; decídselo así y que no pienso volver á verle jamás.

Dubois creyó no deber apresurarse á transmitir la respuesta á su señor, tanto más que éste estaba en Lierpe con Cesarina, y sólo al cabo de tres

meses, cuando volvió á París, supo la respuesta y la resolución de Margarita, creyendo todo el mundo en el país que al desaparecer la joven se había suicidado.

Y el Marqués añadió:

—No oculto mi falta y me avergüenzo de ella, tanto más cuanto que el remordimiento me ha producido momentos de verdadera locura.

—Basta, no hablemos de eso—dijo Cesarina.—Yo he cometido faltas con vos que me obligan á ser indulgente con las vuestras.

—Tanto más—repuso él—cuanto que vos habéis sido la causa, aunque involuntaria.

—Involuntaria, amigo mío; no acepto la responsabilidad de ese hecho. Si todas las mujeres que no admiten los galanteos de un hombre tuvieran que reprocharse resultados semejantes, la mitad de mi sexo tendría que vestirse de luto; pero en fin, la falta no ha resultado tan grave, puesto que Margarita se ha consolado.

—Y puesto que ha reparado su extravío—añadió yo—con una conducta prudente y juiciosa. Celebro oír el relato de Mr. de la Rivonniere, en un todo conforme con el suyo, porque así mi sobrino puede estimar á su compañera y perdonarla.

—Cierto—repuso Cesarina;—pero no creo que

debe llegar hasta la locura de darle su nombre. Me agradaría ver la cara que tú ponías el día en que Mad. Gilbert, del brazo de su marido, exclamase como hoy al encontrarse con el Marqués: «¡Julio!»

—Mr. Gilbert nada sabrá. ¿Quién le ha de enterar?

—Os equivocáis—dijo Cesarina;—lo sabrá todo.

—¿Por tí?—dije yo.

—Sí, por ella—dijo el Marqués con amargura.—

¿Olvidáis que quiere impedir ese matrimonio?

—¡Soñáis todos!—dijo Cesarina, que no quería confesar que fuese Pablo el objeto de su amor.—¿Qué me importa á mí ese matrimonio? Si tuviera la inclinación que me suponéis, ¿cómo había de tolerar á Margarita cerca de mí? Por el contrario, yo he sido quien la ha buscado, quien la protege, quien se interesa por su hijo, que está enfermo por cierto; mañana pienso ir á ver cómo sigue. Encontráis todo esto raro, original, y no hay por qué. Yo puedo encontrar á esa joven digna de mi protección, digna de ser amada por un hombre galante, y sin embargo, no veré en ella una sobrina conveniente para Mlle. Nermout. Por eso creo que el deber de Paulina es no querer que ignore su sobrino el encuentro que ha tenido aquí lugar

y el verdadero nombre del seductor de Margarita.

—Corriente—dijo el Marqués como asaltado por una nueva idea.—Si Pablo ama realmente á su compañera comprenderá que tiene que ajustar una cuenta conmigo; me buscará querella....

—¿Y os batiréis?—dijo Cesarina levantándose vivamente, aunque afectando un aire indiferente.—¡Tenéis un amor propio desmedido, Marqués, y vuestro natural feroz aparece por cualquier cosa! No gusto de duelos que no tienen sentido común y juro que Mr. Gilbert nada sabrá. No será Margarita, sin duda, quien le vaya á contar que ha visto á su antiguo amante. No será tampoco Paulina quien exponga á su querido sobrino á un lance con vos. No creo que vos le provocaréis con una declaración de identidad que os hace bien poco favor, á menos que no tengáis el capricho de disputarle á Margarita, y no creo que este sainete adquiera las proporciones de drama. Basta, pues, de hablar de esto y vamos á almorzar.

Si Cesarina tenía recursos maravillosos en su imaginación, tenía en su contra la ceguedad del orgullo y una confianza exagerada en el poder de su fascinación. Este es el escollo de ciertos caracteres. La fe profunda, la pasión verdadera no son jamás los móviles que les impulsan, y si se agarran

á su ideal es por amor á la lucha, por el orgullo de la victoria. Si mi sobrino hubiera sido fácil de vencer, Cesarina no hubiese fijado en él su atención.

Creía haber hallado en el Marqués el esclavo rebelde, pero al que domaría su voluntad, y se engañaba; había jugado con la rectitud de aquella alma generosa que llevaba muchos años de tolerar sus caprichos, y abusaba de su sumisión confiándole, en sus horas de intimidad, las teorías de alta diplomacia que le habían servido para dominar en la vida á propios y extraños.

Al pronto el Marqués se asustó de aquella precocidad que le pareció perversa; quiso sustraerse á ella, pero después había visto á Cesarina valerse de medios suaves que tendían sólo á la dicha de los demás, y creyendo conocerla, se había dejado coger en sus redes. El Marqués se había pagado de sofismas y volvía á ella con entusiasmo; pero ya empezaba á sufrir, y por lo tanto á desconfiar, proponiéndose luchar contra aquel rival preferido, fuese quien fuese.

Como se ve, Cesarina no le tenía tan sujeto como se figuraba; había estudiado en su misma escuela el arte de no ceder, pero no tenía, como ella, la astucia femenina ni la delicadeza en la elección de medios.

Pasóle, pues, por la cabeza, después de esta explicación, despertar los celos de Pablo y traerle al terreno del combate, no obstante las precauciones de Cesarina. Faltaba á la palabra empeñada, pero se creía dispensado de cumplirla al ver que Cesarina faltaba á la suya, callándole el nombre de su rival á pesar de la confianza absoluta que le había prometido. Esto al menos me dijo cuando tuvo que darme cuenta de su conducta, que fué la siguiente:

En cuanto almorzamos se retiró y escribió á Margarita esta carta:

«Si he fingido esta mañana no reconoceros fué por no comprometeros más; pero las personas que estabau presentes están al corriente de todo y me han hecho comprender que no tenéis esperanza de casaros con vuestro nuevo protector. La falta es mía y vuestra desgracia es mi obra; quiero reparar en lo posible el mal que os he causado: he comprendido y admirado vuestra dignidad para conmigo; pero al presente, que sois madre, no podéis rehusar mis ofrecimientos.

»Aceptad una linda casa de campo que os pondrá al abrigo de la miseria: no me veréis nunca y podréis continuar vuestras relaciones con el padre de vuestro hijo; pero el día que estas relacio-

nes os sean penosas, podéis romperlas sin temor al porvenir vuestro y de vuestro hijo. Quizá también al veros con cierta fortuna Mr. Gilbert se decidirá á casarse con vos. Aceptad esta reparación desinteresada que os ofrezco, porque tal es vuestro deber de madre. Si algo más necesitáis, escribidme.—El Marqués de la Rivonniere.»

Margarita estrujó esta carta con desprecio sin comprenderla bien; pero Mad. Ferón, que sabía leer mejor, se la explicó punto por punto. Madame Ferón era buena, tenía en mucho á Pablo y se creía muy amiga suya; pero tocaba muy de cerca los disgustos de Pablo y Margarita y las dificultades de su existencia. Parecióle que el deber de Margarita era aceptar aquel donativo del Marqués y asegurar así el porvenir del niño.

Margarita, que soñaba con guardar la dignidad del papel de madre y llegar á ser esposa de Pablo, dejóse arrastrar á esta monstruosa inconsecuencia y aceptó, por el hijo de Pablo, lo que no había aceptado para sí sola. Envío al punto á Mad. Ferón á casa del Marqués, y éste la hizo una donación cuyo valor escedía á las esperanzas de las dos mujeres.

Margarita no tenía más que firmarla y podía al punto, si quería, tomar posesión de su finca en Normandía.

Cuando Margarita vió aquel papel delante de ella, quiso fijarse con atención en todos sus detalles, y á medida que la Ferón leía las condiciones, ella seguía su palabra con el corazón palpitante y la frente empapada en sudor.

—Vamos—le dijo su compañera—firma y es negocio concluido. Aquí hay dos copias iguales, la una la guardarás tú, la otra el Marqués á quien la voy á llevar al punto y tengo tiempo de volver antes que venga Pablo; aun faltan dos horas. Nada sabrá si tú no dices nada á su tía ni á Mlle. Diétrich, ni á nadie en el mundo: yo le he hecho comprender que tú no aceptarías sino á condición de un secreto absoluto.

Margarita temblaba.

—¡Dios mío!—dijo—no sé por qué se me figura que firmo mi oprobio.

—Ya le tienes firmado, mi pobre Margarita, al no llegar á ser esposa del que amas: y sin embargo, Pablo te quiere, estoy segura de ello, pero su tía no consentirá jamás en vuestra unión. En la sociedad de ciertas gentes hay faltas que no se perdonan. Por otra parte, esta firma no te compromete; no estás obligada á ir á vivir á Normandía ni á decirle á Pablo que eres propietaria: yo iré á cobrar las rentas sin que se entere, porque el ca-

mino de hierro me lleva y me trae en un día; el Marqués me lo ha dicho; y si algún día Pablo riñe contigo, lo cual puede suceder, irás á vivir á tu linda casa de campo con tu hijo, que él te permitirá llevar por su propia conveniencia, por su tranquilidad. Luego, figúrate por un momento que Pablo, que tanto trabaja para proporcionarnos un modesto bienestar, nos falta, ¿piensas vivir de las limosnas de su tía, ó de las de Mlle. Diétrich? Tú sabes que el trabajo de dos mujeres no basta para sostener una casa y dar carrera á un niño. De modo que tu querido Pedro aprenderá un oficio, él que es nieto de un médico y viznieto de un Marqués. Tu deber es darle una carrera y abrirle un porvenir.

—¿Y si un día me reprocha su dicha?

—¿Acaso sabrá nunca de dónde vino? Los hijos no se meten en esas cosas y encuentran justo que se sacrifique todo á su bienestar.

Margarita firmó, y la Ferón salió sin darle tiempo á reflexionar más.

El Marqués había contado con que Pablo no ignoraría mucho tiempo la existencia de ese contrato, que corrió á depositar en casa de su notario. Sabía que Margarita era incapaz de guardar un secreto, y una pequeña circunstancia imprevista produjo más pronto el resultado apetecido. Al

despedir á Mad. Ferón le entregó para Margarita un estuche, diciéndole que era el vaso de vino que ratificaba el contrato. Al oír esto, Margarita, que estaba llorando, empezó á reír con la facilidad que tienen los niños en mudar de sensaciones.

—¡Tan bueno es su vino—dijo—que le ofrece tan escaso!....

Y abrió el estuche que contenía una sortija de brillantes de un precio bastante elevado.

La víspera la hubiera quizá rechazado, pero había visto aquella mañana las alhajas de Cesarina, y aunque había aparentado no envidiarlas, su brillo la deslumbraba aún.

Pasó, pues, la sortija á su dedo jurando á la Ferón que se la quitaría al punto para guardarla en el estuche y venderla.

—No—dijo la otra;—esa alhaja te vendería, el dinero no tiene firma, y Pablo no mira nunca dónde tenemos el nuestro; nos pregunta si necesitamos algo, y como ahora tenemos trabajo le diremos que no.

Margarita ocultó la sortija; era tarde para hacerla tasar, porque Pablo iba á volver como volvió, en efecto, conmigo que había comido sola y temprano para ir á buscarle, porque me había escrito que estaba inquieto por la indisposición de su hijo.

El niño no tenía nada grave; yo había contado á Pablo la visita de Margarita á Cesarina rogándole que no la riñese, y él se manifestó muy disgustado por los beneficios que Cesarina se empeñaba en introducir en su casa.

—Si por ahí pretende sujetarme se lleva chasco—dijo—y obra torpemente con toda su diplomacia.

Yo le respondí que hasta nueva orden lo mejor era disimular, y me lo prometió sin sospechar ninguno de los graves sucesos que acababan de ocurrir.

Tranquilizada por la salud del niño iba á retirarme, cuando Pablo me dijo que pasaban cosas extrañas; que ni Margarita ni Mad. Ferón habían comido; que estaban en la cocina y hablaban en voz baja, callando ó poniéndose á cantar cuando él se acercaba.

—Ya las he notado distraídas—le dije;—sin duda la salida de Margarita en carruaje particular y la descripción de las riquezas que ha visto en casa, las tienen absortas.

Pablo fingió creerme, pero su atención estaba ya alerta y me condujo hasta abajo diciendo:

—Mlle. Diétrich comienza á enojarme ya. Se ha empeñado en introducir su espíritu inquieto y bullicioso en mi hogar doméstico; de este modo me

obliga á pensar en ella, á desconfiar de todo, á vigilar á mi pobre Margarita, que no había salido nunca sin mi permiso, y á la cual tendré necesidad de reñir esta noche.

—No la riñas; déjala terminar esa obra, cuyo importe no os vendrá mal, y llévatela después al campo.

—¡Bah! Cesarina daría con nosotros á los dos días, puesto que será preciso que la deje en las cercanías de París, para no perder yo de vista á mi hijo. Aquí no hay más que un remedio, y es hacer saber algo brutalmente á Cesarina, que no quiero sus socorros para mi familia, como no he querido su protección para mí.

Pablo estaba agitado al dejarme. El nombre de Cesarina le alteraba; su imagen le perseguía, y veíale llegar al odio casi vecino del amor, sin poder hacer nada, por mi parte, para conjurar el peligro.

Pablo, sintiéndose dominado por la cólera, quiso aguardar al día siguiente para notificar á Margarita que no volviera á salir sin su permiso. Retiróse temprano á su cuarto, pero no pudo trabajar. Vago terror le dominaba; acostóse y no pudo dormir, y como á media noche sintiese andar en el cuarto contiguo, quiso saber si el niño dormía.

Acercóse á la puerta entreabierta y vió á Margarita sentada delante de la mesa, haciendo brillar algo á la luz de su bujía. ¡La pobre niña no había podido dormir! El brillo de su diamante la fascinaba y había querido darle un último adiós en aquella hora de tranquilidad y reposo, cuando Pablo se lo arrancó de repente de las manos.

Ella lanzó un grito de espanto.

—Calla, no despiertes al niño. Sígueme á mi cuarto, desde allí oiremos si se mueve.

Cuando estuvieron en la otra pieza, ella aterrada y Pablo sereno, murmuró éste:

—Escucha; no quiero reñirte porque veo en tí la ignorancia de una niña de siete años. No me respondas, ni grites; es preciso, ante todo, que nuestro hijo duerma. ¿Por qué estás tan consternada? Lo que has hecho no es tan grave y yo me encargo de devolver esa alhaja á quien te la ha dado; ya sabes que no debes recibir nada más que de mí, y no lo harás á menos que quieras dejarme.

—¡Dejarte yo!—repuso ella sollozando;—si eres tú quien quiere echarme, devuélveme mi sortija; no querrás que me muera de hambre.

—Margarita, ¿estás loca! No quiero dejarte, quiero que hagas respetar la protección que te

aseguro; no quiero que recibas regalos, ni menos que vayas á buscarlos.

—Yo no he ido á casa de él, yo te lo juro.

—¡Eh! ¿quién es él?

—Mlle. Diétrich—murmuró ella apelando tarde á la única mentira que podía salvarla.

—¿Por qué has dicho él? Quiero saberlo.

—No he dicho él..... es que me vuelves loca.

—Margarita, tú no sabes mentir, no has mentido nunca. Una sola cosa me ha ligado á tí por toda la vida, tu sinceridad; no la pierdas ó nos perdemos los dos. ¿Por qué has dicho él en lugar de ella? Responde.

Margarita no supo resistir á estas palabras supremas; cayó á los pies de Pablo, lo confesó todo; mostró la carta del Marqués y la escritura de donación que quiso desgarrar. Pablo lo impidió, se apoderó de los papeles y del estuche y viendo que ella se retorció entre convulsiones de dolor, le dijo dulcemente:

—Tranquilízate, te perdono. Has comprendido mal tus deberes maternos y no has sospechado la injuria que me hacías; es la primera vez que me das motivo para reconvenirte y espero que será la última, ¿no es verdad?

—¡Oh! sí, sí; quiero mejor morir.

—No hables de morir, no hay para qué tratar de ello. Vete á dormir y mañana hablaremos tranquilamente.

Pablo se sentó entonces á su mesa y me escribió la carta siguiente:

«Mañana cuando recibas esta carta, tía querida, habré matado al pretendido Julio Morin ó me habrá matado él á mí; ya sabes quién es y dónde le ha encontrado Margarita esta mañana; pero lo que tú ignoras es que ha logrado hacerla aceptar un donativo considerable, atreviéndose á suponer el infame que, gracias á él, me casaría yo con Margarita.

»Ignoro si ha sido una provocación infame ó una impertinencia, pero me temo que Mlle. Diétrich anda en toda esta intriga. De seguro ha provocado intencionadamente la entrevista de Margarita con su seductor. Sea como Dios quiera; confío en la suerte porque mi causa es justa, y espero privar á Cesarina de un pretendiente que ha inferido á mi pobre compañera tan grande ultraje. Viviendo él, no puedo unirme á ella legalmente sin exponerme á un sonrojo el día que él y yo nos encontremos, y si él muere te parecerá como á mí que me he quitado de encima la hipoteca que ese hombre tenía sobre mi honor.

«Si la suerte me es contraria recibirás esta carta como mi testamento; por él te lego á mi hijo; entrégale lo poco que poseo. Déjasele á su madre, sin permitir que ésta se aleje de tí, para que puedas ejercer sobre el niño una completa vigilancia.

«Margarita es buena, pero débil; por eso en cuanto el niño sea mayor desee que le pongas en un colegio. Aunque he conservado la herencia paterna, sé que asciende á bien poco; pero tú, mi Providencia, harás por mi hijo lo que siempre has hecho por mí; ya ves si he hecho bien en rehusar lo supérfluo que alguna vez has querido darme y que ahora será necesario para mi hijo; esperaba hacer una pequeña fortuna para él, pero la vida tiene sus accidentes que debe uno estar siempre dispuesto á soportar. No tengo ningún mal presentimiento; la vida es para mí una obligación más que un placer, y voy por lo tanto al lance con la entereza que debo ir. No recibirás esta carta sino en caso de desgracia; si no yo mismo te la entregaré, probándote que en la hora del peligro mi más caro pensamiento era para tí.»

Escribió á Margarita otra carta más sentida aún, perdonándola de nuevo:

«Un día de torpeza—le decía—no debe hacerme olvidar tantos de abnegación y de cariño como has

puesto en nuestra dicha común. Habla de mí á Pedro; consérvate para él y no te acuerdes de mi muerte. Tú no habías previsto las consecuencias de tu debilidad; para evitar otras que pudieran dañarnos á los dos, voy á batirme para preservarnos á mi hijo y á tí del ultraje de ciertos beneficios. Os bendigo á los dos.»

Pensó también en la Ferón, legándole un recuerdo. Vistióse, llevó consigo las dos cartas y salió antes de que despuntase el día, sin despertar á nadie. Buscó por testigos á su amigo, el hijo de su principal, y á otro joven, y á las siete de la mañana hacia despertar al marqués de la Rivonniere y le aguardaba en su sala de fumar.

No había dejado sospechar á sus dos amigos que se trataba de un duelo inmediato, sino de una explicación que debía ser oída por personas de su confianza.

Se había nombrado al pedir audiencia al Marqués, y éste se apresuró á vestirse; se presentó casi contento por tener ya su venganza en la mano y poder decir á Cesarina que había sido provocado. Él mismo se anticipó al deseo de Pablo, exclamando:

—Venís con vuestros testigos, caballero, y no es la costumbre. Se conoce bien que ignoráis las

reglas de ciertos asuntos de honor; en fin, me es igual, no hay para qué iniciar á estos señores en nuestros negocios. Vos creéis estar ofendido de mí, no pienso justificarme, y el día y la hora serán los que elijáis.

—Perdonad, caballero—repuso Pablo—no pienso proceder según las reglas, y justo es que admitáis mi manera. Quiero que mis amigos sepan por qué expongo mi vida y la vuestra. Las personas que nos oyen saben que he unido mi suerte á una joven comprometida á los quince años por un hombre que la engañó, ocultando su nombre y su rango. Yo no le conocía, ella le había olvidado; no me he sentido, pues celoso por el pasado y confiaba en el presente y el porvenir; consideraba mi unión con Margarita como un deber, como un derecho; soy pobre, vivo de mi trabajo y ella aceptaba con gusto mi pobreza; pero ayer este hombre ha escrito á mi compañera la carta siguiente:

Y Pablo leyó en voz alta la carta del Marqués y mostró la sortija y la escritura colocando ambas cosas con la mayor serenidad sobre una mesa, después de lo cual, sin permitir al Marqués interrumpirle, repuso:

—Ese hombre me ha hecho el ultraje de suponer que sus regalos me decidirían al matrimonio,

porque creo que reconoceréis vuestra firma, señor Marqués.

—Perfectamente, caballero.

—Reconoceréis asimismo que tengo derecho á una reparación de este insulto.

—Os la daré en el acto.

—¿En el acto?

—Tardaré sólo el tiempo necesario para avisar á mis testigos. Me basta con una hora.

—Os la doy, caballero.

El marqués llamó; pidió su carruaje se acabó de vestir y volvió á decir á Pablo que le aguardase allí mismo con sus amigos, poniendo sus cigarros á su disposición.

Había tanta atención y cortesía en su proceder, que cuando se marchó, el joven Latour trató de hablar en favor suyo. Encontraba justo el resentimiento de Pablo, pero creía que una explicación amistosa hubiera podido dejar terminado aquel incidente. El otro amigo en cambio, juzgó que el donativo y las frases que le acompañaban, eran una embozada provocación.

—Por eso he hecho comprender al Marqués—dijo Pablo—que su acción me ofende tanto como sus palabras.

El joven Latour cedió, pues, pero con la espe-

ranza de que los testigos del Marqués le ayudarían á evitar el lance.

Estos no se hicieron esperar; y debe creerse que el Marqués les había prevenido la víspera, porque no había transcurrido la hora y estaban ya reunidas las seis personas necesarias para el duelo.

Mr. de la Rivonniere se lo había explicado todo á sus amigos; estos conocían su intención, y se retiró á su cuarto, haciendo pasar á Pablo á otra pieza para que hablasen los testigos. La entrevista fué breve; los testigos de Pablo sostenían su derecho, que no fué discutido. El Vizconde de Valvonne, que amaba mucho al Marqués, tuvo la misma intención que el joven Latour, de discutir la razón que había para el lance; pero el otro testigo dijo con bastante energía que el Marqués había manifestado claramente su opinión, y que no estaban autorizados para arreglar el lance.

Una hora después, los dos adversarios estaban frente á frente; y pasada otra hora, Cesarina recibía el adjunto billete de Dubois, el ayuda de cámara del Marqués:

«El señor Marqués está herido de muerte. ¿Se negarán Mlle. Diétrich y Mlle. Nermout á recibir

su último suspiro? Aun tiene razón bastante para haberme manifestado este deseo.

»Mr. Gilbert, sano y salvo, está á su lado.

»DUBOIS.»

Heridas como por un rayo, nos miramos una á otra sin poder hablar. Cesarina tiró de la campanilla, pidió el coche y partimos sin haber cambiado una frase.

El Marqués estaba, cuando llegamos, en manos del cirujano, que ayudado de Pablo y del Vizconde de Valvonne, operaba la extracción de la bala. Dubois, que nos aguardaba á la puerta, nos hizo entrar en un salón, donde el joven Latour nos refirió cuanto había pasado, y lo que había precedido al duelo.

—Yo estaba muy inquieto—añadió el joven—aunque Pablo se ejercitaba hacía algún tiempo en el uso de las armas, diciéndome: «De seguro tendré que matar á un hombre, si no ha muerto ya.» Yo sabía que aludía al primer amante de Margarita, porque he sido su único confidente, y veces mil le he animado á casarse, en vista del amor que profesa á esa joven, y sobre todo al niño. Por él es por quien se ha batido, no lo dudéis. Le tocaba tirar el primero, apuntó bien, pero en cuan-

to vió á su adversario tendido en tierra, volvió en sí, se lanzó á él con los brazos abiertos, y el Marqués murmuró:

—«Me habéis matado y habéis hecho bien; había cometido una falta y la expío.»

Desde entonces Pablo no se ha separado de él; me ha prohibido decir nada á Margarita; pero por si le era contraria la suerte me había entregado una carta para ella y otra para vos. Mientras leéis la vuestra, voy á saber cómo sigue el pobre Marqués. Se desesperaba de él, y quién sabe si habrá ya concluido.

—¡Quiero verle!—exclamó Cesarina.

—Dubois, que andaba de un lado á otro con extravío, la detuvo diciendo:

—¡Es imposible! Mr. Nelaton no quiere; esperad, porque él me ha dicho:

—«¡Verla, y morir!»

—¡Pobre amigo mío!—murmuró Cesarina.— Muere por mi causa. No ha tenido intención de provocar á tu sobrino; ha sido sincero al ofrecer esa reparación á Margarita. ¡Le han comprendido mal, y eso es la causa de todo! ¡Mis sarcasmos de ayer le han arrastrado á esa reparación que paga con su vida!

—Dime, Cesarina—murmuré entonces;—¿fué

en efecto la casualidad la que reunió ayer á Margarita y al Marqués en tu casa?

—Déjame en paz. ¿Vas á reñirme ahora? ¿No estoy bastante castigada?

—Quiero saberlo todo—repuse con firmeza.—A estas horas, mi sobrino podía ser el muerto, y tengo derecho á interrogarte. Tu conciencia te grita que has tenido la culpa; ¿no has querido sacar partido de ese encuentro para destruir el lazo que existe entre Pablo y Margarita?

—Sí; para impedir que tu sobrino se casara con ella; sí, para preservarle de esto, que yo creía una locura. ¿Pero quién podía prever tan fatales consecuencias? ¿No estaba yo resuelta á ocultárselo todo á Pablo? ¿No di mi palabra? ¿Podía yo prever que el Marqués se arrojase á tan deplorables excesos?

—¿Es decir, que tú has provocado el encuentro, que lo confiesas?

—Yo no sabía nada positivo, lo sospechaba nada más. El Marqués me había confesado una aventura, hija del despecho; el nombre de Margarita se había escapado de sus labios. Aunque hay muchas Margaritas en el mundo, quise probar.... pero lee la carta que acaban de darte y ella nos dirá lo que debemos pensar de este desastre.

Leí la carta de Pablo y se la dejé leer, esperando que la dureza con que respecto á ella se expresaba, le serviría de lección; pero no fué así; pareció apenas fijarse en lo que á ella le concernía, y elogió con calor las ideas y sentimientos de la carta.

—¡Es todo un hombre!—decía á cada nueva frase;—tiene un gran corazón, es un héroe forrado de santo.

La llegada de Dubois puso fin á su entusiasmo; el herido había soportado la operación. Nelatón había quedado satisfecho del éxito; pero no respondía de la vida del herido. Mr. de Valvonne vino á buscarnos un instante después.

—Hay que consentir—dijo—en que os vea á las dos. Está agitado porque dice que no cumplo las órdenes que me ha dado antes del duelo, y el mismo médico ha encargado que no se contrarién los deseos del enfermo, que acaso dentro de breves horas no tendrá ya voluntad.

Seguimos al Vizeconde á la estancia del Marqués. A través de su palidez sonrió á Cesarina, y su mirada manifestó gratitud. Pablo, que estaba sentado á la cabecera de la cama, se alejó como si no hubiera visto á Cesarina. Comprendí que ocuparme de mi sobrino en aquel momento era casi

felicitarlo por haber escapado á la suerte que arrebatada á su adversario.

Cesarina se acercó al lecho de su pobre vasallo; el médico de cabecera viendo que se trataba de asuntos íntimos, pasó á otra estancia, y Mr. de Valvonne hizo entrar en aquella en que estábamos al otro testigo del Marqués y á los dos de Pablo, á los que había rogado que se quedasen.

Entonces nos hizo acercar á todos al lecho del herido, y dijo en voz baja, pero clara:

—Antes de ver á los testigos de Mr. Gilbert, el señor marqués de la Rivonniere nos había dicho:

—«No quiero ninguna clase de arreglo; no puedo asegurar que no tenía intención hostil al hacer lo que he hecho, ni menos dejar de profesar un odio personal á mi adversario. El modo con que se me ha presentado después de mi ultraje, prueba que es hombre de corazón y á la vez delicado, porque en nuestro diálogo no se ha mezclado ninguna palabra grosera. No sé si mi adversario es hábil en el manejo de las armas; pero tengo el sentimiento de que la suerte estará de su parte. Por todo esto habría en mí cobardía al retroceder. Arregladlo, pues, y si la suerte me es contraria, ofreced mis disculpas á Mr. Gilbert. Le diréis que después de nuestro lance yo no me hubiera vuelto

á mezclar en sus asuntos, respetando su vida por razones fáciles de comprender; y si muero sin poder hablar se lo diréis en presencia de los testigos y de las personas de mi cariño, que estarán presentes en mi última hora.» Esperemos, que ésta no ha llegado aún, y que el Marqués vivirá. Pero era deber mío cumplir estas órdenes dadas por él.

Todas las miradas se volvieron hacia el Marqués, que pareció aprobar con la vista lo dicho por su amigo.

Comprendimos entonces que debíamos dejarle descansar, y salimos de la estancia, donde quedaron Pablo, el Vizconde y el médico, porque tal era el deseo del Marqués, que se expresaba por signos.

Cesarina no quiso salir de la casa y escribió á su padre, anunciándole esta desgracia y rogándole que viniese á reunírsela. En cuanto él llegó, yo corrí á casa de Margarita á fin de prevenirla sobre lo que acababa de pasar. Pablo me había hecho decir por su amigo que fuese á verla, y pasado el primer momento de sorpresa, la entregase la carta de perdón que le había escrito.

Por vez primera ví á Margarita comprender la dureza del carácter de Pablo. La verdad fué penetrando en su alma á la par que el arrepentimien-

to, y yo procuré disimularle la gravedad del Marqués, porque la encontré suficientemente castigada.

Me hizo leer dos ó tres veces la carta de Pablo, la cubrió de besos y de lágrimas y tuve que permanecer dos horas á su lado para tranquilizarla, para responder á sus innumerables preguntas, á las que quería ajustar su nueva vida.

—Decidme—murmuraba—yo no debo recibir ni ver á nadie sin que Pablo lo sepa, ni aún á Mlle. Diétrich.

—Precisamente con Mlle. Diétrich debéis concluir desde hoy de una manera absoluta, y devolverle sus encajes; yo me ocuparé de proporcionaros labor no menos lucrativa, y además es preciso que Pablo sepa que trabajáis porque no tenéis lo necesario para vivir.

—Se matará á trabajar.

—Yo velaré porque no trabaje, y conocerá que hay circunstancias en que no debe rehusar mis beneficios.

—¡Oh! no, no le digáis nada, yo había aceptado su pobreza con alegría; debo ser dichosa con ella; yo volveré á ser lo que he sido, no escucharé las quejas de la Ferón. ¡Si no está contenta con nosotros que se vaya! Pero decidme, ¿por qué Pablo está disgustado de las bondades de Mlle. Diétrich

para conmigo? Esa es una cosa que no comprendo.

A punto estuve de iluminar á Margarita sobre los peligros que para ella encerraba la protección de Cesarina; sin embargo, ¿quién se fiaba de la discreción de una persona tan espontánea, de tan poco mundo? Sus celos, una vez provocados, podrían traer nuevas complicaciones. Odiaba á las dos rivales que su imaginación le creaba; no hubiera reconocido freno al conocer á una verdadera.

Preciso era, pues, callar, y callé. Le recordé que Pablo no quería intervención en sus medios de existencia, puesto que rehusaba los míos, y mademoiselle Diétrich era una extraña para él y no quería agradecer sus favores.

—Dadme los encajes—exclamé—y el dinero que habéis recibido adelantado; yo me encargo de devolverlo, y mañana tendréis aquí la otra labor que os he prometido y que pasará por mis manos, sin que su dueño tenga que entenderse con vos.

Me hizo el sacrificio que exigía, y debo confesar que me pareció que respiraba dichosa como quien se quita un peso de encima, al no tener que agradecer nada al Marqués; como había en ella más de niña que de mujer, casi podía asegurarse que sintió más la pérdida de la sortija que la de la finca.

Al bajar encontré á Pablo, que subía á ver á su familia un momento, para volver al lado del Marqués. Cesarina se había vuelto á casa con su padre; el Marqués estaba cada vez peor, y Mr. Diétrich no quería que su hija presenciase aquella agonía.

Encontré á Cesarina muy agitada. Obstinate en sus caprichos, había esperado una noche de emociones con Pablo á la cabecera del moribundo, y sin embargo lloraba sinceramente al Marqués. Decía que le debía sus cuidados hasta el último momento, que no podía comprometerla esta solicitud, porque todos los amigos y parientes que rodeaban al enfermo conocían la pureza de su amistad por él, y no podían hallar extraña su asistencia.

—Y aun cuando la criticasen—exclamó—ante un deber que cumplir no debe hacerse caso de la opinión, á menos de ser egoísta. No comprendo que mi padre no me haya permitido quedar, mucho más pudiéndose quedar él conmigo, lo que hubiera evitado cualquiera hablilla. Todo el mundo sabe que él estima al Marqués. Difícil será que no vuelva á verle; yo espiaré su salida, y si va allí le obligaré á llevarme ó me encontrará allí á los pocos momentos de entrar él.

Así lo hubiera hecho si Dubois no hubiera venido á decirnos que el enfermo había experimen-

tado una mejoría sensible. Había dormido, el pulso no era tan débil, y si no sobrevenía un acceso de fiebre, se había salvado.

Nos dijo que después de detener largo rato en su compañía á Mr. Valbonne y á Mr. Gilbert, les había rogado que le dejaran solo con un médico y su familia, que se componía de una tía, una hermana y su cuñada, que advertidos por telegrama de lo que pasaba, habían llegado de fuera aquella misma tarde. El médico tenía alguna esperanza; pero la fundaba sobre todo en su reposo absoluto. El Marqués dió gracias á todos los que le habían asistido y visitado, y Dubois vino á decirnos lo que ocurría, ofreciendo traernos noticias del enfermo tres veces al día.

La mejoría se sostuvo, pero todo anunciaba que la curación sería lenta; el pulmón estaba lesionado y el enfermo debía permanecer inmóvil y mudo evitándole la más pequeña emoción durante algunas semanas, algunos meses quizá.

Cesarina, viendo que el destino se encargaba de quitar de su camino el único obstáculo que encontraba, volvió imperturbable á su obra y cayó de improviso en el hogar de Pablo; éste estaba en casa, ella lo sabía, y entró resueltamente sin hacerse anunciar.

— Ahora que nuestro enfermo está casi salvado— dijo dirigiéndose á Pablo, sin más preámbulo que haber estrechado la mano á Margarita y sentándose á su lado— creo que puedo pensar en mí y venir á buscar á mi enemigo personal para desarmar su odio ó saber al menos la razón de él.

Este enemigo sois vos, Mr. Gilbert, y vuestra hostilidad es antigua, pero en estos últimos tiempos ha tomado tales proporciones, que debo recordaros la carta escrita á vuestra tía la víspera del duelo; comprenderéis que las frases que en ella estampáis no puedo admitirlas sin discusión.

— Si me permitís una palabra— repuso Pablo con irónica dulzura— os haré comprender que no debo traer á discusión delante de Margarita recuerdos que le son penosos y de que no debe cuenta á nadie más que á mí. Permitid, pues, que se retire y vaya á cuidar de su hijo, para que yo solo sufra el peso de vuestro rencor.

Esto era todo lo que deseaba Cesarina, sin que lo sospechase Margarita, que confiaba en que su hermosa protectora disiparía las prevenciones de Pablo, y ella podría verla y tratarla sin incurrir en su desagrado.

— Puesto que habéis querido hacer nuestra explicación más fácil— dijo Cesarina en cuanto se ha-

lló á solas con Pablo—será más clara y más corta. Sé la inconcebible locura que se ha apoderado de la mente de mi pobre Paulina, y os acaso como autor de ella.

—Ignoro lo que queréis decir.

—Ya comprendo que no habéis de ser tan franco que confeséis la verdad, pero yo os evitaré esa confesión, porque no puedo soportar más tiempo la horrible situación de que soy victima. Vuestra tía, que ha sido un ángel para vos y para mí, tiene el defecto de ser, y vos lo habréis podido observar alguna vez, en extremo exaltada, solícita hasta hacer desgraciados á los que ama, y cuanto más los ama más los atormenta; de este modo me atormenta á mí desde hace siete años. Desesperada al ver que no quiero á nadie ni quiero casarme, ha logrado que mi padre participe de sus ansiedades; y si yo no tuviera sobre él más ascendiente que sobre ella, su obstinación me hubiera hecho desgraciada. Como no hay perfección sin algún defecto, yo quiero á Paulina con ese defecto que hasta ahora no había alterado mi quietud; pero os lo he dicho, desde hace algún tiempo me mortifica, y por eso acudo hoy á vos; ¿me comprendéis?

—Todavía no.

—Creo que sí; pero queréis que me explique

hasta el fin, lo que no es generoso por parte vuestra. No obstante, tendré audacia para ello, aunque os parezca una enormidad en boca de una mujer. Sin embargo, es posible que al concluir de hablar no sea yo la más confusa de los dos, Mr. Gilbert. Vuestra tía supone que yo abrigo por vos una pasión desairada, y vos lo creéis también. Ya veis que yo no me avergüenzo al decíroslo y vos os inmutáis; yo sería muy ridícula á vuestros ojos ahora, si completamente serena, no viera que quien está en ridículo sois vos.

Pablo no esperaba este nuevo género de ataque, y estaba verdaderamente turbado, pero se repuso en breve y exclamó:

—Siento, Mlle. Diétrich, que vengáis escudándoos con una falsedad para saber lo cierto. Si mi tía hubiera cometido el error de que habláis, y me lo hubiese comunicado á mí, yo no estaría en ridículo, sino en el caso en que hubiese sacado partido de ello mi vanidad. Si, por el contrario, esa noticia me hubiese contrariado, el ridículo no sería para mí. Pero tranquilizaos; ni mi tía ni yo hemos creído nunca que abrigaseis otra pasión que la de jugar con hombres, bastante simples para creerse objeto de vuestra atención.

—Esa es ya una confesión de los comentarios

á que os entregáis respecto á mí en esta casa.

—¿En esta casa? Dejad á un lado á Margarita en todas vuestras suposiciones. La habéis fascinado; la pobre niña ruega quizá á Dios en este momento por nuestra reconciliación. En cuanto á mí, no pienso defenderme de haber estado por un momento irritado contra vos, como indica mi carta, y no es necesario suponerme de una fatuidad exagerada para descubrir la causa de mi disgusto. Creo respecto de vos lo que mi tía; que sois bastante bondadosa y liberal por el gusto de serlo; pero esto no os justifica á mis ojos de un defecto insoportable, el de favorecer á las gentes contra su gusto, para obligarlas á vos. Estáis educada en una atmósfera de bendiciones interesadas que os ha trastornado, é ignoráis que, cuando los beneficios se quieren imponer, en lugar de un favor se hace una ofensa. Desde que mi tía vive al lado vuestro, habéis intentado sin cesar acercarme á vos de una ó de otra manera, prodigarme vuestros beneficios, y mi negativa os ha ofendido como una rebelión. Me lo habéis hecho sentir por medio del sarcasmo cuando tuve la debilidad de presentarme en vuestra casa; pero en aquella breve entrevista os aprecié y os juzgué mucho mejor que os había juzgado mi tía en tantos años. Habéis intentado

persuadirme de que mi alejamiento os causaba un gran pesar, y al efecto hicisteis una comedia de un gusto dudoso, mortificando vuestro orgullo, que yo no la tomase por lo serio. De seguro que esta contrariedad se disiparía en el primer rigodón; pero vuestros caprichos de reina no se disipan sino después de conseguidos. Habéis hecho los imposibles para obligarme á caer de rodillas ante vos, tratando al efecto de apoderaros de mi pobre compañera, y perderla en mi ánimo, lo que hubierais conseguido á no tener yo tanta sangre fría; pero ahora os digo:

«No quiero deberos nunca nada; no tendréis el gusto, ni de aligerar mi trabajo ni de ayudar á vivir á mi hijo; no os apoderaréis de mi hogar, de mis secretos, de mis afecciones; no ocultaré mi nido en una rama escondida para preservarle de vuestras limosnas, pero os las devolveré con insistencia, y aunque las traigáis en persona, os diré lo que ahora os digo: Volveos, y ya que no respetéis á los otros, respetaos á vos misma.»

Cualquiera otra que Cesarina hubiera quedado aterrada; pero ella había previsto ya todo lo peor y acudía al combate con valor extraordinario. En lugar de parecer humillada, tomó un aire de ingenua sorpresa, guardó silencio un instante, y después repuso:

—Acabáis de hablarme con demasiada severidad—y esto lo dijo con aquel aire de dulzura que era su arma más irresistible.—Yo había venido aquí animada por el despecho, pero me habéis hecho un favor y saldré preocupada, reflexiva. ¿Será cierto que soy una niña mimada y casi embriagada por la dicha de hacer bien? ¿Es posible que los beneficios puedan ser un elemento de corrupción? Se ha dicho alguna vez que el orgullo es la virtud de los santos; ¿querré santificar la vida por la caridad, y habré perdido la modestia para ejercitarla? Preciso es que sea algo de eso, puesto que tan cruelmente os he ofendido. Entre el orgullo que ofrece y el orgullo que rechaza, hay quizá un medio que ni vos ni yo hemos sabido encontrar: todo es posible y creed que meditaré mucho sobre ello, dándoos gracias por haberme proporcionado este rayo de luz: ¡qué queréis! á los favorecidos por la suerte no se nos dice nunca la verdad. Ahora comprendo que me he extralimitado de mi derecho al quererme interesar por un pobre niño, y es posible que haya ofendido vuestro amor propio con un sentimiento generoso; pero tranquilizaos, pues en lo sucesivo no pasaré á nada sin interrogarme profundamente: no tendré la coquetería de la virtud, mataré mis simpatías y apren-

deré discrección. Perdonadme los pesares que os he causado, Mr. Gilbert; desenojad á vuestra tía, cuyo cariño estoy amenazada de perder, y decidle que en adelante no tome sueño por realidades; decid también á Margarita que deseo sinceramente el logro de sus deseos, porque vos me habéis dado una lección muy útil y creo que á vuestra vez podéis recibir un buen consejo. Casaos con Margarita, legitimad á vuestro hijo; habéis conquistado ese derecho con las armas en la mano, y todo derecho impone un deber.

—A mi vez, señorita, os daré otro que no vale menos que el vuestro. Sé por los amigos del señor Marqués, que vuestros caprichos han hecho á éste muy desgraciado, y puesto que hay esperanza de salvarle, recompensadle casándoos con él.

—Pensaré en ello y gracias—dijo estrechando con cordialidad la mano de Pablo.

Salió y cerró la puerta tras sí, prohibiendo á Pablo que la acompañase, con tan exquisita atención, con tan imponente ademán, que el joven quedó, á pesar suyo, mudo y paralizado. No estaba vencido, y sin embargo, se sentía vacilar, no la temía, pero hubiera querido observarla de nuevo bajo aquella nueva fase con que se le acababa de presentar.

Habló de ella con dulzura á Margarita y sin le-

vantar su prohibición, dejó á ésta esperar que acaso un día volvería á ver á la hermosa Diétrich; por vez primera empleó cierta dulzura al pronunciar este nombre, porque por primera vez Cesarina, prudente y dulce, le había parecido realmente hermosa. Aquel día Cesarina había dado verdaderamente en el blanco, librándose del ridículo de la pasión no correspondida; habíase librado de esta humillación en que estribaba la fuerza de su antagonista y había disminuido su confianza en mí.

Pablo tenía ahora dudas sobre la lucidez de mi juicio, y creía que quizá había querido yo prevenirle contra un peligro imaginario; así, pues, prohibió á Margarita que me hablase de la visita de Cesarina á fin de no alarmarme de nuevo.

El Marqués parecía entrar en convalecencia, cuando sobrevino una complicación que puso de nuevo en peligro su vida; entonces Cesarina concibió un proyecto inesperado y de que no me dió cuenta hasta que estuvo casi resuelto.

—Sabrás—me dijo—que antes de dos semanas seré Marquesa de la Rivonniere; ¡vamos, tranquilízate, que no te dé un ataque de nervios! Te vencerás de que esto es lógico cuando sepas lo que ha pasado hace tres días. Mr. de Valvonne, que es el mejor amigo del Marqués, ha venido á verme de

su parte y me ha dicho: «No hay que hacerse ilusiones; una consulta de los primeros médicos ha declarado esta mañana que el mal es incurable, que el Marqués vivirá tres meses todo lo más: se ha ocultado á su familia este parecer de los profesores, pero nos lo han dicho á Dubois y á mí, aconsejándonos que si el enfermo tiene algo que arreglar que le vayamos inclinando á ello. Esas precauciones eran inútiles: Santiago se sintió herido de muerte desde el primer instante y aguarda su fin con un valor estóico: á las primeras palabras que he aventurado ha cogido mi mano de un modo que parecía quererme decir: estoy pronto; y con una indicación me señaló dónde tenía sus papeles. Le he preguntado si tenía alguna recomendación que hacerme; ha significado que sí, y apoyando sus labios en mi oído ha murmurado: heredera Cesa.....

—«Comprendo; ¿queréis decir que instituíis por heredera á Cesarina Diétrich?

»Nueva señal de afirmación.

—»No aceptará—le dije;—es rica, y no necesita de vuestra fortuna.

—»Sí—dijo;—matrimonio *in extremis*.

»Le he hecho precisar su resolución, preguntándole de nuevo:

—» Creéis que aceptará vuestro nombre y vuestros bienes en vuestro último instante?

—» Sí.

—» Nadie puede asegurar que la última hora supuesta por un médico en un moribundo sea la primera de su restablecimiento. No habiendo querido ser vuestra compañera Cesarina ¿creéis que se arriesgue á serlo por una eventualidad?

» Yo hablaba así para darle una esperanza que no tenía ni él tampoco, y con los ojos me señaló mi sombrero y la puerta.

—» ¿Queréis que vaya á preguntárselo? — le dije.

» Me hizo con la mano una señal de impaciencia, y aquí estoy. No arriesgáis nada con ser su mujer; ni lo seréis ya más que ante la ley.

» Pregunté á Mr. Valvonne por qué el Marqués tenía ese deseo extraño de darme su nombre, porque en cuanto á su fortuna, tengo yo bastante con la mía y no había de frustrar las esperanzas de sus parientes, y el título de Marquesa no tiene para mí más atractivo que el de particular enriquecida por los buenos negocios de mi padre.

—» Hacéis mal — me dijo — en desdeñar las ventajas que el mundo otorga al rango, á un nombre ilustre; sin perder nada de la independencia que

disfrutáis, tendríais los privilegios de la nueva posición que hoy se os ofrece.

—» No es de eso de lo que habéis de hablarme — repliqué — sino del bien que yo pueda hacer con mi determinación á nuestro amigo. Vos que conocéis todos sus pensamientos, decidme si me engañaba cuando afectaba ante mí que no lastimaba su amor propio su papel de aspirante perpétuo.

—» Por el contrario, le era muy sensible — me dijo Mr. de Valvonne — y tengo la certidumbre de que su muerte se dulcificaría al verse libre de tan ridículo papel.

—» ¡ En ese caso acepto!

—» Eso es digno y generoso por vuestra parte. Voy á ver al instante á vuestro señor padre.

—» Vamos juntos; estoy segura de su consentimiento. »

Fuimos á ver á mi padre y ha cedido por otros motivos que los míos; dice que mi reputación se ha visto algo comprometida por las asiduidades del Marqués; y aunque esto no tiene importancia para mí, que desprecio siempre la calumnia, y creo que, cuando una mujer es pura, puede revolcarse en el cieno sin mancharse, ha sido una razón más para ceder; y he aquí, Paulina, por qué te decía que voy á ser Marquesa de la Rivouiniere.

Esto no estaba muy en mis sentimientos, y hallé en aquella buena acción, como ella la calificaba, algo de terrible: la necesidad para Cesarina de temblar apenas se indicase la menor mejoría en su marido. Si contra todas las previsiones curaba, ¿no le odiaría? y si se prolongaba su enfermedad, ¿no sentiría la misión que se había impuesto?

Ofendióse de mis dudas, y me dijo con altivez que yo no la había conocido nunca.

—Esto—me dijo—es consecuencia de las manías que tienes metidas en esa cabeza y de que tengo yo la culpa por haberte permitido hasta llegar á discutir en ciertas materias. Te has llegado á persuadir de que yo quería á todo trance casarme con tu señor sobrino y sigues figurándote que, si me caso con otro, voy á tener el corazón desgarrado de pesares. Mi querida Paulina, esa es una novela que ha podido exaltarte, porque eres algo romántica, pero yo soy más positivista que tú, y ya me cansa. Si necesitas datos para tranquilizarte te permito pensar que he querido siempre al Marqués de la Rivonniere, y que ha sido una torpeza en mí dejártelo ignorar.

Desde el momento que la vi anular con una negativa cuanto había dicho á su padre y á mí, no tenía nada que replicar. Publicáronse los edictos, é

informé á Pablo que no manifestó ninguna sorpresa, porque veía con frecuencia á Mr. Valvonne, y por él había sabido y aprobaba la conducta de Cesarina. Entonces me refirió la explicación que entre ambos había mediado, dándome á entender, aunque embozadamente, que yo había tenido algo de culpa en el papel ridículo que había él desempeñado en aquella intriga; yo lo creí hasta el punto de quererme persuadir de que Cesarina se había burlado de mis terrores, que no había tenido por Pablo más que una de tantas veleidades tan frecuentes en ella y que podía ser sin riesgo Marquesa de la Rivonniere. Así, pues, ¡victoria en toda la línea! Y nadie, ni aun el mismo Pablo, se atrevía ya á desconfiar de ella.

La debilidad extraordinaria del Marqués se disipó durante aquellas fórmulas obligatorias. Por otra parte, su mal había cambiado de aspecto; el pulmón había mejorado y permitía al enfermo hablar algo y pasar algunas horas sentado en su sillón. La enfermedad iba tomando un carácter misterioso que desafiaba á la ciencia; la sangre circulaba mal, pero la cabeza estaba segura á pesar de una fiebre continua. En cambio la hipocondría se iba apoderando del enfermo; el estómago no funcionaba y las noches trascurrían sin sueño. Ma-

nifestaba gran impaciencia, gran agitación, por más que todos estuviesen atentos á prevenir su deseo.

Su familia, en cuanto se le anunció el matrimonio, pareció mortificada y empezó á hablar mal de Cesarina; pero ésta les tranquilizó en breve haciendo constar en el contrato matrimonial que no aceptaba del Marqués más que su nombre y no quería ser usufructuaria más que de su palacio, si es que alguna vez le daba el capricho de ocuparlo.

Desde entonces la familia estuvo de parte de Cesarina y todo París se ocupó de su generoso desprendimiento.

La víspera de firmar el contrato, firmóse otro secreto entre Cesarina y el Marqués, siendo testigos Mr. de Valvonne, Mr. Diétrich, su hermano, el otro testigo que asistió al duelo y yo, contrato extraño, original, que no podía ser garantido más que por la buena fe del Marqués y por su palabra empeñada.

Por una parte, el Marqués, con generosidad nunca vista, exigía que Cesarina siguiera viviendo con su padre, diciendo que no quería tenerla por testigo de su agonía, exigiéndola sólo una visita diaria; y en el caso inesperado de curar, se obligaba á no vivir con su mujer, y á no verla siquiera

si ella no lo consentía. Ambas cláusulas fueron leídas, aprobadas y firmadas.

Como no se podía trasladar al herido, decidióse que el matrimonio se celebraría en su misma casa; el alcalde del distrito fué en persona á casa del Marqués, é invitóse también á los más íntimos amigos y parientes á presenciar la ceremonia. El Marqués quiso que uno de los testigos fuese Pablo y otro el vizeconde de Valvonne.

Debíamos reunirnos á mediodía en el palacio del Marqués: Cesarina llegó un poco antes de la hora; estaba hermosa, como nunca, con un traje tan rico en realidad, como sencillo en apariencia, y se había compuesto el rostro con la expresión dulce de que sabía revestirle en ciertas ocasiones. No llevaba más alhajas que un grueso collar de perlas. Su prometido le había enviado la víspera un magnífico estuche, que ella llevaba en la mano. El enfermo no se había presentado aun, porque por orden del médico, había exigido que no se le sacase de su cuarto hasta el momento oportuno.

Cesarina se encaminó en derechura á Mad. de Mouterme, su futura cuñada, que entraba en aquel momento, y entregándole el estuche que tenía en la mano murmuró:

—Tomad esto y guardadlo, son los diamantes

de vuestra familia y os los restituyo. Sabéis que yo no exijo más que vuestra amistad.

Cuando Pablo entró con Mr. de Valvonne, observé á Cesarina y sorprendí una ligera contracción en su fisonomía, que revelaba profundas emociones. Estaba conmigo en el hueco de una ventana; Pablo vino á saludarnos y Cesarina le dijo sonriendo:

—Desde ahora vuestra enemiga no existe, porque no teneis razón para serlo de la Marquesa de la Rivonniere. ¿Queréis darme vuestra mano?

Y cuando Pablo estrechó aquella mano que le tendía la joven, añadió ésta:

—Ya veis que os doy el ejemplo y me caso, me caso con el que me ama hace tiempo; ¡sé de una persona á quien debéis mucho más!

Pablo la interrumpió:

—Veo que continuáis siendo Mlle. Diétrich, porque seguís empeñada en labrar la dicha de las gentes, á pesar suyo.

—¿Sería á pesar vuestro? No os creía tan lejos de tomar una resolución tan noble.

—Sigue hablando Mlle. Diétrich; pero la hora de la transformación se acerca y la Marquesa de la Rivonniere no será curiosa.

—Y si recibe las lecciones que se le ofrezcan con

la misma donosura que Mlle. Diétrich, ¿la creéis perfecta?

—Lo será, nadie lo pondrá en duda.

Dichas estas palabras, la saludó y se alejó, de nosotras. Este breve diálogo se había sostenido con carácter de amistosa jovialidad, y Pablo parecía completamente reconciliado con ella. En cuanto á Cesarina, hubiérase dicho que no abrigaba por él más que el afecto que inspira un amigo de tercero ó cuarto orden.

Las personas que no habían visto al Marqués hacía algún tiempo, no le creyeron tan gravemente enfermo y aun se decían en voz baja que había exagerado su situación para apiadar á Mlle. Diétrich y hacerla consentir en un matrimonio *in extremis*.

Sin embargo, cambióse de opinión, y las murmuraciones se acallaron dando lugar á un sentimiento de terror, cuando el Marqués apareció sentado en una silla, en la que sus criados le trasportaban con precaución. Hubiera podido tenerse en pié algunos momentos, pero le estaba prohibido andar, y le trasladaban, aunque muy bien vestido para la ceremonia, sentado y envueltas las piernas en una rica manta de viaje. Aun así su figura era hermosa, pero su palidez imponía; su nariz

notablemente afilada y sus ojos hundidos, cambiaban la expresión de su fisonomía que había adquirido un tinte de austeridad amenazadora. Cesarina tuvo un movimiento de espanto y me oprimió el brazo; le había parecido más interesante con su aspecto de enfermo, porque aquel atavío de ceremonia en un hombre clavado en una silla, tenía algo de lúgubre.

Mr. Diétrich condujo á su hija cerca del Marqués; éste la besó la mano, pero haciendo un esfuerzo para llevarla á sus labios porque sus miembros parecían paralizados.

El alcalde se levantó, ocupó la presidencia y procedió á las formalidades de costumbre. Cesarina parecía dominar sus emociones con una calma admirable; pero cuando tuvo que pronunciar el sí fatal, turbóse y no acertó á murmurar una palabra. El alcalde que había hecho todas las observaciones con prudente lentitud, no quería pasar adelante sin que se repusiera la desposada porque necesitaba el sí suyo claro y definitivo. Cesarina parecía indispuesta y se pensó en darle algunos instantes para que se calmara.

—No, no es necesario — murmuró — no estoy indispuesta, sólo algo conmovida. Digo que sí, y lo diré tres veces si es preciso.

¿Qué había pasado por ella?

Durante la breve alocución del magistrado, Mr. de Valvonne de pié detrás del asiento que ocupaba Cesarina, le había dicho rápidamente una palabra al oído y esta palabra había obrado sobre ella como una descarga eléctrica; se había levantado con una especie de cólera, encadenándose irrevocablemente como por un acto de desesperación. Después, durante la ceremonia, mantuvo su continente tranquilo y su aspecto dignamente enternecido.

¿Qué le había dicho Mr. de Valvonne?

Estas tres palabras: «Pablo está casado.»

¡Ellas habían producido el efecto! Mientras los recién casados recibían las felicitaciones de todos los presentes, Pablo se acercó á mí y me dijo:

—Tía, tienes que perdonarme una vez más: me he casado ayer con Margarita; ya te diré por qué.

No pudo explicarse más, porque Cesarina venía hacia nosotros sonriendo con aire radiante.

—Dadme de nuevo la mano — dijo á Pablo. — La Marquesa de la Rivonniere os felicita y aprueba vuestra conducta. ¿Queréis ser su amigo y queréis que lo sea vuestra esposa?

—Con mucho gusto — exclamó Pablo besando su mano.

—Y bien—me dijo cuando la desposada se volvió hacia los otros interlocutores;—te habías engañado, tía, éramos injusta con ellos. Cesarina es una persona excelente, una mujer de corazón.

—Háblame de tu matrimonio.

—No, aquí no; iré á veros esta noche.

—¿Al palacio Diétrich?

—¿Por qué no? ¿Estaréis en vuestra habitación?

—Sí, á las nueve.

Los convidados, advertidos ya por el médico, se retiraron; el Marqués parecía tan fatigado que el mismo Mr. Diétrich y su hija le rogaron que se retirase.

—No—dijo el Marqués;—es preciso que vosotros os retiréis antes que todo el mundo; las conveniencias sociales así lo exigen; os llamaré quizá dentro de una hora para morir.

Cesarina se estremeció de terror y el Marqués dijo:

—No me compadezcáis: muero tranquilo, contento y convencido de que aún podría ocurrirme cosa peor si viviera. Más vale morir.

—¡Oh! ¡qué horribles palabras!—dijo Cesarina;—¿es decir, que seguís dudando de mí?

Él, hablando cada vez más bajo, murmuró:

—Mañana estaréis libre, Cesarina; no tenéis por qué mentir ante la muerte.

Así se separaron.

Llegó la noche y el Marqués no murió. Descansó, por el contrario, algo y Dubois fué á decirnos por la mañana que había pasado bien la noche y que no nos molestásemos.

—Sólo—añadió Dubois—que por dar gusto á su hermana ha querido recibir los sacramentos.

—¿Qué me decís, Dubois? Eso no puede ser—murmuró Cesarina.—Queréis engañarme.

—No, señora; el Marqués es filósofo y su misma posición le obliga á no querer pasar por desprevenido.

—Está bien, Dubois; le diréis que ha hecho bien.

Y en cuanto el criado hubo salido exclamó:

—¡Qué hombre tan singular! Aunque no tuviera otros defectos, esa misma hipocresía me rebelaría contra él, si en este momento no necesitara de la indulgencia de todos sus amigos además de la del sacerdote. ¡No sabe ya lo que hace!

—¡Cuánto le odias, pobre niña!—murmuré.—¡Ese odio le matará!

—No lo creas; vivirá y vivirá cuanto le agrade. Yo no soy capaz ni de odio, ni de amor; todo me

es indiferente; no creas que siento el lazo contraído; bien sabes que no quiero á nadie. Si el Marqués recobrase la salud, no le pertenecería más que durante el pasado.

—¿Y crees que tendría bastante imperio sobre sí mismo para cumplir su promesa?

—La ha firmado, y por lo menos me serviría para obtener una separación.

—¿Lo habías consultado de antemano?

—Naturalmente.

No cambiamos ni una sola palabra respecto á Pablo; recibió las visitas de costumbre y yo me fuí á mi habitación á ver á Pablo que me esperaba ya.

—He aquí—me dijo—lo que ha pasado, y lo que te oculto desde hace quince días; debo resumir aquí en qué términos estaba con Mr. de la Rivonniere al día siguiente del duelo. Me había acusado quizá delante de sus amigos de aspirar á la mano de Mlle. Diétrich, y al verme defender mi honor en nombre de mi amada y de mi hijo, se había arrepentido de su injusticia, y me estimaba, por lo mismo que no veía en mí un rival. Sin embargo, temía por el porvenir, porque había pensado en él durante las horas de mejoría; me envió á Mr. de Valvonne, que me dijo:

—Habéis casi matado á mi mejor amigo; sé que lo sentís, y que haríais cualquiera cosa por volverle á la vida. Acaso podáis lograrlo. La mujer á quien ama quiere apasionadamente á otro. Con razón ó sin ella, se imagina que ese otro sois vos. Si estuvierais casado, esa mujer os olvidaría; ¿no pensáis casaros con aquélla á quien habéis defendido con tanta energía?

Le respondí que el capricho de Mlle. Diétrich por mí me había parecido siempre una broma de mal género, repetida, quizá de buena fe, por personas á quienes el Marqués había tenido la candidez de participar sus sospechas.

—¿Y si esas personas no se hubiesen engañado?

—No tendría más que una palabra que responder; yo no estoy enamorado de Mlle. Diétrich, ni soy ambicioso.

—Esa respuesta, viniendo de un hombre tan delicado como vos nos basta, pero ahora nos permitiréis influir algo en obsequio de Margarita.

—Ahora que las faltas se han expiado tan cruelmente lo permito todo—exclamé.—Siempre he tenido intención de casarme con Margarita el día que la hubiese vengado, y ahora cuento hacerlo en cuanto logre que mi tía, que es mi segunda ma-

dre, consienta en esta unión. Aun no está bastante preparada, pero dentro de algunos días espero obtener su consentimiento.

—El Marqués cree que no cederá fácilmente á causa de la familia de Margarita.

—Si, á causa de su madre sobre todo, que era una mujer indigna, pero ha muerto; esta mañana he recibido la noticia, y el principal motivo de repugnancia no existe ni para mi tía ni para mí.

—Entonces haced lo que vuestra conciencia os dicte—repuso el Vizconde;—estáis en presencia de un hombre á quien habéis puesto entre la vida y la muerte, al que la inquietud mata aún más que su herida, y que tendría alguna probabilidad de vivir con dos seguridades que sólo dependen de vos. La una es la reparación y la dicha que podríais dar á una mujer de quien labró la desgracia; la otra, la de devolver la libertad de razón á la mujer á quien ama, é pesar de todo el mal que le ha causado. No me respondáis ahora, reflexionad!

Reflexioné, en efecto, y me dije que no debía consultar á nadie, ni aún á tí para el cumplimiento de un deber. Escribí al día siguiente á Mr. de Valvonne, que el primer edicto de mi matrimonio estaba expuesto al público en la alcaldía de mi

distrito. Corrió á buscarme, me abrazó y me hizo prometer que dejaría ignorar este hecho á Cesarina. Por esto os lo ocultaba á vos también, porque Cesarina es curiosa y os sabe sorprender. Ahora perdonadme y dadme vuestra aprobación, porque no es una calaverada, lo que he hecho; es un sacrificio al reposo de los demás empezando por mi hijo. Ya sabéis que no me he dejado arrebatar por la pasión, y que no es pasión lo que yo tengo por Margarita; he hecho un sacrificio también al hombre á quien he matado, porque estoy cierto de que no sobrevivirá y su mujer quedará bien pronto viuda; por último, es un sacrificio hecho también á la dignidad de Mlle. Diétrich. Su pretendida inclinación por mí, de que yo me he reído siempre, era un verdadero estorbo para la dicha del Marqués que, aún después de casado, pensaría que su mujer anhelaba el instante de ser viuda para casarse conmigo.....

Era fuerza concluir con estas suposiciones ofensivas para todos. Todas desaparecen con mi matrimonio. Creo que, desde ahora, vuestra discípula en quien reconozco cualidades que sirven de contrapeso á sus defectos, no tratara de hacerme bien; mi patrón, en cambio, acaba de asociarme á un negocio que nada valía y que por mí ha sido bueno.

Mis recursos, pues, bastan á las necesidades de mi familia: Margarita es dichosa, la Ferón está arrepentida y perdonada y mi pequeño Pedro ha recobrado el apetito y tiene dos dientes más. ¡Abrazame, pues, madrina, y dime que estás contenta de mí, porque yo lo estoy también!

Le abracé, le felicité, aunque en el fondo sentía aquella unión con una joven de mala educación, aunque de buenos sentimientos. Le oculté igualmente el placer que sentía al verle libre de Cesarina, cuyo peligro él no quería reconocer, y del que yo le creía ya preservado para el porvenir, aunque por desgracia nos engañábamos los dos.

Al día siguiente advirtiéndose una mejoría sensible en el Marqués; Cesarina y su padre le vieron un momento como estaba convenido, y él mismo abrevió todo lo posible la entrevista, y después que partieron dijo á Mr. de Valvonne que no se separaba de él:

—Creo que por fin viviré, pero mi curación será larga y no quiero ser objeto de desagrado para mi mujer; desearía no verla hasta que recobre la salud, y para ello sería bueno reducirla á que pasase el verano en el campo.

—¿Tenéis aun celos?

—No, Cesarina es demasiado altanera para

pensar en un hombre unido á otra, y demasiado honrada para engañarme. Estoy cierto de que llegaría á amarme, si no fuese ya un fantasma cuya vista espanta. Comprendo que no querrá dejar á París mientras esté yo en él y enfermo; será preciso que sea yo quien me marche. Decid al médico que deseo me recete un viaje; y como os dirá que estoy demasiado débil, respondedle que me hallo resuelto á arriesgar el todo por el todo.

El médico acogió bien la idea de su cliente, porque la vista de su mujer le producía una agitación fatal, mientras que cuando estaba lejos de ella veíasele en una calma que podía conducirle á la salud. Sin embargo, dijo que trasladarle en aquellos momentos era muy peligroso.

Mr. de Valvonne era enérgico, y miraba la irresolución como causa de todas las desdichas de la vida. Insistió de nuevo con el doctor, y en breve se fijó la partida, anunciándosela á Cesarina, que se ofreció á acompañar á su marido: éste rehusó, y partió en un wagón-cama en los primeros días de Julio para Aix, desde donde podría ir más lejos si se encontraba mejor. Viajar hasta la curación ó la muerte era su plan, y Mr. de Valvonne le acompañaba en unión de un médico.

Cesarina pasó todavía algunos días en París.

Su padre estaba impaciente por marchar á Mireval; pero ella le hizo esperar, fundándose en que antes de desaparecer por algunos meses le importaba dar á conocer su situación, de la que se hablaba con variedad en todos los círculos. En realidad tenía cierto orgullo femenino en darse aires de marquesa y verse así introducida en ciertos elevados círculos, de los que había vivido apartada por su nacimiento.

Habiase, pues, estudiado un papel de viuda resignada, que desempeñaba á las mil maravillas. Decía que no tenía esperanza de conservar la vida de su marido, pero que había hecho cuanto estaba en su mano para conseguirlo. No era su proceder hijo de un momento de compasión ni de una generosidad novelesca; le había considerado siempre como su mejor amigo, y había dicho que de decidirse al matrimonio sería con él. Así, pues, nada tenía de extraño aceptar su nombre en tan críticos momentos; pero no había aceptado más que su nombre, y así quería hacerlo saber á todo el mundo.

Repetió este tema diferentes veces y á distintas personas, y cuando creyó que el mundo estaba ya bien enterado, me dijo:

—Ya basta; ahora saben todos por qué soy

Marquesa de la Rivonniere; ¡yo soy la única que lo ignoro!

La comprendí demasiado, pero fingí no entenderla; sabía que había consentido en aquel matrimonio sólo al perder la esperanza de casarse con Pablo. Quería tranquilizar á éste y arrastrarle á la confianza, á la amistad: había calculado que en seis meses recobraría él la libertad dentro del matrimonio, y habría de hacer esfuerzos inauditos para separarle de Margarita fingiendo unirle á ella cada vez más.

Pablo había despreciado á la mujer que se le ofrecía, pero podía enamorarse de la que le unía á su compañera de la que ensalzaba sus cualidades.

De este modo había logrado destruir la desconfianza de Pablo, y no tenía más papel que desempeñar que el de parecer satisfecha por el nuevo giro que habían tomado los acontecimientos.

Sin embargo, maldecía aquella indigna comedia, aquella rehabilitación á tanta costa comprada.

Yo admiraba su fuerza de voluntad, porque sólo yo lograba sorprender sus momentos de desesperación y de lágrimas. Su padre nada sospechaba, y por otra parte nada hubiera podido averiguar. El resto de la familia se regocijaba de la nueva

posición de Cesarina, y Herminia daba veinte órdenes inútiles para venir á parar en ésta:

—¡Preguntádselo á la señora Marquesa!

Sus primas participaban un poco de esta vanidad: la mayor estaba casada y la menor decía:

—Mi hermana se ha casado con un cualquiera, porque no tiene amor propio; pero yo me casaré con un título ó no me casaré.

Beltrán, en cambio, no decía nada; sabía demasiado con quién tenía que habérselas; pero cuando Cesarina, después de haber dicho que tenía apetito, se levantaba de la mesa sin probar bocado ó cuando después de haber pedido el carruaje para salir á paseo, daba con abatimiento orden de desenganchar, me miraba con aire de reconvención y parecía decirme:

—¡Hubierais debido ser de su opinión; morirá por seguir la de los otros!

#### IV.

Dejamos por fin á París el 15 de Julio sin que Cesarina hubiera vuelto á ver á Pablo ni á Margarita. Mireval era elegante y bello: era un verdadero edén á pocas leguas de París. Mr. Diétrich

hacía en él grandes gastos para mejorarle cada vez más; y sus dispendios se encontraban recompensados por su amor á la Naturaleza y por los productos, cada vez mayores, que le rendía la posesión. Era realmente el bienhechor de todo el país: pero á decir verdad, sin su hija nadie le hubiera conocido ni le hubiese estimado. Su excesiva modestia, su desinterés, el desdén de su lenguaje y de sus maneras hacíaale pasar por orgulloso sin serlo, porque carecía de esa expansión simpática que seduce á la multitud; era verdaderamente un hombre digno sin apariencias, y su poca popularidad lo probaba.

Cesarina se afectaba al ver que en el país preferían á hombres que valían infinitamente menos y había sostenido serios debates con algunos diputados provinciales, probándoles que las verdaderas luchas por el bienestar de un país son las que valen una reputación, no las que sólo obedecen á un interés personal ó á un incalificable amor propio.

Se presentó por entonces una cuestión local de gran interés para el bienestar de los agricultores, y Cesarina se encargó de tener la voluntad ardiente que faltaba á su padre en aquellos momentos. Tenía necesidad de un combate, de una lucha para

posición de Cesarina, y Herminia daba veinte órdenes inútiles para venir á parar en ésta:

—¡Preguntádselo á la señora Marquesa!

Sus primas participaban un poco de esta vanidad: la mayor estaba casada y la menor decía:

—Mi hermana se ha casado con un cualquiera, porque no tiene amor propio; pero yo me casaré con un título ó no me casaré.

Beltrán, en cambio, no decía nada; sabía demasiado con quién tenía que habérselas; pero cuando Cesarina, después de haber dicho que tenía apetito, se levantaba de la mesa sin probar bocado ó cuando después de haber pedido el carruaje para salir á paseo, daba con abatimiento orden de desenganchar, me miraba con aire de reconvención y parecía decirme:

—¡Hubierais debido ser de su opinión; morirá por seguir la de los otros!

#### IV.

Dejamos por fin á París el 15 de Julio sin que Cesarina hubiera vuelto á ver á Pablo ni á Margarita. Mireval era elegante y bello: era un verdadero edén á pocas leguas de París. Mr. Diétrich

hacía en él grandes gastos para mejorarle cada vez más; y sus dispendios se encontraban recompensados por su amor á la Naturaleza y por los productos, cada vez mayores, que le rendía la posesión. Era realmente el bienhechor de todo el país: pero á decir verdad, sin su hija nadie le hubiera conocido ni le hubiese estimado. Su excesiva modestia, su desinterés, el desdén de su lenguaje y de sus maneras hacíaale pasar por orgulloso sin serlo, porque carecía de esa expansión simpática que seduce á la multitud; era verdaderamente un hombre digno sin apariencias, y su poca popularidad lo probaba.

Cesarina se afectaba al ver que en el país preferían á hombres que valían infinitamente menos y había sostenido serios debates con algunos diputados provinciales, probándoles que las verdaderas luchas por el bienestar de un país son las que valen una reputación, no las que sólo obedecen á un interés personal ó á un incalificable amor propio.

Se presentó por entonces una cuestión local de gran interés para el bienestar de los agricultores, y Cesarina se encargó de tener la voluntad ardiente que faltaba á su padre en aquellos momentos. Tenía necesidad de un combate, de una lucha para

distraerse de sus secretos pesares. Su matrimonio le daba derecho á una iniciativa más pronunciada.

Mr. Diétrich, que en otra ocasión se hubiera detenido ante el qué dirán, abandonó entonces á la Marquesa de la Rivonniere el arreglo de la casa, de los negocios.

Los numerosos colonos del Marqués que habían tenido que agradecer mucho á la bondad de sus administradores, temblaron ante la noticia de su casamiento, suponiendo que caerían en manos de Mr. Diétrich mucho más severo; pero cuando se convencieron de que Cesarina, que era la encargada, nada les exigía; cuando vieron que ni siquiera iba á visitar las propiedades, la miraron con reconocimiento, y desde aquel instante pudo disponer de su voto en absoluto.

Mireval había sido hasta entonces una verdadera soledad. Mr. Diétrich se había reservado aquel rincón de tierra para huir del bullicio del mundo; pero ya entonces Cesarina declaró que era preciso abrir las puertas á la multitud de electores del país. Mr. Diétrich se resignó suspirando, y la joven Marquesa organizó un sistema de recepciones incesante: no se citaba para ellas á causa del estado alarmante del Marqués y de su ausencia, pero se improvisaban á pretexto de haberse recibido buenas

noticias que, por desgracia, no se confirmaban al día siguiente.

A mí me gustaba Mireval: allí me indemnizaba del tiempo perdido en París, y no me agradaba verle invadido por un pequeño Versailles observador y curioso. En toda aglomeración las medianías dominan, y aquellas comidas diarias de cincuenta cubiertos, aquellas diversiones en el parque, me parecían odiosas. Sin embargo, no podía negarme á ayudar á Herminia en sus funciones de ama de casa, porque á pesar de su actividad, no era bastante para atender á todo; el marquesado de su sobrina habíale trastornado la cabeza, y todo le parecía poco para dar lustre á su nueva posición.

Mi intimidad con Cesarina iba siendo menor cada día, y desde el matrimonio de Pablo y el suyo, sus labios se habían sellado y su fisonomía permanecía impenetrable. No estaba bien de salud, y éste era el único indicio de la gran decepción soportada con valor heróico.

Debo decir que durante este período en que hizo esfuerzos inauditos para olvidar su pena, ó por lo menos para ocultarla, fué verdaderamente la mujer fuerte que quería ser, y yo, admirándola, sentí que se despertaba mi ternura por ella, y el dolor que me causaba su sufrimiento, redobló mi

abnegación y mi propósito de sacrificarle todos mis gustos y mi libertad.

Apenas tenía tiempo de escribir á Pablo; él me escribía poco también; estaba muy recargado de trabajo y me decía únicamente que estaban bien todos y que su mujer era dichosa, añadiendo que nada más podía apetecer.

Mr. de Valvonne escribía á Mr. Diétrich una vez por semana para tenerle al corriente de las alternativas del Marqués: parecía que soportaba mejor la actividad que el reposo y recorrían la Suiza en cortas excursiones. Cesarina parecía prestar mucho interés á estas cartas; pero, sin embargo, no respondía á ellas, dejando este cuidado á su padre. La Marquesa ocultaba con trabajo la aversión que le inspiraba Mr. de Valvonne.

Al cabo de dos meses de lucha, Cesarina venció, y su padre fué elegido diputado por considerable mayoría: había desplegado una actividad, una habilidad singular, de que se habló en todo el país con admiración por espacio de muchos días, y aquel triunfo, que no embriagaba á Mr. Diétrich, comenzaban á desilusionar á la Marquesa, porque muchas de las gentes que había tenido que poner en juego, demostraron no valer la pena de ocuparse de ellas lo que Cesarina se había ocupado.

Entonces pareció desencantada, triste, y monsieur Diétrich, que no la había visto enferma nunca, al verla decaer notablemente, se alarmó y se la llevó al punto á París.

Volvímos, pues, á casa, casi solas, porque todos nuestros amigos estaban en la estación de baños, y en realidad hacia mucho calor en la capital.

El Marqués iba mejorando visiblemente y Cesarina veía con dolor encadenarse indefinidamente su libertad; resignábase, y todos creímos que al fin y al cabo sería una buena esposa. El compromiso que había adquirido el Marqués de no reclamar nunca sus derechos, era para nosotros una garantía de que la Marquesa sabría recompensar aquella conducta delicada, cuando le viese curado.

La consulta médica disipó nuestros temores, porque los médicos aseguraron que Cesarina no tenía más que el abatimiento que produce una gran agitación, y le dispusieron un método higiénico, algunos recreos tranquilos, y paseos apacibles. Sometióse á estas prescripciones sin violencia, pero sin interés; pidió libros y se consagró en absoluto al placer de la lectura, como persona que quiere olvidarse de todas las cosas exteriores; yo la veía extractar notas, escribir mucho, y por último una mañana me dijo:

—¿Á qué no sabes lo que he hecho en todo este tiempo de reflexión y de soledad? ¡He escrito un libro! No es una novela, no, tranquilízate; es un resumen filosófico que no valdrá nada, pero que me ha entretenido. Leer mucho, escribir algo, hé aquí un modo digno de ocupar mi actividad; pero para que mi libro dé verdadero resultado preciso es saber si vale la pena de ser leído, y con este objeto he escrito á tu sobrino para que me dé su opinión, enviándole mi manuscrito. No creas que trato de imprimirlo, pero quiero saber si puedo continuar en estos trabajos sin perder enteramente el tiempo.

—¿Y qué ha respondido?

—Que había leído mi trabajo, pero que no tenía tiempo de hacerme una crítica extensa en una carta; que un cuarto de hora de conversación podría resumir todas sus opiniones, y que me dignase fijarle día y hora.

—Y le has fijado....

—Sí, este día y esta hora; le estoy esperando.

Como de costumbre, Cesarina me avisaba á última hora, cuando toda reflexión era ya inútil. Las dos sonaban en un reloj, y Pablo, que era puntual, llamó en aquel momento.

Yo observaba con atención á la Marquesa. Ni

siquiera le reprochó el no haber cumplido su palabra de visitarla y de permitirle tratar á Margarita. No le habló más que de literatura y de filosofía, como si continuase una conversación interrumpida la víspera.

En cuanto á él, estaba sereno como el juez que no existe más que para sus funciones de magistrado, y dió así cuenta de su cometido:

—Habéis hecho, quizá sin pretenderlo, una obra notable, pero no sin defectos; sin embargo, resalta en ella una cualidad especial, lo atrevido de la apreciación, que no carece de ingenio; pero hay detalles un poco pueriles que oscurecen vuestra obra. El examen de los efectos parece hecho por un colegial, y ocupa más espacio que el de la causa, lo que es un defecto grave. La apreciación del mundo y del corazón humano no está hecha de mano maestra, por más que allí colocáis, con una modestia excesiva, la desconfianza en vos misma. Volved á rehacer vuestra obra, sacrificad las tres cuartas partes de ella y haced un libro sólo con la última. Yo os respondo de que merecerá el elogio de la opinión pública. En cuanto á la forma, es correcta y clara, y en ella se advierte la energía fría y poderosa de la convicción que os domina.

—No me domina ninguna, y no he escrito esa

obra con impresiones determinadas, sino con independencia de espíritu.

—La independencia es una pasión como otra cualquiera, y la que más domina los entendimientos de nuestra época es, bajo una nueva forma, la pasión de la libertad de conciencia, que ha promovido tantas luchas.

—Tenéis razón—dijo la Marquesa—y me dais un rayo de luz; seguiré vuestro consejo, reharé mi libro, porque os he comprendido; ya lo veréis.

Pablo iba á retirarse, y ella le detuvo, diciendo:

—Tendréis que hablar con vuestra tía y yo soy la que me retiro. Tengo que dar algunas órdenes en la casa. Quedaos, y por si os retiráis antes que yo vuelva, adiós y gracias de nuevo.

Estrechó su mano con afecto y añadió:

—No os he preguntado por vuestra familia: pero Paulina os dirá que á ella le preguntó frecuentemente.

Parecióme cruel decir á Pablo que no me preguntaba jamás, porque ya no era mi deber prevenirle contra peligros que, si eran imaginarios, arrojaban sobre mí el ridículo, y lo único que hice fué preguntarle si no creía despertar los celos del Marqués viniendo á ver á su esposa.

—Está tan lejos de mi ánimo querérselos inspi-

rar—me dijo, que ni siquiera me ha ocurrido ese temor al venir aquí; pero si vos creéis posible ese peligro no volveré y vos seréis la intermediaria para las comunicaciones que hayan de mediar entre Mad. de la Rivonniere y yo, á propósito de su libro.

—Tu deber creo que sería escribir á Mr. de Valvonne para consultarle.

—Eso me parece harto pueril. Colocarme en esa situación terrible después de casado, lo creo ridículo para mí y ofensivo para esa pobre Marquesa á quien seguís culpando con demasiada severidad. Supongamos que no os habéis equivocado y que realmente haya tenido alguna vez la idea de llamarse Mad. Gilbert; de seguro que ahora está muy satisfecha con su nueva posición y sería seguir dando importancia al capricho de una niña. Si se registrara el pasado de todas las mujeres, se encontrarían en ellas infinitos caprichos de esos tan extravagantes como inocentes. Por favor, tía, dejárame olvidar todo lo pasado y apreciad á la mujer que se rehabilita y con una conducta seria y digna trata de reparar los delirios de una imaginación infantil.

¿Debía yo insistir? ¿Debía prevenir á Mr. Diétrich, á la sazón ausente, y advertir á Margarita

que viviese alerta? ¡Oh! no, no tenía derecho para comprometer así la tranquilidad de todos, tanto más cuanto que yo había dejado de dirigir á Cesarina y la responsabilidad no era mía: pertenecía en absoluto y yo no me había comprometido con su marido á velar por ella. Por otra parte, Pablo podía ver más claro que yo. Cesarina, ambiciosa y preocupada con trabajos de imaginación, quizá había dejado de pensar en él.

Viéronse muchas veces, y Mr. Diétrich, cuando volvió, los encontró en relaciones amistosas de apariencia tan casta y tan digna, que no concibió la menor inquietud. Además proponíase hacer viajar á su hija, pero ésta dijo que se encontraba bien en París y que en él hallaba la soledad que apetecía para trabajar.

Parecía tranquila, dichosa; no tenía ya afán por las reuniones, y en medio de París vivía en absoluto retiro. Como casada, sus antiguos pretendientes la habían abandonado; y ella se había formado un círculo de amigos, notables todos en las ciencias, en la literatura ó en la política. Ningún hombre ligero, ninguna mujer de moda, volvió á pisar el palacio Diétrich, y Pablo, con su porte modesto y digno, no desdecía de la severidad de aquel cuadro; parecía tener gran placer en las

discusiones literarias que Cesarina tenía el arte de someterle, y en aquel círculo se le tenía en mucho, con lo que Cesarina consiguió al fin hacerle brillar sin que él sospechase el auxilio que le prestaban.

Al fin del invierno su intimidad estaba establecida sin emoción, sin violencia, y Cesarina le rogó que llevase á Margarita; pero Pablo se opuso exclamando:

—Margarita es demasiado impresionable, y no tiene experiencia bastante para salir de la esfera en que se encuentra dichosa.

En la primavera, Pablo, cuya posición mejoraba cada día, pudo alquilar una linda casa de campo, donde vivían su mujer y su hijo, en compañía de Mme. Ferón, y á la que él iba todas las noches, volviendo todas las mañanas. Antes de partir, dejaba regado su pequeño cuadro de plantas, que tenía el placer de cultivar por sí mismo, siendo su única ambición poseer una hectárea de tierra, y contando comprar para el año siguiente aquella casa que entonces tenía en arrendamiento.

Salía de su trabajo á las cinco, comía en París, iba á vernos, y en cuanto daban las nueve, por interesante que fuera la conversación pendiente, desaparecía para tomar el tren que le transportaba á los brazos de su familia.

Algunas veces comía con nosotras y algunas otras personas de las que frecuentaban la casa con más intimidad.

Un día que le esperábamos á comer recibí un billete suyo concebido en estos términos:

«Estoy aterrado, tía; Margarita me envía á decir que Pedro está malo; no puedo ir; disculpadme con la señora Marquesa.»

—Toma mi carruaje—me dijo Cesarina al saberlo—ve á casa de mi médico y llévate á casa de tu sobrino. Yo te acompañaría si no esperase gente; pero llévate á Beltrán, y él irá á la botica y á cuanto necesitéis.

Así lo hice y encontré al niño gravemente enfermo, á Pablo casi desesperado, y á Margarita medio loca: el médico de la localidad, que había sido avisado, consultó con el que yo llevaba, y estuvieron conformes en que el niño estaba atacado de la viruela; le hicieron las prescripciones de costumbre, y se retiraron sin darnos grandes esperanzas de curación.

Permanecimos todos consternados en torno del enfermo, y Cesarina se nos presentó á las diez, vestida aún como lo había estado en su salón, hermosa y llevando la esperanza en su sonrisa.

Instalóse á nuestro lado, y rogó á Pablo y á Mar-

garita que nos dejaran velar al niño, retirándose ellos á descansar, porque decía que la estancia era demasiado pequeña para aglomerarse gente.

Desnudóse, se puso una bata que llevaba prevenida, instalóse junto al lecho, y allí estuvo toda la noche y todo el día siguiente, hasta que el niño estuvo fuera de peligro.

Estuvo verdaderamente admirable, y Pablo, como nosotros, tuvo que aceptar su autoridad. Había entrado en aquella casa en que dominaba el terror como un presagio de esperanza; y en efecto, nos la comunicó y nos dió la presencia de ánimo, la confianza necesaria para conjurar el mal; cuando nos dejó, éramos dichosos y bendecíamos su intervención providencial.

Yo tuve que quedarme aún algunos días para cuidar á Margarita, que con la inquietud y el pesar había caído enferma á su vez. Cesarina volvió á verla, reanimó su espíritu conturbado, y manifestó un interés por ella que envaneció á mi pobre sobrina.

Tranquilizó á Pablo, que apenas libre de un cuidado, caía en otro, y se hizo simpática á madama Ferón, con quien hablaba de las cosas más vulgares en un lenguaje que no parecía propio de aquella mujer superior.

Esta seducción se extendió hasta mí, porque en

nuestros diálogos no desmentía su conducta exterior, y habé de persuadirme de que estaba curada de su orgullo y de su pasión. El reconocimiento de Pablo hacia ella tenía algo de sagrado, y una previsión del peligro me hubiera parecido un insulto para los dos.

Entretanto la Marquesa había logrado lo que no consiguió Cesarina; mejorar la suerte de Pablo, porque sin que él lo sospechase, hizo que su padre influyese en los negocios de Mr. Latour, que á consecuencia de algunas pérdidas, quería economizar gastos; y Mr. Diétrich, prestándole una suma importante, le arrastró por el contrario á extender sus operaciones.

Cesarina les había dado por lo tanto pan y reposo, había sido enfermera de la madre y del hijo, y se había apoderado de la confianza y el afecto de todos. Aunque Pablo había jurado sustraerse á su solicitud, se había entregado á ella, y, lejos de sentirlo, era dichoso por haberse dejado conquistar.

Una sola persona, confiada hasta entonces, Margarita, sin otra luz que su instinto, adivinó la fatalidad que la envolvía, y le fué doblemente amarga por lo mismo que adoraba á la Marquesa y no la acusaba de nada; sus celos estallaron de una manera distinta de lo que habíamos esperado, y un

día la encontré bañada en llanto, y aunque me resistí, no tuve más remedio que oír sus quejas.

—Ya lo véis—me dijo—me creíais dichosa, y lo soy mucho menos que antes de este matrimonio tan deseado. Pablo, que tiene más tiempo para ocuparse de mí, cree hacerme un beneficio enseñándome á razonar, y esto, por el contrario, me mata, porque comprendo cosas que ni siquiera sospechaba, y todas son tristes, todas me acusan ó me afligen; no me habla del bien ó del mal sin que yo recuerde el de mi pasado, que quisiera olvidar por lo mismo que ha estado á punto de costarle la vida á Pablo, y casi costó la vida á otro hombre. Pablo es bueno; hoy estima al mismo que aborrecía antes; pero no me quiere lo bastante para consolarse de todos éstos males que por mí ha sufrido. Ahora veo que no basta á una mujer ser hermosa y amar hasta el sacrificio á un hombre; es preciso también tener talento ó instrucción para no aburrirle después. ¡Ah! yo antes ignoraba eso; creía que debía ser feliz conmigo y con su hijo, sin más que porque le amábamos, y le decía:

—¿Con quién has de ser más feliz que con nosotros?

Él no debía pensar lo contrario, porque me decía:

—Con nadie, y ya ves que soy feliz, puesto que no os dejó más que para cumplir con mi obligación.

Hoy podría comer todos los días con nosotros, y no come ni hay quien le traiga antes de las nueve á su casa: ya no va á acariciar á Pedro cuando está dormido; pero por la mañana se lo lleva al jardín, y algunas veces le he sorprendido cubriéndole de besos y de lágrimas. Si alguna vez he tratado de preguntarle, me responde siempre con dulzura, pero con la misma me riñe por mi curiosidad. Yo canto, río, trabajo, hago cuanto puedo por distraerme, y todo va bien cuando el niño está despierto y puedo ocuparme de él; pero cuando cierra sus azules ojos, el cielo se nubla para mí. Mme. Ferón se acuesta también temprano, porque Pablo me ha prohibido hacerle confianzas y se aburre de mi silencio, y yo me quedo hasta que vuelve mi marido, que tarda dos horas, que me parecen dos años. No sé por qué esas dos horas que me roba, porque podría pasarlas á mi lado, me vuelven loca, me vuelven injusta. Sueño con desgracias imaginarias, y miro por la ventana, como si desde aquí pudiera mi vista salvar la distancia y penetrar lo que hace en París. Sé que va generalmente á veros y esto es natural; vos sois para él una madre:

cuando vuelve, le pregunto que si os ha visto, y me dice que sí; él no miente jamás: le pregunto que si ha visto á la Marquesa, si estaba hermosa, si había gente en su casa, y á todo me dice que sí; y variando la conversación, me hace referirle todo lo que ha dicho el niño durante el día; y como parece tan dichoso al hablar de él, yo no me atrevo á hablarle de mí. Algunas veces estoy pálida, llorosa, y él ni siquiera lo percibe, ó si se fija en ello, no pregunta por qué. ¡Ah! Os aseguro, tía, que soy muy desgraciada, y, sin embargo, no me atrevo á confesarle que me pesa la vida, que quisiera morir; temo darle un disgusto, aumentar el que tiene, porque tiene alguno, tía, no lo dudéis, y quizá es aún más digno de compasión que yo!

Aquel día Margarita no me dejó entrever celos de la Marquesa; pero otra vez ya se reveló más claramente á la misma Cesarina.

Habían pasado algunas semanas desde la enfermedad del niño.

Cesarina iba á verla todos los domingos, y pasaba con Pablo y conmigo una parte de aquel día que Pablo consagraba enteramente á su familia. Durante la semana había éste adquirido la costumbre de comer los martes y sábados en el palacio Diétrich, así como la de pasar una hora en

nuestra compañía todas las noches: éste era el gran pesar de Margarita, que yo encontraba injusto, y no quise decir de él á Pablo ni una palabra, esperando que ella reconocería su injusticia y no trataría de encadenar tan estrechamente á un hombre que le había probado ciegameute su cariño.

Sin embargo, empezaba á alarmarme el abatimiento que en ella notaba, y aunque la Marquesa lo percibía igualmente, no la preguntaba, porque ella, mejor que nadie, conocía la causa de su pesar. Margarita tenía necesidad de ser preguntada como todos los niños que tienen un pesar, y no sabía ser feliz si no se ocupaban de ella. Hablar de sí misma, ocuparse de ella, juzgarse, arrepentirse y volver á hacer lo mismo, tal era su vida; y desde que la Ferón no era su confidente, desde que Pablo se había casado con ella, encontrábase aislada, y tempestad sorda se agitaba en su corazón. Un día que estábamos en su jardín y Pablo se había quedado fuera, rompió ya el dique, y preguntó á Cesarina:

—¿Tanto se divirtió anoche Pablo en vuestra casa, que no alcanzó el tren y no vino hasta las once y media, á pie, y por senderos harto peligrosos?

—¡Cómo!—exclamé;—¿habéis estado inquieta?

—¡Ya lo creo que lo he estado! ¡Un hombre solo y á pie por esos caminos donde no se encuentra un alma! Deberíais haberle hecho venir más pronto. Cuando no llega á la hora del tren, cada minuto que pasa se me figura un siglo.

—Hija mía—murmuró Cesarina con dulzura admirable;—ya lo procuraremos en adelante, y refiemos á Beltrán cuando atrasen los relojes.

—Podríais adelantarlos—repuso Margarita, siempre con acritud—porque tanto se divierte en vuestra casa que me olvida.

—En mi casa no hay diversiones, Margarita; es una reunión de gente muy formal.

—Precisamente entre esa gente es como él se divierte; ¿pero podréis hacerme creer que no van damas á vuestra casa?

—Os han engañado; á mi casa no va ninguna mujer.

—¡Aunque así sea, estáis vos que valéis por ciento!

—Sois muy amable; pero creo que no estaréis celosa de mí.

Margarita miró á la Marquesa como con terror, y después inclinó sus ojos ante la mirada límpida y serena de Cesarina. Entonces cayó de rodillas, y besando sus manos murmuró:

—¡Hermosa señora, vos sois mi ángel bueno sobre la tierra! Vos me habéis casado, porque estoy segura de que os lo debo á vos; os debo además la vida de mi hijo, su hermosura, que quizá sin vuestros cuidados hubiera perdido, y nunca olvidaré cómo le habéis asistido sin temor á esa horrible enfermedad. ¡Oh! verdaderamente sois un ángel y en vano querría deciros cuánto os amo; pero eso no impide que tenga celos de vos. Vos estáis joven como á los diez y seis años, mientras yo he perdido casi mi hermosura. Vos tenéis para aparecer más bella trajes magníficos que yo ni aun sabría llevar aunque los tuviera. Cuando me pongo sencillamente un lazo en el pelo, Pablo es el primero que me dice:

—«Quitate eso; estás mejor con tu cabello solo.»

Pero mi pobre cabello se cae; he perdido ya más de la mitad, y si, como todas las demás, me pusiera moño mostizo, segura estoy de que Pablo se burlaría de mí, y me diría:

—«Quitate eso; yo no te quiero por la hermosura, sino por el corazón.»

Y esto es verdad; ya no me quiere por mi cara, se ha acostumbrado á verla, y me profesa un cariño amistoso que bastaría á hacerme feliz, si yo creyera que Pablo no era capaz de sentir amor por

otra mujer. Él lo asegura así; dice que no comprende cómo pueda un hombre entregarse á una mujer, sólo porque tiene ojos hermosos y un vestido rico.

—¡Creo—murmuró Cesarina sonriendo de una manera extraña—que os dice la verdad!

—Sí, pero eso no impide que cuando está al lado de una muchacha de buenos ojos, de ricos vestidos, y además amable y buena, se muestre elocuente, entusiasta, como puede estar cualquier hombre al lado de una mujer. A pesar de eso creo que no os amará con una pasión vehemente y esto es lo que me digo todas las noches cuando él está en vuestra casa y yo esperándole.

—Hacéis mal en decir ni aun eso—murmuró Cesarina sin otra emoción que un visible disgusto;—posible es que no tengáis conciencia, ni respecto á las cosas más santas. ¿Creéis que si vuestro marido tuviese una inclinación por mí, no la hubiera yo notado?

—Quizá no. No os enfadéis conmigo; ¡pero Pablo es tan raro, tan diferente de los demás hombres! Hay muchos que no valen lo que él, pero son más francos, dejan ver sus impresiones, mientras que Pablo con su talento, su valor y su paciencia, todo lo calla, no deja comprender nada.

—Me parece—repuso Cesarina con una ironía de que Margarita no se apercibió—que queréis como hacer una alusión al pasado, y parece que poniendo á vuestro marido en parangón con el mío manifestáis el recuerdo de otra pasión menos pura pero más viva que la amistad.

Margarita se sonrojó, pero sin renunciar á explicarse sobre aquel asunto tan delicado para ella. Yo admiraba aquellas dos naturalezas tan opuestas; la una reuniendo todo el imperio de que es capaz una mujer para con los otros y para consigo misma; la otra incapaz de razonar, sin defensa, obligada por la naturaleza de sus impresiones á oírlo todo, á revelarlo todo.

—Tenéis razón—dijo—en burlaros de mí, pero me parece harto cruel evocar tan triste recuerdo, cuando el presente le ha borrado hasta de la memoria. Sin embargo, á vos os puedo hablar de todo, y ved si tengo razones para estar celosa de vos. ¿Creéis que hoy ignoro por qué me dejó el Marqués? Me dejó porque os amaba. Aunque Pablo no ha querido confesármelo, por palabras sueltas que he podido recoger, me he convencido; por despecho con vos, me buscó; por volver á vos, me dió al olvido. Lo que me ha sucedido una vez, puede sucederme dos. ¿Y quién sabe si mi suerte

es deberos todo el mal que me aguarda en la vida?

Yo entonces me apresuré á exclamar:

—Deliráis, Margarita. Olvidáis que la Marquesa de la Rivonniere no se pertenece, y la faltáis al respeto ultrajando á vuestro marido. Admirada estoy de la paciencia con que mi amiga os escucha, y no sé lo que Pablo os diría si pudiera oiros.

—¡Ah! No se lo digáis—murmuró aterrada.—  
¡Entonces estoy perdida!

—Tranquilizaos, no quiero perderos, ni quiero hacerle desgraciado á él, obligándole á lamentar su matrimonio.

Margarita lloraba amargamente; la astuta Marquesa la animó, la consoló, diciéndome que no la riñese, que era preciso y conveniente persuadir y no asustar á los niños, y Margarita sollozó, la cubrió de besos y de lágrimas, la pidió perdón y juró no volver á incurrir en semejante desvarío.

Como en aquel momento viese llegar á Pablo, echó á correr hácia el fondo del jardín para ocultarle sus lágrimas. Él las conoció, sin embargo, y al día siguiente me escribió una carta concebida en estos términos:

«Mi pobre Margarita está enferma, enferma de espíritu sobre todo; la he interrogado, y como

no sabe mentir, sé que ha dicho cosas terribles á la Marquesa de la Rivonniere; se también que ésta se ha conducido con prudencia, no viendo en mí pobre Margarita más que á una niña loca; sé que se resignaría, que tendría paciencia, que su piedad sería inagotable; pero aquí sé vuelve á desportar mi altivez antigua, ó más bien mi prudencia de siempre, y quiero ser solo á cuidar á mi enferma; por lo tanto, me abstendré algunos días de ir á Paris, y en caso, algún día, á cosa de las cinco, iré á presentaros mis respetos, no permitiéndome por ahora comer en casa de la señora Marquesa, ni asistir á su tertulia. Rogadla que sea un poco menos amable, esto es, que no eche de menos mi presencia durante una semana ó dos. Preciso es enseñar á esta pobre niña á que no ultraje á la que en el fondo respeta. No os atormentéis por nada de esto, tía querida; yo sé muy bien cuidar enfermos, y no hago desgracias de las pequeñas contrariedades de la vida. Mis respetos profundos á nuestra amiga y toda mi ternura para vos.

PABLO. »

—¡Es bien desgraciado tu Pablo!— me dijo Cesarina cuando le di conocimiento de esta carta;—

se obstina en ceder y será mucho peor. Esa pobre muchacha no pensará bien de los otros, porque ha perdido el derecho de pensar bien de sí misma. No cambiará: ninguna mujer, por fuerte que sea, se levanta de una caída, y cuando es débil, mucho menos. La debilidad, de que se avergüenza, la arrastra á querer ver en los otros la misma falta, y si lograra sorprenderla en mí, á la par que irritada, la verías dichosa.

—¿Y no temes verte en igual caso que Pablo? ¿No te has casado tú también por generosidad?

—Me he casado con un muerto, y no es lo mismo. He tomado mis precauciones además para que ese muerto, si revive, no reviva para mí, y no he hecho alarde de sensibilidad ridícula. Creía dar un gran golpe, y le hubiera dado, si Pablo no hubiera destruido mis cálculos, casándose con esa muchacha.

No me atreví á pedirle explicación de tan misteriosas palabras, temiendo verla arrojar por tierra el pedestal sobre que se había colocado; pero estaba cansada de callar; la expansión de Margarita había hecho estallar su despecho y la serenidad de la Diosa se había turbado con aquel incidente pueril.

¡Cesarina como Margarita tenía necesidad de hablar y á pesar mío, habló!

—¿No quieres comprenderme?—repuso irritada de mi silencio.

—No; quiero mejor estimarte.

—¡Cruel! Hace tiempo que te ries del castigo que crees me ha impuesto el destino. Me crees vencida, ¿no es verdad? Pues bien, te engañas; he querido ser amada por Pablo Gilbert y lo soy.

—¡Mientes!—exclamé sin poderme contener;—su amistad por tí es tan pura como todos los sentimientos de su alma.

—¿Y quién te dice que no lo sea?—repuso con altivez.—¿Acaso has creído que yo descendería á hacerle culpable y serlo yo misma?

—No; pero crees torturar su razón, trastornar sus sentidos.....

—No trato de saber si los tiene y si mi imagen los trastorna; vivo en una esfera de ideas y sentimientos en que no tienen cabida preocupaciones ridículas. Deberías saberlo, y al olvidarlo te haces poco favor á la vez que me ofendes á mí; he querido ser el más noble, el más puro afecto de Pablo. ¿Crees que no lo he conseguido?

—¡Si lo has conseguido, será una obra de desgracia, de destrucción! Ocupar el lugar de la mujer

legítima en el corazón y el pensamiento del esposo, es cometer, en la alta y funesta región que pretendes habitar, un doble adulterio, un doble crimen. Es jugar doblemente con todos los afectos de familia, desconocer las nociones de todo sentimiento generoso, y es, finalmente, querer acallar con sofismas la propia conciencia. Este es mi juicio, esta es mi opinión; si tú no puedes oírla sin enojos, separémonos; ¡estás ya demasiado descubierta para que yo te estime!

—Cuando te irritas, eres intolerante—me dijo friamente.—Tranquilízate; tú me dices tus verdades con furor y yo te diré las mías con sangre fría. Puede que sea algo romántica, pero pretendo serlo con dignidad, con éxito, mientras que tú, infeliz, no comprendes nada del amor ni de la familia. Como no has amado nunca, has creído que toda la virtud consiste en no amar. Reconozco que has evitado con dignidad ese escollo y no has dado á nadie el derecho de encontrarte ridícula; pero en cuanto á la ciencia del corazón humano, te es enteramente desconocida, y no puedes ver por encima de las barreras que te ha levantado la falta de ocasión para estudiar en tí misma. ¿Crees, sin duda, que el haberme yo comprometido á ser esposa de Mr. de la Rivonniere, esposa de nombre

nada más, debo á mi esposo más consideración que la de ser honrada? Yo no lo comprendo así, y él mismo no se atrevería á penetrar en el santuario de mi pensamiento. Pablo no engañaba á Margarita como yo no he engañado al Marqués; le ha dado la protección que le debía, pero su pensamiento, su alma, son míos. ¿Y pretendes que ame á esa mujer que ni por su nacimiento, ni por su educación, ni por su falta de virtud es digna de él? ¡Tu conciencia te grita que mientes! Si yo amase al Marqués que se envileció al producirse como se produjo con Margarita, descendería de lo que soy, porque nunca he tenido afición á nada vulgar. Amo á mi marido como Pablo ama á su mujer; son dos personas de otra variedad de la especie humana, y les concedemos aquello á que tienen derecho: Pablo la protección, yo la pureza; pero eso no quita que él y yo abriguemos un amor ideal, que ya es tarde para combatir! Dile cuanto tu prudencia te pueda sugerir contra mí; no te creerá, no te comprenderá, y aunque se finja convencido, quedará la duda en su corazón.

Después de estas palabras, que me dejaron atónita, se retiró á escribir á Pablo, al que dijo que aprobaba su conducta de cuidar por sí solo á su compañera; que respetaba su deseo de no verse

en algún tiempo y que perdonaba todo lo que había dicho la madre del interesante Pedro. Después había tres páginas de posdata pidiendo la opinión de Pablo sobre algunas obras literarias. La correspondencia se hizo frecuente con este motivo, obligándole á escribirla todas las noches, ya que se privaba de verla.

Una mañana Margarita se presentó de repente en nuestra casa. Pablo la había llevado á París para algunas compras, y ella se había escapado por ver á la Marquesa, rogándole que no la descubriese.

—Sé que le desobedezeo—murmuró—pero no puedo vivir así, sin pedir os perdón. Sé que no me queréis mal, pero yo en cambio me detesto por mi proceder indigno; vos sois un ángel y Pablo es tan bueno..... Cuando ha visto que vuestras cartas me atormentaban, me las ha enseñado; no he comprendido gran cosa de ellas, sino que le felicitáis porque se queda conmigo y que me amáis siempre. Pero ahora escuchad; yo no puedo aceptar el sacrificio que me hace, de trabajar en un cuarto sin aire, sin ventilación para deciros por cartas lo que le preguntáis, dándole ocasión á que os muestre su ingenio que tiene que mortificar conmigo. No, no quiero hacerle desgraciado y tenerle prisionero.

nero; se lo he dicho y no quiere creerme. Así, pues, llamalle vos, decidle que le necesitáis, que á vos no sabe él rehusaros nada.

—Yo no puedo decirle lo que no es verdad—repuso Cesarina.—No le necesito para concluir mi trabajo, y le consulto únicamente para tranquilidad de mi conciencia. Cuando haya concluido mi obra, se la enviaré, y para esto basta entendernos por escrito.

—No, no es lo mismo. Él necesita veros, hablaros; yo no sé entretenerle, mientras que vos tenéis tanto talento....

Margarita tenía costumbre de humillarse para que el elogio la realzara á sus propios ojos, y era muy avara de este género de consuelo. Cesarina se lo otorgó, pero con tan profunda ironía, que la pobre, á pesar de su ignorancia, lo comprendió y dijo:

—Me decís todo eso por compasión, pero no lo sentís: veo que os cause y no volveré, pero atraed de nuevo á Pablo á vuestras comidas y reuniones. ¡Eso es todo lo que os pido!

—¿Es decir, que ya no estáis celosa?

—Por el contrario, lo estoy siempre; cuanto más os miro, más me convengo de que es imposible no amaros; pero por necia que me creáis, ten-

go más fuerza de voluntad de la que suponéis y de la que supone Pablo mismo; ya lo veréis con el tiempo. ¡Soy capaz de amarle hasta el punto de hacer un deber, una virtud, una dicha para mí de mis celos!

—Es extraño lo que ha dicho—observó Cesarina cuando estuvo sola conmigo;—se expresa de un modo que la haría honor si fuera capaz de sentirlo. Amar á Pablo hasta bendecirme por inspirarle un amor que ella no pueda inspirar, sería un sacrificio tan sublime que la ensalzaría á mis ojos; pero se alaba en vano la pobre criatura, y aunque abrigue alguna noble intención no depende de ella realizarla; tales heroísmos no son propios de naturalezas vulgares.

—¿Quién sabe, heroica Cesarina?—la dije.—Hay una cosa que no ignoran á veces esas naturalezas tímidas y que todos tus trabajos metafísicos no te enseñarán jamás.

—Y esa cosa es....

—¡La abnegación!

—Pues entonces, ¿qué he hecho yo en mi vida? Yo creía no haber hecho más que sacrificar mis gustos....

—Para satisfacer tu orgullo y tu amor propio! La abnegación de sacrificarte por otro no la cono-

ces, no la conocerás jamás; eso está más al alcance de Margarita que de tí.

— ¡Todavía vas hacer de ella una mártir, una santa!

— Lo que acaba de hacer suplicándote que atraigas á su marido, precisamente en esas horas en que ella está inquieta, aburrída, es ya hartó generoso. Tú no quieres creerlo, pero yo no puedo negarte que me ha sorprendido.

— Pues no hay razón para ello; Pablo se aburre en su compañía; ella teme que se aburra demasiado, y le busca una distracción sin peligro, como mi sociedad.

— ¿Tratas de rebajarla, cuando estás quizás más celosa de ella que ella de tí?

— ¿Yo celosa?

— Aún más que eso; la odias, puesto que la insultas.

— No puedo odiarla, porque la desprecio.

— Entonces toda esa bondad que finges para fascinarla es hipocresía de tu carácter dominador.

— La compasión puede muy bien uuirse al desdén; el sufrimiento noble inspira respeto, y la compasión es la limosna que se ofrece á los cobardes y á los débiles.

Cesarina esperaba que Pablo iría aquella noche y no fué. Por sincero que pareciese el arrepentimiento de Margarita, no volvió á presentarse en nuestra casa sino muy rara vez, para hablar breves palabras de la obra de Cesarina, que comenzaba á imprimirse. Reconocía las mejoras que la autora había hecho en su obra; pero no ocultaba que aquellas reformas no daban el bello conjunto que se había prometido. Cesarina no había conseguido todo lo que se esperaba; no era cosa de obligarla á comenzar de nuevo su trabajo, y como yo reprochase á Pablo que faltaba de este modo á la probidad literaria, me dijo:

— No veo la razón de por qué la señora Marquesa había de hacer una obra maestra; la falta ha sido mía al suponerla capaz de ello. Ella me ha pedido mi opinión, se la he dado y he cumplido. La he señalado los defectos, los he discutido con ella, y la he indicado las obras que en mi concepto debía consultar. Me ha dicho que deseaba tan sólo hacer un trabajo que no fuera un desatino; lo ha conseguido, y no tengo derecho de ser más severo exigiendo lo que de seguro no puede dar de sí. Se hablará de su libro, se leerá sobre todo en su círculo de amigos, y esto es todo lo que se propone.

A pesar de nuestras querellas, yo amaba de veras á Cesarina, y quizá la amaba doblemente por que la veía extraviarse. Era evidente para mí que Pablo no sentía por ella más que una amistad desinteresada, no el sentimiento romántico que ella se hacía ilusión de inspirarle.

Pablo era capaz de un afecto profundo, de un reconocimiento superior; pero en mi concepto no tenía la necesidad que le atribuían Cesarina y Margarita de apasionarse por un ideal.

¿Qué sería de Cesarina si no lograba encontrar satisfacción á su amor propio en el cultivo de las letras? A mí no me engañaba su apariencia modesta; yo conocía que aspiraba á los grandes triunfos, que se fijaba sobre todo en estos dos resultados: el brillo del mundo y Pablo vencido por su genio.

Yo hubiera deseado que á falta de uno de estos dos resultados consiguiera el otro; traté de advertirla, y con permiso de Pablo le hice conocer su opinión.

—Comprendo— me dijo;—impresa la obra cree él que olvidaré al corrector, y quiere prolongar nuestras sesiones literarias. Puede tranquilizarse, no le olvidaré, aunque tendré menos motivos para verle con tanta frecuencia. Dile que reconozco la

superioridad de su talento, y que trataré de probar el mío en otra obra que comenzaré en breve, puesto que él me cree capaz de hacer algo mejor que esto.

Tanta dulzura, tanta prudencia desarmó á Pablo, y Cesarina ganó con esto gran terreno en su ánimo; pero cuanto más se desarrollaba en él este sentimiento, más se esforzaba en aparecer tranquilo. Cesarina no aguardaba la resistencia que él oponía á volver á asistir á su casa. Yo fui á ver á Pablo al domingo siguiente.

—Margarita va moralmente mucho mejor, porque he logrado persuadirla de que no tengo interés en buscar distracciones lejos de ella, y en el fondo es la verdad, porque si no tiene la conversación brillante que la Marquesa y sus contertulios, es mayor mi gozo al verla satisfecha que lo que me hace sufrir ese pequeño sacrificio personal. Mi deber es hacerla dichosa, y un hombre superior no debe encontrar nada más interesante que el cumplimiento del deber.

Margarita se confesaba dichosa. No tenía que trabajar para vivir, leía bastante y su inteligencia se iba cultivando; pero estaba enferma y su belleza se iba alterando notablemente; el médico de Cesarina, que la visitaba de vez en cuando, me dijo que la encontraba atacada de una enfermedad

crónica del hígado ó del estómago, pero que como no se explicaba bien, á menos de un examen formal, no podía precisar la enfermedad. Yo advertí á Pablo, que exigió el examen. La tumefacción del hígado fué precisada, y exigía cuidados difíciles de procurar en el campo, por lo cual la pequeña familia fué á vivir á la calle de Vangirard á una habitación más confortable que la antigua de la calle de Asas. Pablo vino á decirnos que ya estaba á nuestra disposición á todas horas; que tenía un encargado en la librería que le permitía no estar sujeto á la cadena, continuando, sin embargo, asociado á Mr. de Latour.

Como se ve, había llegado más pronto que creía á la abundancia y á libertad; estaba inquieto por su mujer y veíasele consagrado á cuidarla unas veces en su casa y otras en el paseo, procurando distraerla, y Margarita insistía en querer ver á la Marquesa para mostrar lo razonable que se había vuelto.

Cesarina rogó á Pablo que llevase á comer á Margarita y al niño, prometiendo dejarlos partir á la hora de acostarse éste. Tanto insistió, que Pablo accedió á ello y fué una gran alegría para Margarita.

Púsose su vestido de seda de los domingos, se

peinó con más gusto y vistió al niño con esmero singular. Pablo les hizo subir en un carruaje y les condujo al hotel Diétrich. Cesarina adelantó la comida para que el niño no se durmiese antes de los postres, y dijo no haber invitado á nadie á causa de la variación de horas. Mr. Diétrich vino á estrechar la mano de Pablo, á saludar á Margarita; á abrazar á su hijo, y después se fué á vestir porque comía fuera de casa.

Cesarina resignábase, pues, á la sociedad de la joven plebeya, y sufría no poco con la familiaridad que se veía obligada á tolerar. Hacía más de un mes que no la había visto y quedó sorprendida del cambio de Margarita. Había adelgazado notablemente, y esto daba á sus facciones mayor distinción. Había hecho grandes esfuerzos además durante este tiempo por corregir su vulgaridad, y puede decirse que lo había conseguido. Pablo la trataba, no con mayor consideración, porque ésta no le había faltado jamás, pero sí con mayor dulzura. Estos cambios no pasaron desapercibidos, y Cesarina recibió una gran herida en medio del corazón; mientras una sonrisa benévola entreabría sus labios, el aguijón de los celos estremecía aquella alma de piedra. Yo que la observaba temblé por Margarita.

Parecióme también que ésta se apercibía, y la comida fué triste, por más que el pequeño Pedro estuvo interesante con sus primeras gracias, que á veces nos hacían sonreír.

Pablo hubiera animado la mesa con su conversación; pero veía á Cesarina tan distraída, que buscaba la causa y estaba inquieto sin saber por qué. Cuando dejamos la mesa, me preguntó en voz baja si la Marquesa tenía algún motivo de pesar, y temió si la opinión que había emitido sobre su obra podría haberla ofendido. Cesarina, que con los ojos comprendía cuanto se hablaba, aunque no lo pudiera oír, exclamó sin darme tiempo de responder:

—Me encontráis triste y suplico á Margarita que me perdone, porque hubiera querido recibirla con más alegría; pero estoy preocupada, he recibido malas noticias del Marqués de la Rivonniere.

Como nada me había dicho, creí que improvisaba aquel pretexto, porque la última carta de monsieur de Valvonne no estaba escrita en términos de causar inquietud. Hice esta observación, y entonces me contestó, leyendo la carta siguiente:

«Mi pobre amigo me inquieta más cada día; su vida no corre peligro; pero sus sufrimientos no parecen deber calmarse tan pronto. Me encarga

que os presente sus respetos, así como á Mme. de la Rivonniere.—EL VIZCONDE DE VALVONNE.»

Esta carta pareció extraña á Pablo.

—¿Qué sufrimientos son esos—dijo—que no amenazan su vida y que, sin embargo, causan tal inquietud? ¿No suele escribir Mr. de Valvonne más claro?

—¡Nunca!—exclamó Cesarina.—Es un hombre singular, cuya expresión es tan concisa que deja siempre un fondo de vaguedad: pero no hablemos de esto—añadió fijando una mirada como de compasión en Margarita.—No olvidemos que hay aquí una persona para quien el nombre de mi marido ha de ser tan desagradable como su recuerdo.

Pablo encontró poco delicada esta observación, y con la prontitud y claridad propias de su carácter exclamó:

—Margarita puede oír hablar del señor Marqués de la Rivonniere sin inmutarse; no le conoce, no le ha conocido jamás.

—¡Ah! yo creí que tenía por qué estar sentida de él—dijo Cesarina mirándola con una fijeza capaz de hacerla perder su aplomo—y ciertamente ella sabe que yo en este asunto no he disculpado jamás á mi marido.

—Hacéis mal, señora Marquesa —murmuró Margarita dulcemente.—A un marido se le disculpa siempre.

—Sobre todo cuando está ausente y él no puede disculparse —añadió Pablo.—En cuanto á nosotros, las ofensas castigadas ya no existen; yo suplico que no hablemos más de un hombre á quien me he visto en la cruel necesidad de poner al borde del sepulcro. El que vive está ya absuelto, y la mujer vengada no tiene por qué sonrojarse.

Hablaba con una energía tan tranquila, tan razonada, que Cesarina no podía ofenderse, por más que sintiera entrar la rabia y la desesperación en su alma. Margarita, con los ojos húmedos, miraba á Pablo con la expresión del reconocimiento, y yo ví que Cesarina iba á decir algo más cruel aún, y me anticipé á exclamar:

—El niño se duerme; creo que no debemos prolongar la conversación por más tiempo. Vuestro coche está abajo. Toma á Pedro en los brazos, mi querido Pablo; pesa demasiado para mí.

En aquel momento entró Beltrán á anunciar que el coche que se había pedido estaba abajo, y añadió con voz clara y sonora:

—El señor Marqués de la Rivonniere acaba de llegar también.

—¿Á dónde?—exclamó Cesarina, como herida por un rayo.

—Á casa de la señora Marquesa —contestó Beltrán con su imperturbable calma.—Ya sube por la escalera.

—Os dejamos —repuso Pablo, tomando el brazo de su mujer, mientras con el otro sostenía al niño casi dormido.

—No, quedáos, es preciso —murmuró Cesarina fuera de sí.

—¿Para qué?—preguntó Pablo.

—¡Es preciso, os digo y os lo ruego!

—Sea —repuso, depositando al niño en un sofá, y haciendo sentar á su lado á Margarita.

¿Cesarina temía los celos de su marido y quería hacerle ver que si recibía á Pablo era acompañado de su mujer, ó bien más preocupada de su despecho que de todas las consideraciones, quería que Margarita se encontrase de nuevo con su seductor delante de su mismo marido?

Acaso estaba demasiado turbada para saber lo que quería; pero acostumbrada á dominarse, se dominó, y salió al encuentro del Marqués, oyéndola nosotras:

—¡Qué sorpresa tan agradable!..... ¡Ya curado cuando nos escribíais que estábais peor!.....

—Valvonne está loco—repuso el Marqués;— me siento muy bien. Ando, hablo, subo la escalera solo.....

Y deteniéndose en la antesala que precedía al salón en que estábamos, exclamó:

—¿Tenéis gente?

—No, amigos vuestros y míos que ya partían y se han detenido para estrechar vuestra mano.

—¿Amigos?.....—murmuró el Marqués, encontrándose con Pablo, que se adelantaba hacia él.— No conozco.....

—¿Cómo! ¿No reconocéis á Mr. Pablo Gilbert y á su mujer?

—¡Oh! Perdonad: está tan oscuro al entrar. ¡Mi querido amigo!—y estrechó las manos de Pablo; y adelantándose á Margarita, añadió:

—Señora, os presento mis respetos.

—Volvióse luego hacia mí, y estrechando mi mano, me dijo:

—Mi buena Paulina, siempre á vuestras órdenes.

Calló un instante, y añadió:

—Me parecéis todos en buen estado de salud—dijo.

—¿Y vos?—preguntó Pablo.

—Yo perfectamente, gracias; he resistido muy bien el viaje.

—¿Pero cómo llegáis sin anunciaros?—preguntó Cesarina.

—He tenido el honor de escribiros.

—No he recibido la carta.

—Cuando os digo que Valvonne está loco.....

—Amigo mío, no comprendo por qué se permite suprimirme vuestras cartas.

—¡Oh! Esa sería toda una historia que contar; historia de medicina, falta de razón por lo tanto y que se enlaza con un enfermo en plena rebelión, que se obstina en no correr ya detrás de una salud recobrada.

—¿Venís de Italia?—preguntó Pablo.

—Sí, amigo mío, un país delicioso: á mí no me gusta la Francia; de ella sólo París me agrada. Pero dadme noticias de vuestro joven amigo monsieur Latour.

—Está bien.

—Mr. Diétrich ha salido, según me han dicho: ¿la señora Marquesa me permitirá que le aguarde aquí?

—Ciertamente, amigo mío. ¿Habéis comido?

—Sí, ya he comido, gracias.

Pablo cambió algunas frases de atención con el Marqués y Cesarina antes de retirarse, porque la llegada inesperada del Marqués había traído la

calma, el bienestar á la reunión. Él volvía dulce, afectuoso, como si la víspera se hubiera retirado de entre aquellos mismos amigos, y volvía de los brazos de la muerte como podía volver de un paseo por el Jardín de Plantas. Le hablaba en presencia de su mujer, en presencia de la mujer cuya afrenta había pagado con su sangre, sin parecer recordar otra cosa que las leyes de buena sociedad: por extraño que pudiera parecer, la impasibilidad del caballero triunfaba.

Esta imposibilidad había mortificado un momento á Cesarina; pero fuerte, siempre intrépida, había recobrado pronto su presencia de ánimo, y como experimentaba alguna inquietud al quedarse sola con su marido, me rogó que me quedase, dirigiéndome la súplica de manera de no ser oída de nadie.

—Por fin—dijo el Marqués cuando Beltrán se hubo retirado—os veo, señora Marquesa, más hermosa que nunca y bondadosa como siempre: al ver la animación de vuestra mirada, cualquiera diría que habéis tenido un placer en verme.

El rostro de Cesarina no expresaba precisamente alegría, y yo me pregunté si aquellas palabras no encerraban un sarcasmo.

—No respondo á tal pregunta—le dijo ella, tra-

tando de sonreír lo mejor que pudo—porque á mi vez quiero miraros. Á la verdad que parecís en muy buen estado de salud, y no me explico qué significaban los temores de vuestro amigo.

—Valvonne es muy vehemente; es un amigo incomparable, pero tiene la debilidad de verlo todo negro como los médicos. Me diréis qué motivos tengo yo para verlo también, puesto que Nelatón me sacó una bala del pecho; pero estos señores pretendieron después de la causa quitar los efectos, como si hubiera efecto sin causa, y me empezaron á tratar del modo más contrario á mi temperamento, hasta que hace un año me rebelé contra ellos. Me sentí mucho mejor: quise viajar, y á los pocos días me ví curado. Me restan aún algunas jaquecas; pero eso es todo: ya las tenía dos ó tres años antes de tener el honor de conoceros, y no me ocupó de ellas. Mr. Valvonne, más preocupado que yo, me habló de un joven médico, inteligente, pero más terco que Lucifer, y que viéndome curado sólo por mi buena constitución, ha querido librarme de las jaquecas á su modo, y las ha hecho doblemente violentas. Esto me ha obligado á mandarle á pasear y á tener un altercado con mi amigo Valvonne, plantándolos á los dos para no ser víctima de su solícitud.

—¿Plantándolos?—dijo Cesarina.—¿Pues qué! ¿no habéis venido con ellos?

—No tal; he venido sólo con mi pobre Dubois, que es mi mejor médico; él sabe como yo que la mejor receta es no contrariar á las gentes; y cuando estoy malo, tiene conmigo una paciencia que es mi mejor medicina.

—¿Pero y los otros dónde están?

—¿Valvonne y el médico? No lo sé; los he dejado en Marsella, donde querían hacerme embarcar para Córcega, bajo el pretexto de que allí encontraría un clima conveniente para mi salud. Yo confié á Dubois mi resolución de venir á París, y hemos partido, dejando á los otros entregados á las dulzuras del sueño. Sin embargo, creo que vendrán detrás de nosotros, y como no les llevamos más que algunas horas de ventaja, mañana estarán aquí.

—¿Todo lo que me decís es tan extraño!—repuso Cesarina.—¿No os creía tan niño, ni comprendo que un amigo y un médico sean tiranos hasta el punto de obligar al enfermo á emprender la fuga. Más bien creo que habéis tenido el capricho de sorprenderme, y no habéis querido dejar á los compañeros tiempo para advertirme.

—También puede haber algo de eso, mi querida Marquesa.

—¿Y á qué sorprenderme? ¿Con qué intención?

—Para ver el efecto que os causaba mi llegada, si disgusto ó alegría.

—Esa es una mala intención y una desconfianza que me prueba que no estáis tan curado como pretendéis.

—¿De todo lo que vale se debe desconfiar!

Mientras Cesarina hablaba así con su marido, yo observaba á éste, primero satisfecha por el aspecto de robustez y salud que en él se advertía; pero después empecé á inquietarme de la expresión singular que animaba su fisonomía.

Su mirada no era la misma; había en ella un brillo extraordinario, y aquel brillo aumentaba á medida que avanzaban las explicaciones. ¿Estaba devorado por los celos? ¿Era que sentía un resto de fiebre, ó aquella mirada fosfórica era hija de la alteración nerviosa que le habían legado los sufrimientos físicos?

En aquel momento entró Beltrán para decir al Marqués que Dubois aguardaba sus órdenes.

—Comprendo—dijo el Marqués;—quiere llevarme. Decidle que estoy bien, y que aguardo la vuelta de Mr. Diétrich.

Después reanudó su diálogo con su mujer, pi-diéndola noticia de todas las personas conocidas, y

no pareciendo haber perdido la memoria sobre ningún detalle que pudiera interesarle. Su mirada extraña me asombraba siempre; parecíame oír la voz de Dubois en la pieza contigua, y me levanté como sin intención, pero con la muy firme de interrogarle.

—Es preciso que la señora Marquesa despida á su esposo—me dijo en voz baja:—se acerca la hora del ataque.

—¡Ataque! ¿de qué?

Dubois llevó tristemente la mano á su frente.

—¡Ah, ya! de esas jaquecas de que nos hablaba.....

—¡Sí, señora, sí, jaquecas terribles!

—¿Que le abaten ó que le exasperan?

—Primero lo uno y después lo otro.

—¿Y tiene delirio?

—Ya lo creo: ¿pues qué, aquí no se sabe?.....

—No sabemos nada.

—Entonces es que Mr. Valvonne lo ha querido ocultar; pero no lo creo prudente, y es preciso, sobre todo, que su mujer lo sepa. ¡Tales desgracias no deben ocultarse más que á los extraños!

—¿Tiene fiebre durante esos accesos?.....

—No tal; lo que hace que yo no desconfíe.

—Pues, por el contrario, eso debe inquietarnos

más. ¡Acabemos, Dubois: vuestro amo está loco!

—¡Sí, señora, ha estado ya en épocas! ¿Cree la señora que estaba en su juicio cuando conoció y se dujo á aquella joven á quien abandonó después?

—Recordad que es la mujer de mi sobrino ahora.

—¡Ah! lo olvidaba, perdonad; no tengo nada malo que decir de ella, era un ángel de bondad y de desinterés. El señor Marqués no hubiera cometido esa falta en su estado normal. Más tarde, cuando se disfrazaba para espíar á Mlle. Diétrich, yo conocía que mi pobre amo no estaba en su juicio. Sufría por la noche como sufre ahora, aunque por el día tenía su cabeza lucida.

—¿Es decir, que el ataque le da de noche, que se pone furioso?

—No, caprichoso, violento. Conmigo no hay peligro, me resiste, se enfada y después cede; no me maltrata nunca, pero cualquiera otro que no sea yo, le exaspera. Y sobre todo, ha tomado al médico y á Mr. de Valvonne una aversión fatal. Le he aconsejado que deje á Marsella, donde su estado no podía ser un secreto, y he citado para esta noche á su antiguo médico; quiero que le observe en el momento de la crisis; pero ésta comienza á las nueve; por eso os digo que es preciso que la señora

Marquesa le despida y no se negará á obedecerla,  
La ama tanto....

—¿La quiere siempre?

—Más que nunca.

—¿Y no está celoso?

—Eso es lo que yo no sé, pero temo que debe  
estarlo siempre

—¿Y de quién?

—De la misma persona.

Un campanillazo violento nos estremeció. Bel-  
trán y yo nos precipitamos en la pieza inmediata  
mientras Dubois se quedó en el umbral de la  
puerta.

—El señor Marqués quiere retirarse—dijo Cesa-  
rina con agitación.

Era una orden que daba irritada á su marido.

El Marqués lanzó una carcajada convulsa que  
nos aterró.

—Vamos—dijo—¿no tengo derecho para espe-  
rar á mi suegro en el cuarto de mi mujer? Le es-  
peraré aunque vos no queráis. Salid todos, tenemos  
que hablar.

—Beltrán—murmuró Cesarina—conducid al  
señor Marqués hasta su carruaje.

Y estas palabras eran más que una orden, una  
súplica á su campeón.

Avanzaba ya casi impasible, dispuesto á trans-  
portar al Marqués en brazos si era preciso, cuando  
Dubois se adelantó y le contuvo agarrándole del  
brazo.

Luego se acercó á su señor y le dijo:

—El señor Marqués me ha dado su palabra de  
volverse á casa á las nueve, y son las nueve y  
media.

El Marqués pareció como despertar de un sueño;  
contempló á su criado con una especie de terror  
infantil, y murmuró con aire de imbecilidad:

—Me enojas, ¿me entiendes? y me las pagarás.

—Bien, en casa, en casa; venid.

—¡Ah! villano—murmuró el Marqués;—cedo  
por hoy, pero mañana....

Y Dubois se le llevó sin que hiciera resistencia.

Beltrán le siguió, siempre dispuesto á auxi-  
liarle en caso necesario.

Quedamos las dos mudas siguiendo á aquel gru-  
po con la vista, y después que hubo visto subir al  
Marqués en su carruaje, Beltrán volvió á decirnos:

—Ha partido.

—Beltrán—murmuró Cesarina—si vuelve á  
suceder que se presente en casa el señor Marqués  
en semejante estado de embriaguez, no le dejéis  
pasar.

—El señor Marqués no está embriagado—dijo Beltrán con su tono magistral, y haciéndome una seña para que yo se lo explicase todo, se retiró.

—¿Qué quiere decir esto?—dijo Cesarina.

—¿Tú crees que tu marido está embriagado?—le dije.

—Sin duda; el extravío de su mirada lo indicaba claramente. ¿Por qué nos has dejado solos? Yo te había rogado que te estuvieras: apenas nos dejaste se arrojó á mis piés haciéndome las protestas de amor más ridículas, y cuando le recordé los compromisos contraídos, dijo que nada recordaba, y por un momento estuvo grosero, brutal. ¡Oh! ¡le odio! ¡le odio! Y si cree que le pertenezco se equivoca, no le perteneceré jamás!

—¡No le odies, compadécele: tu marido no está embriagado, está loco!

Cayó entonces sobre una silla, escondiendo el rostro entre las manos; después me hizo algunas preguntas y yo le referí rápidamente lo que me había dicho Dubois. Cuando acabé de hablar, Cesarina repuso con desolación, con extravío en la vista.

—¡Ah! ¡hé aquí una eventualidad horrible que yo no había podido prever! ser mujer de un loco; tener que sostener la más repugnante de las luchas

con un hombre que no recuerda sus promesas, ni tiene conciencia de mis derechos; combatir, no una voluntad, sino un instinto exasperado y verme yo viva, ligada á un bruto privado de razón. Esto es imposible; tal cadena debe quedar rota por el solo hecho de su locura. Esto debe hacerse público, es preciso que todo el mundo lo sepa. ¡Qué encierren á ese hombre y que me libren de él! Yo no puedo vivir siempre víctima del espanto y estar á merced de un loco; no he cometido ningún crimen que me condene á tolerar semejante suplicio! ¡Ah! Valvonne me odia y me ha engañado; me ha hecho casarme con un loco; yo aclararé su conducta delante del mundo entero!

Volvió Mr. Diétrich, su hija le enteró en breves palabras de lo que ocurría, exhalando su cólera y su pesar entre quejas y amenazas, y reclamando la protección de su padre para declarar nulo aquel matrimonio. Mr. Diétrich, sorprendido al pronto, se repuso en breve al ver á su hija fuera de sí; la quería en extremo y era hombre admirablemente lúcido en las grandes crisis.

—Disparatáis, hija mía, y no pensáis en lo que decís. De que el Marqués tenga horas de extravío, no se desprende que esté loco, y cuando basta á contenerle un pobre viejo como Dubois no es te-

mible su estado. Mañana sabremos más detalles; lo ocurrido hoy no basta para provocar una separación legal; pensad que daríais un golpe mortal á la dignidad del hombre cuyo nombre habéis aceptado, que sería preciso acusarle á él y á todos los suyos de superchería, y quién sabe si un tribunal se pronunciaría contra él. De todos modos á vos no os disculparía la sociedad, porque á nadie se le dispensa de cumplir un deber por penoso que sea. El vuestro es aguardar á que se aclare la situación de vuestro esposo, y hacer cuanto pueda contribuir á calmarle sin faltar á vuestra dignidad. Si después de apurar todos los medios de dulzura y persuasión el mal sigue su curso ó se agrava, tiempo será siempre de tomar medidas más enérgicas.

Cesarina, aterrada, nada dijo y pasó la noche en un estado de desesperación que me alarmó. Yo no me atreví á dejarla hasta el día, temiendo que se arrojase á cualquier exceso, y esta vez que no trataba de enternecer á los otros, no tuvo ningún ataque de nervios; pero su dolor era profundo; las lágrimas la ahogaban; juzgaba su porvenir perdido, su vida sacrificada á algo más sombrío que la viudez, y comprendía la obligación incesante de emplear su inteligencia superior en contener los desvarios de un enajenado.

El castigo era cruel, pero en vano me lo quería presentar como una injusticia de la suerte. Se había casado con un cadáver, mitad por parecer generosa, mitad por rehabilitarse á los ojos de Pablo, y algo también por llevar un título de Marquesa.

Al día siguiente Mr. Diétrich fué muy temprano á ver á su yerno, le encontró dormido y pudo pasar largo rato hablando con Dubois y con el médico que había pasado toda la noche observando al enfermo.

El resultado del examen fué que el Marqués no estaba ni enteramente loco ni enteramente cuerdo; tenía el cerebro sobrecitado y debilitado por la sobrecitación. Durante las horas del día que mediaban desde el descanso de la mañana hasta la hora del ataque por la noche, estaba en completo estado de lucidez, y ninguna consulta médica, siempre que fuera justa, le declararía incapaz de manejar sus negocios ni de vivir entre su familia. El médico dijo haber hablado con él después del acceso y le encontró bien, física y moralmente; deduciendo de todo que aquello era una enfermedad nerviosa, resultado de su herida ó de la pasión contrariada que había tenido y tenía por su mujer. Aquí se presentaba una cuestión difícil de

resolver. ¿Le curaría Cesarina correspondiendo á su amor?

Si así era, los hijos que de esta unión resultasen, ¿no tendrían alguna predisposición á la enfermedad misma? El médico no sabía qué resolver, y Mr. Diétrich comprendía que su hija haría cualquier disparate antes de vivir con un hombre que le causaba tal terror.

Retírase, pues, sin haber acordado nada. No había más que aguardar y ensayar un plan puramente moral, observar los efectos y separar á los dos esposos, si el resultado de sus entrevistas era perjudicial al Marqués, haciéndole viajar de nuevo. Pero hasta nueva orden, Mr. Diétrich quería que el estado del Marqués fuera un secreto para todos; y Dubois afirmó que así era posible, tanto por la disposición de la casa, como por la discreción de los criados.

Dos horas después, Mr. de Valvonne, que había llegado durante la noche, fué á hablar de lo mismo con Mr. Diétrich, y estuvo aún más absoluto y desconsolador. No quería bien á Cesarina, precisamente por haberla querido sin esperanza antes de su matrimonio. Acusábala por no querer reunirse á su amigo, y cuando Mr. Diétrich le recordó el pacto de honor firmado, y por el cual el Marqués

se obligaba á no reclamar nunca sus derechos de esposo, dijo que el Marqués sería harto noble para reclamarlos, y que él lo único que exigía para su amigo era la vida en sociedad, añadiendo que no había por qué temerle.

—Sin embargo—repuso Mr. Diétrich—anoche nos ha dado un espectáculo poco lisonjero, porque en esos momentos de crisis no se acuerda de nada.

—Convengo en ello—repuso el Vizconde—porque esos momentos son los únicos que tiene de enajenación, y creo que si su mujer no hubiera tenido la parte principal en este extravío, jugando con él como ha jugado durante cinco años, tendría ahora derecho para ser cruel; pero ella le ha querido por amigo, por servidor, le ha hecho su esclavo durante muchos años, le ha envilecido demasiado, en una palabra, para no estar ahora obligada y muy obligada á él.

—No os permito insultar á mi hija, señor Vizconde; sé que al casarse con vuestro amigo contra su voluntad, no ha visto más sino que rehabilitaba á los ojos del mundo á un hombre que por ella se había puesto en ridículo.

—Cierto; pero los deberes cambian según las circunstancias. Mi amigo Santiago se ha visto atacado de una enfermedad inesperada, y cuando

vuestra hija aceptó su nombre, el sacrificio no era grande; se unía á un cadáver y en cambio aceptaba un nombre ilustre.

— Sabed, caballero, que no se había cansado de llevar el mío, y recordad que no aceptó la fortuna de su marido.

— La disfrutará, sin embargo, porque es su mujer y no hay ley que le impida disfrutarla.

— ¿Habláis de mí?— dijo Cesarina entrando en aquel momento en el cuarto de su padre.— Celebro mucho saber vuestra opinión, Mr. de Valvonne, y deciros, á la par que os doy la bienvenida, que la mía es en un todo contraria.

Mr. de Valvonne hizo de nuevo el panegírico del Marqués; habló de su lealtad, dijo que no ofrecía cuidado alguno, hiriendo de nuevo á Cesarina en sus apreciaciones, haciéndole entender que debía renunciar á toda pasión secreta, por pura que fuese, para devolver la razón y el reposo á un hombre que había sido juguete suyo por mucho tiempo.

Signió á estas palabras una discusión bastante animada, que Mr. Diétrich quiso en vano cortar. Cesarina recordó al Vizconde que había sido su pretendiente y que le había desdenado, que desde entonces la odiaba, y que su afecto por el Marqués

encubría una secreta venganza. La querella se iba envenenando, cuando Beltrán entró á preguntar si no habían visto al Marqués; le habían introducido en el salón principal, donde el Marqués había dicho con mucha calma que aguardaría á la señora Marquesa.

Beltrán había ido, en efecto, á buscar á Cesarina á su cuarto, y no encontrándola había vuelto al salón para decir al Marqués que no estaba en su habitación é iba á buscarla á las de su padre; pero el Marqués ya no estaba. Los otros criados aseguraban haberle visto salir al jardín; pero Beltrán lo había recorrido todo sin encontrarle, y era evidente que el Marqués no había salido de la casa.

Mr. Diétrich y Mr. de Valvonne salieron en su busca, y Cesarina volvió á su habitación, en la que el Marqués se había introducido y la esperaba.

Al verle, la joven tuvo un momento de terror y quiso llamar, pero él lo impidió colocándose entre su mano y la campanilla.

— Escuchadme por última vez— murmuró;— conozco lo bastante vuestra casa para andar por toda ella sin necesidad de guía. Quería hablar á vuestro padre y me he dirigido á su cuarto, llegando á tiempo de oír vuestra voz y la de Valvonne. Lo he oído todo: un hombre sentenciado tiene de-

recho á conocer los motivos en que se funda su sentencia. Vuestro diálogo me ha hecho saber una cosa que ignoraba, y es que estoy loco, y además que vuestra antigua indiferencia para conmigo se ha trocado en miedo, en aversión. ¡Soy muy desgraciado, Cesarina! Yo os perdono haber causado á sabiendas mi desgracia; no habéis conocido nunca el amor ni le conoceréis jamás; por eso no sospechabais la vehemencia del mío, ni podíais suponer que un sentimiento así pudiera trastornar la razón; os habéis burlado eternamente de mis quejas.... Ya basta; en lo sucesivo no me lastimaréis más. ¡Ojalá podáis hasta olvidar al hombre á quien tanto mal habéis inferido, para que vuestra vida no se vea amargada por el remordimiento! No os lo deseo, y loco ó no, en este momento estoy muy tranquilo y dueño de mi razón. ¡Adiós para siempre! Otro en mi lugar supondría que vuestro interés consiste en reducir á un hombre, al que no reduciréis, y esto bastaría á vengarme; ese hombre os sacrificará siempre á su mujer, le he visto, le he hablado y he conocido una vez más lo que vale. Sufiréis, pues, en vuestro orgullo, porque es más fuerte que vos. Pero no me inquieta vuestro porvenir; buscaréis otra víctima y la encontraréis. Además, los que no aman resisten todas las prue-

bas; sed, pues, dichosa á vuestra manera, yo olvidaré desde hoy la funesta pasión que ha trastornado mi mente y envilecido mi existencia.

Yo había entrado en la estancia de Cesarina á las primeras frases del Marqués; dirigióse á mí, estrechó mi mano sin murmurar una palabra, y salió sin volver la cabeza.

Yo, inquieta, quise seguirle.

— ¡Déjale partir! — dijo Cesarina deteniéndome y haciendo una seña á Beltrán, que estaba en la antesala, para que siguiese al Marqués. — Se hace justicia á sí mismo; sus reproches son injustos y crueles, pero no he querido ni responder á ellos; á la menor disculpa, al menor consuelo que le ofreciera, me hablaría otra vez de sus derechos y de sus esperanzas; dejémosle, pues, que él rompa tan odioso lazo.

Beltrán volvió á decirle que el Marqués había subido en su carruaje, dando orden de que le condujeran á casa.

— ¿Ha venido Dubois con él?

— No, señora Marquesa. Dubois vela al señor Marqués durante la noche y duerme por el día; pero Mr. de Valyonne que estaba aquí, se ha marchado con el señor Marqués.

— No importa — dijo Cesarina; — id á casa del

señor Marqués y traedme noticia de lo que ocurra.

Beltrán obedeció, y al salir anunció á mi sobrino.

—¡Oh! venid—exclamó Cesarina corriendo hacia él;—dadme un consejo; tengo perdida la cabeza, sed mi amigo, mi guía.

—Lo sé todo—murmuró Pablo;—acabo de hablar con Mr. Diétrich. No piensa más que en libertaros del peligro que os amenaza; vos de seguro pensáis lo mismo, y yo en este caso ni puedo ni debo hablar. Vos no habéis de seguir el consejo que me dicta mi conciencia.

—¡Le seguiré!—dijo Cesarina con exaltación.

—Pues bien, mi consejo es que toméis un carruaje y corráis á casa de vuestro esposo, porque le he visto salir de aquí con expresión tan abatida que todo lo temo. Me ha estrechado la mano al salir y su mirada parecía un adiós eterno.

—Al punto—dijo Cesarina tirando de la campanilla.

—Pero no se reduce todo á dar vagos consuelos; es preciso que os quedéis con él, que le asistáis durante su delirio, que procuréis distraerle y devolver la calma á su espíritu. Si quiere dejar á París, debéis partir con él; en una palabra, debéis ser su mujer en el sentido cristiano de la palabra.

—¡Ah!—murmuró Cesarina con sarcasmo y llevando á sus labios trémulos un vaso con agua que había sobre la mesa.—¿Era ese el consejo que teníais que darme? ¿Vos me aconsejáis ser esposa del Marqués de la Rivonniere?

—¿Y por qué no?—repuso.—Yo soy el más desinteresado de vuestros amigos; vos me consultáis y yo no puedo más que callar ó deciros mi pensamiento.

—Vuestro pensamiento es odioso. ¿Debe una mujer que se respeta á sí propia, entregarse á un hombre, indefensa como una esclava?

—Debe hacerlo así, si se trata de salvar á un esposo, de reparar un daño que voluntariamente ha causado. No os impongo el amor, pero os digo que tengáis piedad.

—Vamos, ¿queréis que ame á mi marido por *caridad*, como vos amais á vuestra mujer?

—No he dicho por *caridad*, pero sí creo que con *caridad*. He invocado lo que hay de más noble y puro en el corazón humano, lo que santifica el amor y hace del matrimonio un lazo santo.

—Está bien—murmuró Cesarina, fría y altanera.—He dicho que obedeceré y obedezco.

—Y salió sin permitirme seguirla.

—Bien, Pablo, bien—dijo á mi sobrino abra-

zándole;—tú solo has tenido valor para mostrarle su deber.

Pabló rechazó dulcemente mis caricias y dejóse caer en una silla prorrumpiendo en una carcajada nerviosa entre sollozos comprimidos.

—¿Qué tienes?—exclamé alarmada.—¿Estás malo? ¿estás loco?

—No, no—repuso con esfuerzo violento;—estoy malo, pero no es nada.

—Pero en fin—murmuré—¿qué quiere decir este arrebató? ¡La amas, desgraciado!

—No, tía; no la amo en el sentido que comunemente se da á esa palabra; no es esa mujer mi ideal, el sueño de mi vida. Si aun lo cree, desengañadla; no es siquiera mi amiga, mi hermana como Margarita; no es para mí más que una hermosura fascinadora que me trastorna un momento, y á la que desprecio después. Si quiere saberlo decídselo así para desilusionarla; pero no, nada le digáis; se creería vengada de mi larga resistencia, y creería mi mal más grave de lo que es en realidad. Las mujeres exageran siempre los tormentos que les agrada imponernos. Yo no soy el Marqués, yo no me volveré loco, no me moriré de pensar, ni aún sufriré por mucho tiempo. Soy un hombre que someto todas las pasiones á mi razón,

á mi voluntad; confieso que el consejo que acabo de darle me ha costado mucho; pasaban por delante de mis ojos luces extrañas, mi sangre zumbaba en mi cabeza y he creído que iba á caer como herido de un rayo ... ¡pero me he vencido con resistencia heroica, me he burlado de mí mismo y esto disipa toda ilusión de los veinticinco años! ¡Yo coloco el deber ante todo, y gracias á este sistema todo deber me es grato de cumplir! Ahora hablemos de Margarita, tía; ésta me interesa mucho más; su estado me inquieta de día en día; parece que me oculta algo que la hace sufrir, y que yo trato en vano de adivinar. Venid á verla uno de estos días; yo os dejaré á solas con ella; tratad de interrogarla; ahora me vuelvo á su lado. Decid, tía, ¿puedo beber este vaso de agua que está aquí? La frescura acabará de reponerme.

Al llegarle á sus labios recordó que Cesarina acababa de mojar en él los suyos, volvió á soltarle y sonriendo amargamente murmuró.

—No necesito conocer su pensamiento; le conozco ya.

—¿Crees conocerle?

—Le he conocido desde el principio. Después me he engañado y la he disculpado después de acusarla. Pero ahora, cuando me ha dicho ¿sois

vos quien me aconseja ser mujer de otro? he comprendido su intento, su trabajo incesante; ya lo indicó ayer en su conducta con Margarita, en su amarga sonrisa, en sus intencionadas palabras. Cree ser la más fuerte, pero se engaña, al menos conmigo. No es más fuerte que yo, que sin embargo, no soy un héroe; soy un hombre de mi tiempo á quien no gobernará una mujer más que con la lealtad y la dulzura. Creedme, tía; dentro de poco tiempo las coquetas, como todos los tiranos, no tendrán más adoradores que los tontos.

Dejóme bien tranquila respecto á él, pero no lo estaba lo mismo respecto á Cesarina; no me atrevía á buscarla y pregunté por Mr. Diétrich, el que me dijeron había salido con ella.

Beltrán vino al cabo de una hora á decirme de parte de la Marquesa que el señor Marqués seguía mejor y que me rogaba fuese á pasar la noche á su casa á las ocho.

Estuve exacta; encontré al Marqués melancólico, reconocido.

Cesarina me dijo delante de él en cuanto entré:

—No te hemos invitado á comer, porque nada hay en orden en casa. El Marqués nos ha dado de comer muy mal; pero mañana se corregirá esta falta; yo me ocuparé desde mañana del gobierno

de la casa. En cambio, hemos salido á dar un paseo delicioso; estaba el bosque magnífico; ¡todo París estaba en él!

Parecía tranquila, natural, hasta el extremo de que yo no pude disimular mi sorpresa.

—Saca tu labor si quieres—me dijo;—supongo que te la habrás traído, porque no te gusta permanecer ociosa. Mi padre iba á contarnos lo que ha ocurrido en la sesión de esta tarde.

Mr. Diétrich empezó á hablar de política con el Marqués, buscando por todos los medios convenirse de la lucidez de su razón, pero procediendo con él como si nunca hubiera habido motivo para dudar de ella.

Entonces comprendí que había empezado una cura concienzuda. El Marqués escuchaba como con esfuerzo, pero contestaba acertado, y de vez en cuando volvía la vista con ansiedad al reloj. Cualquiera diría que desde que conocía su estado verdadero, temblaba porque se acercase la hora fatal.

Esta llegó y nada observamos en el Marqués, que quizá por el esfuerzo de voluntad que aquella noche se imponía, llegó hasta las diez y media sin novedad; á esta hora cayó en una especie de abatimiento, respondiendo apenas á las palabras que le dirigían, hasta que acabó por no responder.

—Veo que sufrís—dijo Cesarina;—acostáos; nosotros estaremos aquí hasta que os durmáis. Mi padre y yo jugaremos una partida de damas.

El Marqués respondió sólo con una sonrisa que no nos daba á entender si había comprendido ó no.

Dubois se le llevó y Mr. Diétrich se escondió en un cuarto contiguo al dormitorio de su yerno; quería observarle por sí mismo y Dubois dejó las puertas abiertas con este objeto y sólo las cortinillas caídas.

Cesarina, que se había quedado conmigo en el salón, iba y venía de puntillas; el Marqués parecía sufrir y se quejaba á Dubois, que le decía:

—Esto pasará, señor; esto pasará.

El sufrimiento iba en aumento; el enfermo entonces pidió sus pistolas y fué una hora de exasperación y lucha que dejó á Dubois rendido, después de haberle llenado su amo de injurias. De repente el acceso se calmó y empezó á desvanecerse tranquilamente. Hablaba muy bajo y podíamos apenas seguir su palabra, mucho más que pasaba de un asunto á otro sin el menor sentido; lo que oíamos mejor eran las contestaciones de Dubois, que le contradecía con obstinación, porque en aquel momento sin duda no había peligro de irritarle.

—No; ya sabéis—le decía—que en todo lo que decís no hay una palabra de verdad; estáis en París no en Génova; el relojero no ha descompuesto vuestro reloj para jugaros una mala partida; ningún relojero le ha tocado.

Y oíamos al Marqués, que murmuraba:

—¡No, es que crees que estoy loco, te ha dado esa manía!

—No, señor—exclamaba el pobre anciano;—os he conocido pequeño y por decirlo así os he educado; no estáis loco, no lo habéis estado nunca; pero estáis delicado, tenéis la cabeza débil y me ensartáis una porción de cuentos para burlaros de mí; es una mala costumbre que adquiristeis en la niñez, y como yo ya os conozco, no creo nada de cuanto me decís.

El Marqués siguió hablando en voz baja, y después, distinta y razonablemente, exclamó:

—Dubois, siento que mi cabeza está mejor y tengo gana de dormir; pero es preciso que me caentes todo lo que he hecho, no me acuerdo bien.

—No, no os lo diré, porque no dormiríais; cuando se va á dormir no se puede pensar en nada. Vamos, acostáos; mañana al despertar os acordaréis de todo.

—Como quieras. Sin embargo, hay una cosa

que me atormenta; ¿he sido malo alguna vez contigo?

—¿Vos, señor? jamás.

—Pero habré dicho alguna frase inconveniente durante mi desvarío.

—No, señor.

—Mientes, Dubois, mientes. ¿Te he pegado?

—¡Qué ideas tenéis esta noche! ¿Por qué me decís eso?

—Porque parece como que me acuerdo algo. En fin, puede que lo haya soñado. Abrázame, mi buen Dubois, y acuéstate, ya estoy tranquilo.

Un cuarto de hora después oímos su respiración tranquila, igual. Dormía profundamente.

Dubois vino á buscarnos.

—El señor Marqués se ha salvado—nos dijo;—no tiene aun conciencia del bien que le habéis hecho, pero ya lo siente, porque su acceso ha sido más corto, más tranquilo. Continúa por el mismo camino, señora, y hay esperanza de curarle. El pesar le ha vuelto loco, la diéha le curará.

Mr. Diétrich preguntó si era la vez primera que el Marqués conservaba un vago recuerdo de lo que hacía.

—Sí, señor; es la primera vez; ya veis que es un adelanto. ¡Cómo me ha abrazado, pobre señor; como cuando era pequeño!

Eran las cuatro de la mañana y Dubois nos había hecho preparar la habitación que ocupaba la hermana del Marqués cuando venía á París.

Deseansamos algunas horas y pudimos asistir al momento de despertarse el Marqués, como habíamos asistido al de dormirse. Dubois le despertó á las nueve, y el Marqués, arrojándose á su cuello, exclamó:

—Amigo mío, me acuerdo de todo lo que he hecho anoche: he estado fuera de mí; como que me han tenido por loco, y hasta mi mujer tenía miedo de acercarse á mí; después ha habido un momento en que quise levantarme la tapa de los sesos, pero ha venido á cuidarme porque es buena como un ángel, y su padre excelente; no han querido discutir conmigo; me han tratado como á un niño á quien se quiere y se cuida; me han cogido de buen ó mal grado en su carruaje; me han llevado á pasear por París para hacer ver que estoy bueno, que mi mujer vive conmigo, y en esto veo que se ocupa de mi dignidad y quiere salvar el ridículo de mi situación. Ha obrado noblemente y me ha hecho mucho bien, porque aparentando ocuparse de mí, destruye otras esperanzas, que de otro modo seguiría alimentando. ¡Oh! no, sólo un villano podría aceptar esa parte de cariño usurpa-

da, y al hombre de quien se trata, le conozco, le he hablado, y es demasiado noble para eso!

—¿El señor Marqués no sabe que la señora y su padre han pasado aquí la noche y están todavía?

—¿Qué dices? ¡Infeliz de mí! ¿Me han visto durante el acceso?

—No, no, señor; pero hubieran podido veros; habéis estado muy bien.

—Mientes, Dubois; me descompongo todas las noches. Valvonne lo ha confesado; lo he oído; mi mujer habrá querido convencerse de la verdad. Ha pasado aquí la noche, y á estas horas ya sabe que soy un sér privado de razón á quien no se puede amar.

Cesarina, al oírle sollozar, entró en la estancia, y abrazándole á su vez, murmuró:

—Vuestra locura consiste en creeros loco; no tenéis otra; os han engañado por fortuna, porque tenéis vuestra razón cabal; si algunas horas de la noche se pierde, es cosa momentánea, y ya no me inquieta. Yo me encargo de curaros quedándome á vuestro lado para probaros que no tengo ni quiero mejor amigo que vos.

—¡Oh! sí, quedaos—murmuró el Marqués;— quedaos por piedad al lado mío; yo me curaré; es preciso que el hombre de quien aceptáis ante el

mundo nombre y apoyo, no sea un insensato. Yo me someteré á vuestra voluntad como un niño; mi reconocimiento será aún más fuerte que mi pasión, y no olvidaré mis juramentos. Cuidad á vuestro hermano, á vuestro amigo, hasta que se haya hecho digno de ser vuestro esposo.

Aquí le había conducido Cesarina, era todo lo más que podía obtener de él; instalóse en casa de su marido y me rogó que me quedase con ella.

Mr. Diétrich volvió á su casa, y venía todos los días á comer con nosotros. Beltrán pasaba todas las noches en vela con Dubois, atento á contener al enfermo si sobrevenía un acceso de furor. Poco á poco los ataques del Marqués fueron más débiles, hasta que al fin desaparecieron por completo, haciendo presentir una completa curación. Se recibieron y se pagaron visitas, y el vago rumor que se extendió de enajenación en el Marqués se disipó; todas las apariencias lo desmentían, y en breve lo desmintió la realidad.

Yo veía á Margarita con frecuencia, y no estaba tan tranquila por ella como por el Marqués; la infeliz estaba cada día peor; la consumía una fiebre lenta y no tenía casi fuerza para levantarse.

Pablo contemplaba con terror su estado, y después de una consulta médica, que por su reserva

acrecentó nuestros temores, nos convencimos de que para Margarita no había remedio.

Un día que estábamos solas, me dijo:

—Me muero, tía; lo sé; lo siento; y es tiempo de hablar ya que todavía puedo; me muero, porque debo y porque quiero morir. He cometido una mala acción y os la confieso á vos cual si fueseis un ministro del Señor. Un día sorprendí una carta que venía para Pablo; la abrí, la leí y se la oculté. Decidle que me perdone, y que al obrar así, tenía resuelto morir, porque lo había adivinado todo; ahora, leed:

Mostróme un papel arrugado y húmedo con sus lágrimas, que llevaba sobre sí como un veneno que quería ir tomando poco á poco. Era letra de Cesarina, y tenía fecha de unos quince días antes.

«Lo habéis querido, Pablo; estoy instalada en su casa, le salvaré, ó por mejor decir, ya le he salvado; pero yo en cambio estoy perdida, porque en cuanto esté bueno, no tendré derecho para reclamar mi libertad; tendré que resignarme á ser su esposa. ¿Lo entendéis? Su amor es invencible, es su vida, y si por segunda vez pierde la esperanza, se matará. Seré, pues, su esposa; vos lo habéis querido; pero antes quiero veros á solas sólo una vez. Me amáis; lo sé. Debemos separarnos

para siempre, porque nuestro deber nos lo impone y no somos cobardes ninguno de los dos; pero nos veremos un día, uno solo, para despedirnos, y este día resumirá nuestra vida entera; os haré conocer este día de suprema despedida, y buscaré un pretexto que nos salvará á los dos. No me respondáis, no hay necesidad; conservad vuestra apariencia tranquila.»

Leí tres veces este billete; le creí obra de mi alucinación; quería dudar que fuese de mano de Cesarina, pero la duda era imposible; ¡la pasión la había cegado y abjuraba su amor propio, su dignidad, hasta su pudor, descendiendo de la esfera sublime donde había creído estar sobre todas las pasiones humanas hasta el envilecimiento del amor! Extraña y deplorable locura de que me avergouzé hasta el punto de que no pude ocultar á Margarita mi indignación.

La infeliz no me comprendió.

—¿Verdad que he hecho mal en haber interceptado una carta como esa? No tuve el valor necesario para no abrirla, y además, como voy á morir, me pareció que mi falta era menor. Le ama, y él á ella; ya veis que lo dice. Ella lo ha adivinado, y yo lo había adivinado también. ¡Pobre Pablo, qué infeliz le he hecho! ; Qué generoso ha sido para

mi! Pero ha hecho mal, como yo lo he hecho, en ocultarle esta carta. ¡Oh! creedme, cada día que vivo me parece que le robo un día de ventura; yo hubiera debido decirle: «Déjame aún algunas semanas para contemplar á mi pobre hijo, para grabar en mi memoria sus facciones, que no quiero olvidar ni aun después de muerta. Ve á buscar á esa mujer que te espera. ¡Tanto os amáis que ni siquiera os dejará conocer la pasión que sois culpables! Perdóname haber sido tanto tiempo una carga para tí: pero yo te amaba aún más que te ama ella, puesto que muero para dejarte á su amor.»

Habló así largo rato con exaltación y con una elocuencia extraña en ella. Yo no la interrumpí, y Pablo, que había entrado sin hacer ruido, estaba á su espalda entre una cortina y la escuchaba con atención. Margarita prosiguió:

—Vos me justificaréis; cuando haya muerto decidle que si no he muerto más pronto no ha sido culpa mía; que yo he hecho todo lo posible para concluir; todos los remedios que me daban no pasaban de mis labios ni los tragaba, á no ser cuando me observaban mucho. Por la noche, cuando todos dormían, yo me levantaba, cogía frío; si me mandaban tomar opio, tomaba demasiado;

me decían que no durmiera del lado izquierdo, y yo dormía y me apretaba el corazón hasta perder el sentido..... Creed que no sabía ya qué medios emplear para concluir.

—Basta, basta, Margarita—dijo Pablo presentándose á su vista.—Ya sé lo bastante para salvarte, y te salvaré, y seremos dichosos, ya verás: olvidaremos todo lo que hemos sufrido. Muéstrame esa carta y nada temas.

Tomó la carta, la leyó sin emoción, la estrujó y la arrojó al suelo.

—¡Es una carta infame!—murmuró.—¡Es un insulto á mi honor! ¿Cómo hubiera yo podido estrechar la mano á su marido despues del duelo, si lo que en esa carta supone fuese verdad? ¿Cómo hubiera aceptado sus disculpas y aconsejado el matrimonio, si yo hubiera estado envilecido á mis propios ojos y le hubiese faltado en su honor? Esa mujer está loca, más loca que él, porque su extravío es hijo de una conciencia torcida y un mal corazón. Debería odiarla, porque su móvil no es la pasión que ciega: espera castigarme así de los consejos que le he dado, y conociendo mis principios, quiere dejar en mi vida un remordimiento eterno: ¡no lo conseguirá! ¿Sabes lo que yo hubiera hecho en presencia de tal mujer, si tú, Margarita, y mi

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tía no hubierais existido? Hubiera asistido á su cita, pero sólo para decirla: «guardaos, señora, esta ocasión que mañana ofreceréis á otro.» Margarita, mi pobre Margarita; no me conoces aún lo bastante, pero ya me conocerás. Para ello júrame que querrás curarte. ¿No ves en mis ojos que tú y mi querido Pedro sois los únicos seres á quienes amo en el mundo?

Al hablar así, fué á buscar al niño y le puso en los brazos de su madre.

—¡Hé aquí nuestro tesoro!—exclamó.—Dime si yo puedo dejar de amar á la madre de este niño, si puedo vivir sin ella. Pongámonos en lo peor. Supón que yo hubiera tenido un capricho por esa mujer excéntrica á quien has admirado tú, más que yo la admiraba. ¿Sería un gran sacrificio exigirte que olvidaras ese capricho como le olvido yo? Supón todo lo que quieras, Margarita mía, admite que soy un necio, un vanidoso, un libertino, pero al menos no supongas que al verte desear la muerte, al verte procurarla, acepto la vergonzosa dicha que me quieres legar! Vamos, reponte de esa enfermedad que te va robando poco á poco la vida. ¡Mi única y amante esposa, mi sólo cariño! Ríete conmigo de las mujeres que, pretendiendo no ser de nadie por una engañosa filosofía, llegan á ser el

ludibrio de todos. La grandeza, la altivez de que pretenden revestirse, es polvo y cieno! La arrogante Marquesa podrá ser desde hoy lo que quiera en el mundo: no volveré á emitir mi juicio sobre ella. Renuncio hasta el papel de amigo desinteresado que me había impuesto. No la veré más; si me escribe no la contestaré; te doy mi palabra tan leal, que te juro que si de nuevo pudiera volver á casarme, de nuevo, Margarita mía, te elegiría por mi esposa. ¡Tan feliz me haces!

Ocho días después, Margarita, dócil á la medicación y tranquilidad de espíritu, sobre todo, estaba fuera de peligro y se formaban proyectos de viaje á los que yo me asociaba también, porque mi corazón no estaba ya con Cesarina, estaba con Pablo y Margarita.

No hice, sin embargo, ningún reproche á Cesarina, ni le anuncié mi resolución de separarme de ella, porque eso hubiera provocado explicaciones que yo quería evitar. ¡La había querido demasiado!

Continuaba cuidando admirablemente á su marido, que estaba conmovido de reconocimiento, de esperanza. Diétrich estaba orgulloso de su hija, y todo el mundo la admiraba. Se la citaba por modelo, la antepunían á todas las demás mujeres, y

parecía reparar todas las excentricidades de independencia que habían afectado su juventud, con una sumisión al deber, con una bondad que hacían doble efecto por recaer en ella.

Preparábase para acompañar á su marido en un viaje de otoño, y la víspera del día fijado para la partida, escribió á Pablo:

«Estad á las siete de la mañana en vuestra oficina; iré á buscaros en mi carruaje.»

Pablo me mostró este billete encogiéndose de hombros, y me rogó que no hablase de él á Margarita, quemándolo como había hecho con el primero; pero al hacerlo advertí en él una contracción nerviosa. Esto fué todo, y al día siguiente no salió de casa.

Temiendo que Cesarina, así burlada no supiera contenerse, me encargué de observarla durante el día. Salió á las siete y estuvo fuera hasta las nueve. Volvió, salió de nuevo y volvió á las doce. Pasó por casa de Latour, después de haber almorzado con su padre, y quizá iba á volver de nuevo cuando yo se lo impedí diciendo como por casualidad, que tenía que salir, que iba á ver á mi sobrino que me aguardaba en su casa.

—¿Está enfermo?— me preguntó sin poderse contener.

—No por cierto: está bueno y sano.

—Lo pregunto porque tenía que hablarle de mi libro, y le he escrito dos veces; no sé por qué no me ha respondido y voy á ir contigo á su casa.

—No—exclamé yo viendo que no había más remedio que luchar de frente.—No vengas, ha recibido tus dos cartas y las ha quemado.

—¿Y te las ha enseñado?

—Sí.

—¿Y á Margarita?

—No.

—¿Y era eso lo que tenías que decirme?

—Eso.

—¿Es decir, que entonces ha querido separarnos? Porque debe comprender que no me resignaré á sonrojarme toda la vida delante de tí.

—No lo temas, porque está todo dispuesto para que me vaya á vivir desde hoy mismo con mi familia.

—Harás muy bien—dijo con tono seco, y se encerró en su cuarto, del que no salió hasta la hora de comer.

Hice mis preparativos de marcha, y me despedí de Mr. Diétrich sin dejarle penetrar la verdad, sino pretextando un viaje que reclamaba la salud de mi sobrina.

Estábamos en el palacio Diétrich donde Cesarina había querido pasar el día, según dijo á su marido, para hacer los preparativos de marcha; pero en realidad, quien los hizo por ella fué su tía Herminia, y sólo después de haber pasado todo el día en su cuarto, salió á comer con nosotros. Había llorado mucho y la huella de sus lágrimas era tan visible, que su padre se alarmó, disculpándose ella con lo doloroso que le era dejar aquella casa donde había muerto su madre y había pasado su infancia.

Al día siguiente, ella partió sola con su marido y yo fui á establecerme en la calle de Vaugirard. Al salir del palacio Diétrich vi á Beltrán que me saludaba con aire ceremonioso.

—¿Cómo! —le dije— ¿no habéis acompañado á la Marquesa?

—No, señora—me contestó;—me he despedido de su servicio esta mañana.

—¿Es posible! ¿Y por qué?

—Porque antes de ayer me hizo llevar una carta contra mi gusto.

—¿Conocíais el contenido?

—A menos de abrirla..... no podía conocerle; pero por la manera con que me recibió Mr. Pablo Gilbert, diciéndome que no tenía respuesta, y por la obstinación que tuvo la señora Marquesa de ir

á buscarle dos ó tres veces á la librería, comprendí que por primera vez en su vida hacía algo que no era digno, y que al ser yo su cómplice me hacía indigno también. Quise retirarme; se negó, no pudiendo sospechar que un criado tan antiguo saliera de la casa: insistí, lo que la hizo tratarme de ingrato; pero ella ha partido y yo me he quedado.

Aprobé la conducta de Beltrán y subí en un carruaje con el corazón oprimido al ver á Cesarina tan humillada; la tierna acogida de mis sobrinos disipó mi tristeza. Pasamos el invierno en Vichy, de donde volvimos con Margarita curada, espléndida de hermosura, y el pequeño Pedromás robusto, más alegre que nunca, pudiendo yo observar por mis propios ojos que Pablo era feliz y no pensaba en Cesarina más de lo que se piensa en una novela que se lee con alguna emoción y se juzga friamente al siguiente día.

En cuanto á la hermosa Marquesa, apareció con más ostentación en la sociedad de Paris al invierno próximo.

Sus lujosas recepciones, su hermosura fueron citadas en todos los círculos. Decíase que era la más encantadora de las mujeres, y que su inteligencia y su corazón no tenían rival. Sólo nosotros,

en nuestro rincón ignorado, conocíamos el punto vulnerable de aquella armadura de diamante; pero nada decíamos de ella, ni siquiera hablábamos entre nosotros. Margarita, si alguna vez se hablaba de ella, era la primera en disculparla, rasgo generoso que me hizo amar desde luego á mi sobrina y reconocer que, si era la más ignorante de los tres, era en cambio la más bondadosa, la más rica de abnegación.

En mis momentos de ocio me he entretenido en contar esta pequeña historia de familia. ¿Cuál será el porvenir de Cesarina.....? Su padre y su marido, á los que veo alguna vez y hacen grandes esfuerzos para convencerme de que debo volver á su casa, me parecen dichosos; ella es la que á mi vista manifiesta extraño rigor y no hace la menor demostración por acercarse á mí. Los siete años que he pasado á su lado han sido, si no los más penosos, los más agitados de mi vida.

En el transcurso de dos años Pablo no la ha vuelto á ver más que un día, y hé aquí de qué manera me revelaba este enenetro:

—Ayer en Fontainebleau, á donde fui para un negocio, quise dar un paseo hacia las rocas de Abón; al volver por el camino de Moret, absorbo en deliciosa contemplación, no oí el galope de dos

caballos que venían en pos de mí. El uno casi me atropelló y me hubiera derribado si yo, por un movimiento rápido, no le hubiera sujetado de la brida. El generoso animal, que era magnífico, entre paréntesis, se detuvo dócil, cuando un golpe de la fusta de la intrépida amazona que le montaba le hizo encabritar, y me hubiera puesto ambas manos en el pecho á no dar yo un salto con agilidad. Este movimiento me hizo soltar la brida á tiempo que la amazona me dijo con acento harto conocido y aire de desdén.

—«Dejadme pasar, Mr. Gilbert.»

—«Pasad, señora Marquesa»—repuse friamente sin perder mi tiempo en dirigirle un saludo, que no me hubiera devuelto de seguro.

Pasó como un rayo seguida de su groom, y dejando un poco atrás al caballero que la acompañaba, y que no era otro que el Vizconde de Valvonne. Éste se detuvo, me tendió la mano y me dijo:

—¿Erais vos? ¡Qué diablo! yo llegaba corriendo á preveniros, porque había visto á un traseunte que se atravesaba al paso de la amazona más distraída que existe. ¿Sabéis que por poco os atropella?»

—¡No lo temáis! No me dejo atropellar por nadie; no entra en mis costumbres.

—¡Hacéis bien, hacéis bien! Hasta la vista, amigo mío, hasta la vista. No puedo dejar á la Marquesa entrar sola en la ciudad, y ha partido al galope.

Yo no necesitaba saber más.

—¿Qué sabes?

—Sé que ese pobre Vizconde, tan altanero en maneras y lenguaje, me ha reemplazado á los ojos de la imperiosa Cesarina, y menos dichoso que yo, se ha dejado *atropellar* por ella. ¡Lo he leído claro en sus breves palabras de profunda amargura! Se le hace expiar su hostilidad por una esclavitud que durará cuanto la Marquesa quiera, pero en cambio el Marqués es dichoso, se cree adorado, y Valvonne es, por lo tanto, el único digno de compasión. Vende á su amigo y tolera á una mujer que le humilla. Temo que Valvonne acabe mal, porque es un carácter sombrío y misterioso. Ya sabes, tía, que esa mujer ha querido hacerme á mí el mismo daño. Hoy puedo decirlo; yo estaba más enamorado de ella de lo que tú sospechabas, de lo que te he confesado nunca; pero ella lo conocía y eso te explica la audacia de sus confesiones, y si no las disculpa las hace menos imprudentes. ¿Qué sería de mí ahora si no hubiese tenido un poco de fuerza moral? Me hubiera arrastrado

al fondo del abismo. Si Margarita no hubiera estado tan sublime de abnegación, á estas horas ella y yo estaríamos perdidos. Yo la hubiera dejado morir sin ver que la mataba. Tenía hartó motivo para estar celosa, y aunque yo creía ser impenetrable, no lo es nunca el hombre ante el instinto de la mujer amante. Ya todo pasó, aunque no está olvidado. La arrogante Marquesa, después de levantarme á las regiones de su intimidad, me hubiera arrastrado entre el polvo que levantan sus caballos; pero yo, tía, me he hecho fuerte con el siguiente axioma, al que no faltará jamás: «No manches tu conciencia con la sombra de un caballo, y serás fuerte.»

Hoy Pablo es feliz, padre de otra niña no menos hermosa que su hermano. Mr. Diétrich ha querido ser el padrino; pero Cesarina no ha dado señales de vida para nosotros, lo que le agradecemos muy de veras.

Ahora terminaré este relato con algunas indicaciones respecto á mí.

No he vivido tanto años entre preocupaciones y provechosas enseñanzas sin haber sacado algún fruto. Tengo también mis faltas y debo confesarlas. La primera ha sido dudar del adelanto intelectual de que era susceptible Margarita; he tenido

prevenciones contra ella, que hoy miro desvanecidas, y gracias á la paciencia, al carácter de Pablo, Margarita se ha hecho un ser tan bien educado, tan sociable, que no tengo que hacer el menor esfuerzo para llamarla sobrina y tratarla como á hija. El cuidado de sus dos niños es mi constante ocupación y he reemplazado en sus atenciones á Mad. Ferón, á quien hemos separado de nosotros, dándole medio de vivir decentemente.

Nosotros hemos hecho un fondo común de nuestros modestos bienes, y yo doy en mi casa algunas lecciones de literatura á señoritas que vienen á tomarlas. Los negocios de Pablo caminan perfectamente, y aun no he perdido la esperanza de verle rico. Este es el resultado de su espíritu de orden, de economía, de inteligencia y de actividad.

Sin embargo, no deseamos la riqueza, y lejos de afanarnos por conseguirla, nos permitimos modestos placeres, que, gracias á la felicidad íntima que disfrutamos, nos parecen doblemente bellos.

FIN.

